



LS  
L773  
.Yco

Lista y Aragón, Alberto

Corona poética dedicada por la  
Academia de Buenas Letras ... al  
Alberto Lista y Aragón.



PRESENTED TO  
**THE LIBRARY**  
BY  
PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN  
OF THE  
DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH  
1906-1946





Digitized by the Internet Archive  
in 2013



L. S.  
L. 773  
. Yco

# CORONA POÉTICA

DEDICADA

POR LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE ESTA CIUDAD

al Sr. D. Alberto Lista y Crago,

PRECEDIDA DE SU BIOGRAFIA.



**SEVILLA.**

IMPRENTA Y LIBRERIA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

de D. J. M. Geofrin,

calle de Olavide números 4 y 5.

1849.

563989

1. 6. 53

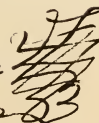




José D. Basquer p.º

M. P.º

12 de la Revista Médica Cubana

Alberto Lista 



# INDICE.

PÁGINAS.

· Biografía del Sr. Lista, escrita por el Sr. D. José M.<sup>a</sup> Fernandez-Espino. . . . . 1

## COMPOSICIONES POÉTICAS.

Por la Señorita Doña Carolina Coronado. . . . .	55
Por el Sr. D. Juan Eugenio Harzenbusch. . . . .	57
Sr. D. Francisco Zoleo. . . . .	57
Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata. . . . .	59
Sr. D. Juan Maria Capitan. . . . .	59
Sr. D. Luis Huidobro. . . . .	42
Sr. D. Angel Maria Dacarrete. . . . .	45
Sr. D. Juan Belza. . . . .	46
Sr. D. Eustaquio Fernandez Navarrete. . . . .	47
Sr. D. V. M. Brussola. . . . .	49
Sr. D. Antonio Ferrer del Rio. . . . .	52
Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata. . . . .	54
Sr. D. José Amador de los Rios. . . . .	57
Sr. D. Manuel Breton de los Herreros. . . . .	60
Sr. D. Francisco Zea. . . . .	61
Sr. D. Manuel Azcutia. . . . .	65
Sr. D. Francisco Sanchez del Arco. . . . .	65
Sr. D. Adolfo de Castro. . . . .	66
Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera. . . . .	67
Sr. D. José Benavides. . . . .	67
Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata. . . . .	69
Sr. D. Juan de Ariza. . . . .	70
Sr. D. Luis Maria Ramirez y las Casas-Deza. . . . .	70
Sr. D. Joaquin José Cervino. . . . .	71
Sr. D. Adolfo de Castro. . . . .	72
Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. . . . .	75
Sr. D. José Maria de Albuerne. . . . .	74
Sr. D. Eugenio Sanchez de Fuentes. . . . .	75
Sr. D. Miguel Agustin Principe. . . . .	76
Sr. D. Francisco Flores Arenas. . . . .	77
Sr. D. Emilio Olloqui. . . . .	78
Sr. D. Tomas Rodriguez Rubi. . . . .	79
Sr. D. José Maria Fernandez-Espino. . . . .	79
Sr. D. Manuel Cañete. . . . .	81
Sr. D. Julian Romea. . . . .	85
Sr. D. Rafael Maria Baralt. . . . .	84
Sr. D. Cayetano Rossell. . . . .	85
Sr. D. J. Heriberto Garcia de Quevedo. . . . .	87
Sr. D. Gregorio Romero Larrañaga. . . . .	87
Sr. D. Juan Maria Capitan. . . . .	89
Del mismo. . . . .	90
Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata. . . . .	90
Notas. . . . .	91



## ADVERTENCIA.



Las composiciones, que comprende esta coleccion, se han insertado sin género alguno de preferencia, y sí segun el orden, con que han sido presentadas á la Academia; á fin de adelantar todo lo posible la impresion de una obra, que tanto los individuos de aquella Sociedad, como los numerosos amigos y discípulos del Sr. Lista, anhelaban ver concluida.

Esta obra es propiedad de sus editores, y nadie puede reimprimirla sin su consentimiento, conforme previene la ley de 40 de Junio de 1837, cuyo artículo 19 dispone se castigue á los infractores: 1.º con la pérdida de todos los ejemplares fraudulentos, que se entregarán al autor de la obra ó á sus derechohabientes: 2.º al resarcimiento de daños y perjuicios, no pudiendo bajar la indemnizacion del valor de 2.000 ejemplares, y 3.º á las costas del proceso.



Llegirme la Academia entre tantos ilustres Sócios para hacer el elogio del Sr. D. Alberto Lista y Aragon, el mas ilustre de sus hijos y uno de los mas distinguidos sabios de España, me há dado una prueba notablé de consideracion, que está muy lejos de merecer mi escaso mérito; pero que ni el tiempo ni las vicisitudes borrarán jamás de mi alma. Sin embargo, si el personage cuyo panegirico debo pronunciar no fuese el hombre de quien escuché tantas lecciones de sabiduria hasta en los últimos momentos de su laboriosa vida, sin dejar de agradecer las bondades de la Academia hubiera cedido esta honra á otro mas digno y de mas altos merecimientos. Pero no debia contentarme con haber llorado á mi maestro; debia manifestarle toda la efusion de mi respeto, de mi gratitud y mi cariño y solo accediendo á la invitacion de la Academia podia cumplir mejor una deuda tan sagrada. Lllamaránme algunos presuntuoso, dirán que otros pudieran rendirle este homenaje de admiracion de una manera mas digna

de su fama esclarecida y de este cuerpo científico: no me importa. Los que así piensen, ni comprenden mi corazón, ni comprenden que esa fama no puede recibir incremento alguno por los elogios que le tributen. Sus obras inmortales son su mayor elogio; ellas hablan mas que cuanto pudiera decir en favor suyo el crítico mas elocuente y mas profundo.

Bien conozco que no debo ocuparme de su sabiduría solamente; necesito hacerlo de los principales sucesos de su vida, de su carácter, de sus virtudes; porque solo descubriendo las inclinaciones de su alma generosa podré prestar á sus escritos mayor interés que el que exciten sin esta enseñanza. Bien conozco que si se há de apreciar al sabio es forzoso comprender al hombre. ¿Y quién podrá hablar, sin que le arredre su pequeñez, del teólogo consumado, del matemático eminente, del moralista, del filólogo, del publicista, del historiador célebre, del gran poeta? ¿Quién podrá hablar dignamente de su modestia, de la sencillez y encanto de su trato afectuoso, de su cariño á la juventud, de la franqueza y sinceridad de su noble carácter, de su ternura en la amistad, de su amor constante á la justicia? ¡Ah! si España, si la Europa entera pretendiesen levantar una estatua que representára el Sábio del siglo 19 á quien la humanidad fuese deudora de mayores beneficios en la doctrina, sin duda hubieran tributado este honor justísimo al Sócrates moderno, al Apóstol castellano de la literatura: porque su fama refleja cuanto hay de grande en las ciencias, cuanto hay de grande en la honradez, cuanto hay de grande en las virtudes.

Así pues, al querer presentar á la Academia tantas brillantes cualidades reunidas en una sola celebridad, desfallece mi espíritu y se confunde como el del viagero que al llegar al pié de las pirámides fija la vista en su mole inmensa. Sin embargo, si como dice Juvenal la indignacion presta facilidad y energia al número poético, con mas razon el amor que tuve á mi maestro y la gratitud profunda con que conservo en mi corazón el recuerdo de sus bondades, darán mayor alteza á mi pensamiento, mayor propiedad y elocuencia á mis palabras. Mas aunque así no fuere, nadie me ganará en entusiasmo, nadie con un deseo mas vivo y mas puro aspirará á colocar algunas flores sobre la corona de gloria que ciñe sus sienes inmortales.

D. Alberto Lista y Aragon, nació en Sevilla el dia 15 de Octubre de 1775: sus padres D. Francisco Lista, y D.<sup>a</sup> Paula Aragon, eran de escasa fortuna y se sostenian con una fábrica de telares de seda. Al nacer Lista, vivían en la calle de la O en Triana: (1) despues se trasladaron á la de San Martín que hoy tiene el

(1) Hoy se llama de Castilla.



nombre del ilustre poeta. Aunque dedicado por ellos al ejercicio de su profesion, le comenzaron á dar carrera literaria y estudió la lengua latina en la que manifestó ya su prodigiosa memoria, su grande aplicacion y las dotes felices que habia recibido de la naturaleza. (1)

Por aquella época iba ya dando frutos saludables la restauracion del buen gusto: pero como su luz benéfica partía del centro de España, donde habia tenido mayor influjo su estado floreciente y la civilizacion francesa, aun no habia podido llegar aquella antorcha hasta las extremidades de la península. Así Sevilla, la Aténas moderna en nuestro siglo de oro, entónces, á pesar de la pureza de su sol de medio día, de la amenidad de su suelo y de la templanza de su hermoso clima, estaba sumida en la ignorancia mas lamentable. En la Universidad unida en aquella sazón al Colegio mayor de Sta. María de Jesus, dominaba exclusivamente el peripato, expuesto por tan miserables intérpretes como el P. Gaudín y el P. Roseli. No habia que esperar en las demás ciencias, que son frecuentemente en el gusto y en la extension y variedad de los conocimientos, un resultado de los estudios filosóficos, ni mayor profundidad, ni mejor eleccion en los libros que debian servir de texto para la enseñanza. La teología que produjo en otro tiempo los Melchor-Canos, los Sotos, los Salmerones y á los Arias Montanos, estaba reducida á la suma de Santo Tomás y al Maestro de las sentencias: en el derecho solo se estudiaban el Kest y Arnoldo Vinnio, y en la elocuencia las ridiculas gerundiadas del P. Soto Marne. Pero aun mas lastimoso era el estado de los estudios en las humanidades: se despreciaba como perjudicial ó inútil el conocimiento de los grandes modelos, reemplazado con la poética del P. Rengifo; y á la alta poesía, á los graves y melodiosos ecos de Rioja, habia sucedido una poesia coplera, aun mas perjudicial que la de Góngora, atestada de sutilezas, de retruécanos y paranomasias.

Mas parece que la providencia cansada de que la ignorancia se enseñorease por tanto tiempo de Sevilla, sugirió al Gobierno el pensamiento de nombrar á D. Pablo de Olavide su Asistente. Este ilustre sábio, á cuyo zelo infatigable por los adelantos científicos y á cuya acertada administracion, no solo esta ciudad sino la España entera, son deudoras de grandes beneficios, se propuso extirpar tamaños males sacando á las ciencias y las letras del estado lastimoso en que yacian. Para esto consiguió que se trasladára la Universidad al local que hoy ocupa, perteneciente poco tiempo hacía á los padres Jesuitas, y proscribió de ella el escolasti-

(1) Iba arrancando todas las hojas que traducía: su maestro, Don Cárlos Vazquez, lo notó cuando llevaba ya muchas: amenazándole con el castigo, le contestó Lista, que como las conservaba en la memoria las juzgaba ya inútiles y por eso las habia roto. Entónces quiso el preceptor asegurarse de la verdad, y al ver que en una multitud de hojas no erraba ni en una sola palabra, le perdonó.

cismo aristotélico. Desde entonces dejó de dominar la autoridad en la filosofía; y á la opresion del peripato sucedió el racionalismo de Descartes, que habia enseñado al hombre á no afirmar nada que no viera con claridad su inteligencia. Por este medio halló las mejores pruebas que se conocian entonces de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. No se contentó Olavide con esa sola reforma: para el estudio de la fisica hizo adoptar al gran Newton y á Muskenbroec; para el de la teología introdujo la crítica, las lenguas sábias, la filología y la historia, sirviendo de texto en la Escritura el P. Lami; para los lugares teológicos eligió al célebre Melchor Cano, y para el de los cánones á Berardi.

Estas mejoras introducidas en la Universidad atrageron naturalmente á ella los hombres doctos que habia en Sevilla, los cuales podian enseñar las ciencias de la manera referida con gran provecho de los jóvenes que se dedicaban á su estudio. D. Pedro Prieto, buen humanista y teólogo eminente, D. Tomás Gonzalez Carvajal, erudito de gran talento, pero no de muchas dotes poéticas, D. Nicolás Maestre, no inferior á Prieto en la teología, hablista puro y excelente orador sagrado y D. Francisco Fuertes, jurista y canonista perfecto, sirvieron desde aquella época varias cátedras en la Universidad, y produjeron en la enseñanza los buenos resultados que habia previsto Olavide.

Pero los cláustros continuaban envueltos en las mismas tinieblas de ignorancia que la Universidad ántes de su reforma: así es que entre las conclusiones públicas de este cuerpo y las que se celebraban en aquellos, habia la diferencia que entre la luz y las sombras, que entre la verdadera ciencia y el pedantismo que pretende ocultar su ignorancia con la osadía y las exageraciones. En los conventos era generalmente ininteligible cuanto se decia en sus actos literarios; y ni al sustentante de la proposición, ni á los que le argüian se oyó jamás una sola idea que revelára buenos conocimientos. El mal gusto escolástico llegó á desencadenarse en ellos con tal furia, que nn P. Maestro (1) formuló para unas conclusiones que debian verificarse en su convento la proposición siguiente: «Quiero mejor errar con Santo Tomas, que acertar con Newton, con Gassendi y con Descartes». Mas la Universidad donde se verificaban esos actos con mas decencia literaria, donde se desenvolvian con acierto las buenas teorías filosóficas, la historia y la crítica, no pudo tolerar, por decoro á la ciudad misma, que se discutiese en público una proposición tan extravagante. Los Catedráticos, pues, promovieron un expediente ante el Juez conservador y de impresas, que lo era entonces el Regente de la Audiencia, el cual prohibió las conclusiones anunciadas, y el bueno del Padre tuvo el disgusto

(1) El autor del Filósofo rancio.

de que le presentáran la órden de prohibicion en el instante de subir á la Cátedra para lucir su erudicion y sus talentos.

Olavide no pudo alcanzar tan felices resultados en el estudio de las humanidades. Habia triunfado en la reforma de las ciencias para la cual eran bastantes su gran fuerza de voluntad, su erudicion y su elevado talento; pero faltábale genio poético, aun no era muy escogido su gusto en la amena literatura y los copleros conservaron su antigua supremacia. En vano se afaná tambien por conseguir algun fruto el ilustre Jovellanos, Alcalde del Crimen entónces de esta Real Audiencia; sus esfuerzos no dieron tampoco resultado alguno: y eso debia suceder. Para desarraigar el mal gusto literario que tanto habia cundido en aquella sociedad, no eran suficientes las lecciones, eran necesarios los egemplos, y el de Olavide en sus traducciones de la Fedra y la Xaira, y el de Jovellanos en su Delincuente honrado, aunque de mayor mérito, ademas de ser conocidos en un círculo muy estrecho, no produgeron bastante interes para desviar á los copleros de su mal camino. Así la empresa que entónces parecia irrealizable la llevaron á cabo mas tarde unos jóvenes sin influencia y sin reputacion literaria.

Entrado Lista por aquella época á cursar en la Universidad pudo librarse del mal gusto, estudiando la filosofia Cartesiana y conociendo la Biblia por Arias Montano y Mariana sus espositores: y en una clase de Matemáticas que el gobierno unió al Colegio de San Hermenegildo adquirió los conocimientos que mas tarde le dieron tan alta reputacion en las ciencias exactas. Pero tales fueron los adelantos que desde luego hizo en aquel estudio, que la Sociedad Económica le nombró á la edad de 15 años catedrático sustituto de esta asignatura que desempeñó por algun tiempo.

No abandonaba Lista, sin embargo, el trabajo de sus telares para auxiliar á sus padres, en cuya ocupacion se despertó por una coincidencia estraña su pasion á la poesia y á los demas ramos de la literatura. El jefe ó capataz de la fábrica era un tal Diego Gutierrez, hombre entretenido, de carácter alegre, de buena razon y de algun conocimiento de nuestros dramáticos antiguos, adquirido con su aficion á las comedias caseras. Esta aficion era antigua en Sevilla, no solo entre las personas pertenecientes á la sociedad escogida, sino entre las clases humildes. Gutierrez que era actor de algun mérito, era tambien el elector de las piezas que debian representarse, y ordinariamente daba la preferencia á Calderon. De aquí el aficionarse Lista á la armonía de sus versos, á la ingeniosa y variada invencion de sus fábulas, á su imaginacion ardiente y vigorosa y á su entusiasmo lírico; de aquí en fin su predileccion por el teatro antiguo, dando á Calderon el primer lugar entre todos nuestros dramáticos.

Otra casualidad produjo tambien su inclinacion á Virgilio. Habia llegado á sus

manos un libro latino donde estaba la Elogia primera de este escritor y juzgó, que habiendo interlocutores debía ser una comedia latina, lo cual le estimuló á conocer sus obras que aprendió de memoria. (1)

Desde entónces principió á desenvolverse su talento poético que se distinguió siempre por una facilidad portentosa, por la viveza de la imaginacion y por la pureza y galas del estilo. Cerrado por aquella época su telar, su genio era ya su único tesoro; las ciencias y las musas sus únicos placeres: estos se aumentaron al tratar á Reinoso, Nuñez, Castro, Blanco, Roldan y Arjona, jóvenes como él, tambien como él alumnos de Minerva é idólatras por la poesía. Todos ellos eran émulos sin ser rivales, en ninguno se conocia mas afan que el de las ciencias, y cada uno se honraba elogiando de buena fé los talentos de sus compañeros. El deseo de saber, el de comunicarse mutuamente sus ideas y la actividad de su inteligencia les hizo formar una Academia ignorada y oscura al principio; pero mas tarde el centro del buen gusto en las ciencias y las letras y la lumbré que esparció sus puros rayos por esta ciudad y aun por toda España.

Nada diré de los trabajos y publicaciones de aquella Academia, que tomó el nombre de Escuela sevillana, porque Lista lo há hecho con estension, aunque con sobrada modestia, en un artículo que publicó en la Revista de Madrid. Mas no olvidaré que en esa época hizo grandes adelantos en sus estudios filosóficos y teológicos, en la crítica, en la historia y la filología y que sus conocimientos matemáticos le empeñaron en aprender con perfeccion la geografía y la astronomía. (2)

Muerto su padre, enseñó desde 1796 matemáticas en San Telmo y filosofia en el colegio de San Miguel para sostener á su familia. Esta ocupacion fué en él, desde entónces, no solo un medio decoroso de subsistencia, sino una verdadera passion: así ni las vicisitudes, ni las desgracias le distrajeron jamás de ella. (3) Lista principió la carrera de la enseñanza al abrir los ojos á la razon, y espiró rodeado de discípulos que, como los de Sócrates, le escuchaban con una especie de respeto religioso. Por eso no es extraño que aun al fin de sus dias en que su alma habia perdido las ilusiones de la vida, pero en que abrigaba la sola esperanza de volver á la Universidad, hablase con una especie de envanecimiento de este ejercicio. «Un pro-

(1) Lista tenía un placer en que le abrieran las obras de Virgilio por cualquiera página para continuar recitando sus versos de memoria, sin equivocarse nunca. Viajaba siempre con una edicion pequeña de Virgilio en el bolsillo.

(2) En esa academia analizó á Valbuena, el tratado de pensar bien del padre Buhurs, muchas composiciones de sus compañeros, escribió la mayor parte de sus poesías y muchas disertaciones sobre puntos científicos y literarios.

(3) En una carta escrita desde Cádiz decia. «Algunas veces se me figura que Dios me ha destinado esclusivamente á enseñar. En efecto yo empecé á ejercer esta profesion á la edad de 15 años y no he vivido contento y tranquilo sino en las épocas que me he dedicado solo á ella».



feesor bueno, decia, vale tanto como un buen gefe del Estado: porque el que enseña á la juventud los verdaderos principios de la religion, de la moral y de la política, el que morigera la sociedad y la hace justa, vale tanto sin duda como el que la dirige con acierto. »

Mientras se ocupaba así en la enseñanza, y no satisfecha su inteligencia con todas las doctrinas de la filosofia Cartesiana, le llevó su ansia de saber al estudio de Locke y de Condillac; pero huyó de aquellos tratados que en el primero abren un fácil acceso al materialismo y al escepticismo, y admitió solo sus adelantos en la psicología, en la ciencia de los hechos, de la esperiencia y sus escelentes preceptos sobre el método. De Condillac prefirió la teoria del análisis, obra tan precisa y clara como bien pensada y escrita, á que le inclinaron sin duda sus estudios matemáticos. Nada, pues, admitió en estos trabajos que fuese impio ú antireligioso, nada que fuese contrario á sus sanos conocimientos morales. Mas no olvidaba en medio de aquellas tareas científicas el estudio de las bellas artes y de la poesia. Aristóteles, Horacio, Quintiliano, Batteux y Sebatier fueron estudiados por él detenidamente, y perfeccionaron su gusto, que dió por resultado mas tarde sus admirables análisis literarios.

Entónces juzgó que los conocimientos humanos debian aprenderse en el genio que los profundiza mas y les dá mayor alteza, y estudió en matemáticas á Newton y Euclides, en filosofia á Platon y Aristóteles, y buscó tambien la belleza en los grandes escritores. Ya no podia contagiario el mal gusto: conocia bien los clásicos griegos, latinos é italianos; en la escuela sevillana se hacian críticas concienzudas de todos ellos, de Leon, Herrera, Valbuena, Rioja, Cervantes, Granada, Hurtado de Mendoza y otros; y estos egercicios fueron una muralla que lo separaron siempre del culteranismo de Góngora, de los equívocos y conceptos de Quevedo, y del galicismo y prosaismo que comenzaba á extenderse por nuestra península. Su predileccion por Rioja fué el resultado de aquellas disertaciones académicas.

Lista que habia recibido desde 1805 el sagrado órden sacerdotal, era ya señalado del público por su notable erudicion, así como era amado de todos por la dulzura de su carácter y por la bondad de sus sentimientos. Pero aquella actividad intelectual, aquella sed insaciable de saber, no se calmaban nunca, y la adquisicion de unos conocimientos infundian en su alma el deseo de adquirir otros, como los clásicos latinos y la poesia le infundieron el del estudio de la geografia antigua y la moderna. Jamás enseñó despues la historia sin el auxilio del mapa; y llegó á adquirir en su conocimiento una práctica tan sorprendente, que á pesar de la cortedad de su vista, no dejaba de colocar siempre el dedo sobre la ciudad, monte ó rio, objeto de su explicacion.—En el año de 1801 entró en esta

academia como sócio honorario, y fué elevado á supernumerario en 1804; y en 1807 le agració el cláustro de Doctores con la Cátedra de Retórica de la Universidad literaria, prefiriéndolo á Reinoso que habia hecho la misma pretension. (1).

Tambien la Sociedad de Amigos del Pais dió á su amigo D. José Maria Blanco en la misma época, la Cátedra de Humanidades en aquel establecimiento. Los alumnos de ambos fueron numerosos. Aquellas clases mejoraron el foro sevillano considerablemente, almyentando de allí el mal gusto; y al fárrago oscuro y pedantesco, y al desaliño en los informes y los peduientos antiguos, sucedieron mayor correcion en el language, buen artificio oratorio en las puebas y verdadera lógica en los raciocinios.

Ya hacia alguna tiempo que se publicaba aquí un periódico literario, titulado el Correo de Sevilla, que redactaba D. Justino Matute y Gavidia, erudito muy laborioso y de buen gusto literario (2). Como Matute era individuo de la Escuela sevillana, y amigo de todos los poetas que pertenecian á ella, sus hojas están llenas de composiciones bellisimas de Lista, Reinoso, Blanco, Roldan, Arjona, Castro, y otros de menor genio poético. En él se halla inserta la Oda del primero á la muerte de Jesus. Matute queria publicar en el periódico el Viérnes Santo, en que la Iglesia celebra este divino Misterio, una composicion sobre el asunto; y el Miércoles rogó á Lista que la hiciera, confiado sin duda en su imaginacion brillante y en su facilidad prodigiosa. Por mas que la materia fuese árdua, aun para los genios mas audaces, Lista no titubeó un instante, y en dos horas concluyó su trabajo, que es quizá la mas rica joya de su corona poética y una de las mas notables del Parnaso castellano.

Lista tiene un mérito singularísimo en la poesia Sagrada. La mayor parte de los poetas antiguos y modernos de este género, han escogido asuntos en que se elevan de lo fisico á lo religioso, del hombre hasta su criador. El poeta cuenta entónces con unas recursos, porque su imaginacion puede recorrer una esfera mas estensa y variada, y tocar todos los resortes del sentimiento que mueven unas hondamente nuestra alma. Así acontece á Fernando de Herrera en su magnífica Oda á la batalla de Lepanto. El triunfo del principe D. Juan de Austria en aquellas aguas contra las fuerzas reunidas de la media Luna, no es debido segun ella al heroismo é inteligencia del General, y al valor de sus soldados solamente, sino mas bien al Dios de las batallas, que quizo libertar á la cristiandad de la furia del mahometismo. Para este cuadro que sin duda es severo,

(1) El Cláustro prefirió á Lista mas bien por su carácter expansivo y afectuoso, que por juzgarlo de mas saber en la materia.

(2) Contiene muchas composiciones de nuestros poetas antiguos inéditas hasta entónces.

imponente y sublime, halló Herrera gran número de pensamientos en la naturaleza existente: pero la poesía sagrada de Lista, semejante á la del Maestro Leon, se sostiene por el sentimiento religioso, por las ideas y las imágenes de la Biblia y por el entusiasmo ferviente que producen en el alma del poeta las maravillas del Todo-Poderoso. Verdad es que Dios es perfecto en la sublimidad y en la belleza, porque es eterno, infinito, inmenso, y el creador de todos los séres; al propio tiempo que es la animacion, la luz, la variedad y la gracia perfecta. ¡Mas cuánta elevacion de espíritu, cuánta inspiracion, cuánta fé religiosa son necesarias para sostener el tono grave que corresponde á esta poesia!

Compárese la Oda de Lista á la muerte de Jesus con la titulada *el crucifijo* de Lamartine. En esta ha tenido que recurrir el poeta francés á pensamientos profanos para escitar por medio de ellos las ideas religiosas; los sentimientos del cristiano están mezclados á la pasion del amante que pierde á su querida, y esa union poco conveniente del amor profano y el divino es la que forma la esencia de toda la composicion. Lista en la suya somete al encanto de la poesia uno de nuestros mas elevados misterios: no hay en toda ella ni un pensamiento ni una sola palabra que nos aleje de Dios, de su amor al linage humano y de su pasion dolorosa, la cual arranca al poeta el acento del dolor; pero de ese dolor profundo que ahoga el alma y desgarrá el corazon. Oigámosle:

¿Quien abrió los raudales  
de esas sangrientas llagas, amor mio?  
¿Quien cubrió tus mejillas celestiales,  
de horror y palidez? ¿Cual brazo impío  
á tu frente divina  
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:  
Al santo perdonad, muera el malvado,  
Si sois de un justo Dios ministros fieles,  
Caiga la dura pena en el culpado:  
Si la impiedad os guía  
Y en la sangre os cebais verted la mia.

Mas solo podia aplacar la cólera del Eterno la muerte del Dios hombre; la sangre del mundo entero corriendo á mares sería mas bien una justa pena, que verdadera espacion de su delito: el diluvio no habia logrado desarrugar el ceño del Padre Omnipotente.

Mas; hay que eres tu solo  
la victima de paz que el hombre espera.

Si del Oriente al escondido polo  
un mar de sangre criminal corriera,  
ante Dios irritado

No expiacion, fuera pena del pecado (1)

Que no, cuando del cielo,  
su cólera en diluvios descendia,  
y á la maldad que dominaba el suelo  
y á las malvadas gentes envolvía,  
de la diestra potente  
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la escelsa cumbre  
de los montes el agua vengadora:  
el sol, amortecida su alba lumbre,  
que el firmamento rápido colora  
por la esfera sombría  
Cuán pálido cadáver discurría.

Aquí todo es imponente, todo es aterrador y sublime. El poeta nos presenta el poder inmenso del Dios de Sabaoth de la manera mas enérgica. Su cólera, descendiendo en diluvios sobre la tierra, ahoga la gente criminal; y el sol que ántes era la animacion del Universo, entónces amortecida su lumbre y semeiante á un cadáver, giraba por el sombrío horizonte.

Esta es la verdadera sublimidad: nada rebaja la grandeza de este cuadro magestuoso, porque la pureza, la armonía y la elegancia de las formas contribuyen á la elevacion y belleza de las imágenes. Así es como se inspira el verdadero genio: pocas veces habrá tenido la gran tragedia del Gólgotha un interprete tan digno.

En Francia y en Alemania se han hecho grandes elogios de esta Oda: y cuando Moratin y Melendez saludaron por primera vez á Lista en la emigracion, le dirigieron estas palabras. ¿Con qué es V. el autor de la Oda á la muerte de Jesus? Palabras que revelan su grande aprecio á tan hermosa inspiracion poética.

Lista que, como ya hé dicho, concibió la poesia sagrada de la misma manera

(1) La idea es muy buena pero el verso es prosáico: Lista meditando sobre su formacion concibió que la falta estaba en las dos sílabas agudas juntas, *expiacion fue...* pero no se resolvió á sacrificar la idea á la armonía.—En la primera edicion concluía la última estrofa

«el hombre venturoso  
«cante su bien con llanto doloroso:

En las ediciones siguientes enmendó de esta manera.

«muere... gemid, humanos:  
«Todos en él persisteis vuestras manos.



que Leon, no trató de rivalizar con él en su Oda á la Ascension de Jesucristo. Mas de una vez le oí decir: «el Maestro Leon pinta la subida de Dios á los cieles y la afliccion tristisima de sus discípulos al perderlo, tan dramáticamente, con una uncion tan tierna y expresiva, que no concibo pueda llegarse mas allá por el mayor genio de la tierra. Yo solo describo su entrada en la gloria, á lo cual no llegó el poeta granadino. No se creerá, pues, que pretendí rivalizar con tan grande hombre, puesto que el asunto es diferente.» Con efecto, Lista le presenta vestido de magestad y de luz brillante al entrar por las puertas eternas y por los magníficos átrios de oro en que se oyen himnos suaves que entonan los Serafines en loor del Rey de la gloria.

Tambien es digna de estudiarse por su grandeza y entusiasmo la Oda á la Concepcion, patrona de la Escuela Sevillana donde la leyó en su elogio. Blanco y Núñez habian hecho composiciones sobre el mismo asunto; y apesar de la magestad que tiene la del último, es superior la de Lista por la riqueza de las ideas y por la belleza y gala de la diction poética.—Defendia de una manera especial la pureza de María Santísima. Decia, que la Virgen debió ser enriquecida por Dios con las mismas gracias que su Hijo; con la diferencia que esas gracias correspondian al Redentor por su naturaleza divina y á su Madre por privilegio. Si Dios no pecó nunca por ser contrario el pecado á su santidad infinita, tampoco podia ser esclava de él ni un momento la que fué concebida para ser Madre del Redentor del mundo. Además, segun los profetas, Dios habia anunciado á la serpiente que una muger quebrantaria su cabeza: *ipsa conteret caput tuum*; y es contrario á la razon, que la designada por el Altísimo para cumplir esta profecía no fuese pura desde que llegó á la vida. Concluia comentando este gran pensamiento de Scoto: *¿Potuit? ¿deceuit? ergo fecit.*

La poesia mística del Cantar de los Cantares, la poesia del sentimiento religioso exaltado por la fé y el amor divino, de que dejó un bello ejemplo S. Juan de la Cruz en sus canciones entre el alma y Cristo su esposo, fué cultivada por Lista con mas perfeccion que por todos los modernos.

El Sacrificio de la Esposa y el Canto de Esposo para dos profesiones de monjas, en que imitó al Doctor estático, desconocido hasta entónces de los colectores de nuestro Parnaso, son dignas de estudio. La primera, sobre todo, cuyo argumento sencillo consiste en una sentencia de S. Bernardo «*Plus potest monachus benefacere quam rex*» es de una perfeccion incomparable. Ya nos pinte en ella los crímenes con que la maldad ha ensangrentado al mundo, ya la cólera con que apresta Dios el rayo para castigarlos, y ya el ruego dulcísimo y apasionado de la esposa, que brota de su corazon lágrimas sautas, siempre hay fuego en sus expresiones,

siempre hay vivacidad y frescura de colorido, siempre ternura y elevacion en sus ideas. Lista, á quien no puede recusarse juzgando en estas materias, aun en sus propias obras, decia que era la mejor de todas sus composiciones: como se lo contradigesen algunos amigos, les replicó: «en ninguna he tenido que vencer tan graves dificultades, ni lo he hecho con tanto acierto.»

Lista confesó á una mouja modelo de virtud y de resignacion cristiana: algunos de sus himnos y de sus traducciones de los Salmos fueron el regalo espiritual que hizo á esta religiosa, la cual respetó de tal modo á su confesor, y este tuvo tanto esmero en su asistencia, que en ninguna de sus vicisitudes políticas se interrumpió una correspondencia digna por su espíritu de los varones mas piadosos.

Juzgo que no desagradará á la Academia conocer una muestra de aquella correspondencia.

«Cádiz 5 de Julio de 1859. — Mi amada hija: mucho he tardado en responder á la tuya de 11 de Junio, de donde inferirás lo ocupadísimo que estoy.

«He recibido gran placer en conocer y tratar á este dignísimo prelado, que ni siente ni entiende mas que en hacer bien y en egercitar las virtudes propias de su ministerio. *Su conversacion es en los cielos*, como dice S. Pablo, y en nada atiende á las miserables y tristes reyertas que hay en la tierra, sino para disminuir y consolar en la parte que puede los males que producen. Sabe mucho y no lo ostenta. Es virtuoso y no lo conoce él mismo. En fin, creo haberte ya dicho que no se desdeñarían de recibirle en su coro los santos obispos de los primeros siglos de la Iglesia.

«Suelo hacer algunas expediciones para gozar del campo á los pueblos de estas cercanías, que lo tienen muy hermoso. Aun no he estado en Sanlúcar, cuya campiña tienes razon en alabar segun informe de todos. Pero en Cádiz solo hay un corto número de árboles distribuidos en varios paseos. El hecho es que envidio hasta el pobre jardinito de mi casa de Sevilla.

«Mi amigo Reinoso dice, que el campo es esencialmente virtuoso; y tiene razon. La especie de placer que inspira no puede definirse, porque es misterioso; y parece inspiracion mas bien que placer. Todos los pensamientos y afectos que sugiere al alma que lo contempla se dirigen al Señor: porque es imposible ver y gozar tanta hermosura, contemplar tanta variedad y tantos prodigios de la naturaleza sin que el corazon se eleve al Dios que la crió y la conserva.

«Sin embargo, debe confesarse que el espectáculo del mar que ofrece este pueblo sugiere ideas no ménos sublimes. Ese píelago inmenso, insondable ¿no es en cierta manera una imágen de la divinidad? Cuando le veo irritado levantar

sus olas hasta las nubes con horrible estruendo, agitado por los vientos, amenazando la tierra, y sin embargo retrocediendo ante la arena que se le opone en la playa, me parece ver la cólera de Dios movida por los pecados de los hombres y desarmada por la humilde oración de las almas justas.

«Yo creo, hija mia, que no hay objeto en que no podamos encontrar á Dios, si le buscamos con fervor y humildad. Pero en ninguna parte le tenemos mas cerca que en nuestro corazon, mas noble que el sol, que el mar, que la tierra entera, que todo el universo. Búscale en el tuyo, cuando la tribulacion aparezca: allí le hallarás corrigiendo sus defectos, hermoseándole con virtudes y llenándole de santo amor.

.....

«Tú sufres un mal que para mí sería el mayor que pudiera enviarme Dios, el de los ojos y no poder leer: mira tú si te tendré lástima. Pero al fin Dios te quiere mas que yo: y pues te lo há dado, acéptalo con resignacion y accion de gracias. La imaginacion es la loca de la casa, es menester sosegarla y atarla: no hay mejor palo para ella que la Cruz del Salvador.

«Adios, hija mia: encomiéndame á él en tus oraciones: yo haré lo mismo en las mías, y así atravesaremos este valle de lágrimas. No te pido que me escribas cosas alegres: todo lo que te pertenezca á tí, sean alegrías ó desgracias, lo participa tu padre, Alberto Lista.»

Así como el entusiasmo religioso no se apartó nunca de su alma, tampoco se extinguió en su pecho el fuego de la patria. Si sus trabajos históricos, de los cuales me ocuparé mas adelante, si sus artículos sobre nuestras Américas, si una multitud de escritos no lo probáran con evidencia, bastarían para acreditarlo las Odas á la restauracion de Buenos Aires, y á la victoria de Bailen. Esta última que fué casi improvisada, y que vieron concebir y crecer en la imprenta muchas personas respetables, fué debida al ardor vehemente que le causó la noticia de que las Águilas francesas vencedoras en el Rhin y el Wistula, habían sucumbido al ejército de Andalucía, acaudillado por el benemérito general Castaños.

Maravilla en esta composicion la variedad y contraste de sentimientos sin que destruyan la unidad del conjunto. El movimiento dramático, que en ella es muy notable, presta un interés tan vivo á las ideas y á los objetos que describe, que el espíritu queda subyugado á los acentos del poeta por una fuerza irresistible. Truena la cumbre del Pirineo, y arroja hácia España una nube de asesinos que á manera de impetuoso huracan destrozan todo lo que toca su planta: óyense las palabras orgullosas del pérfido Emperador y el estampido del cañon, que torua en eriales los bellos campos de Andalucía: se ven desplegar las leales banderas españolas, que

se oponen á las águilas altivas, y al inmortal Castañón que con su valor intrépido llena de miedo el pecho de Dupont, que vacila y es vencido.

Mas, oh! cede el impío: la fiera  
y el orgullo altanero  
postra el valor del inmortal Castañón:  
yace abatida el águila rapante,  
terror de las naciones,  
al pié de nuestros fuertes escuadrones.

Sus últimos y mas apasionados sentimientos, los reservó para su patria y sus ilustres hijos.

¡España, España! ¡amada pátria mia!  
¡pátria de los valientes  
que el largo oprobio de tu faz borraron!  
cuando tu afecto de mi pecho salga,  
mi cantar abatido  
sepúltese en el polvo del olvido.

. . . . .

¡O pátria! ¡nombre amado, que al oírlo  
las almas enajena!  
¿quién no se goza en tus gloriosos triunfos?  
¿Cuál es el corazón de duro bronce,  
que tus males no llora,  
ni al bienhechor que te defiende adora?

En estas últimas estanzas está retratado vivamente su hermoso corazón, siempre español y siempre lleno de entusiasmo por la prosperidad de su patria.

Hé dicho que Lista sabia admirablemente las ciencias morales, que habia hecho grandes estudios históricos y conocia con profundidad el corazón humano: Lista, pues, no podia dejar de cultivar la poesía filosófica, donde tan brillantes muestras habian dejado el M. Leon y el insigne Francisco de Rioja. Los tres poetas castellanos son tan superiores en este género á Horacio, segun mi humilde juicio, como la verdadera filosofía al epicurismo, como la religion católica á las creencias de los gentiles. No trato de establecer un paralelo entre el célebre lirico latino y los poetas referidos: los cuatro están ya juzgados por grandes críticos y todos han convenido en que Horacio tiene muy pocos rivales en la mayor parte de las materias que hicieron sonar las cuerdas de su lira. Pero la religion cristiana enalteciendo y purificando todos los sentimientos de nuestro corazón, dió tambien mayor atractivo, mayor encanto y magestad á la poesía de este género. y por



consiguiente grandes ventajas sobre los antiguos á los que la han cultivado en la civilización moderna.

Lista en su oda titulada *La vida humana* compara el hombre desde su nacimiento á una pequeña fuente, que va engrosando con lentitud el caudal de sus aguas, hasta que transformándose en río caudaloso destroza las márgenes que ántes le habian embellecido, y va á sumergirse en el Occéano. La comparación comienza de la manera mas pintoresca desde la primera octava.

¿No ves, Fileno, (1) en la florida espalda  
de aquella umbrosa sierra y eminente  
como un hilo de plata entre esmeralda  
nacer bullendo impercible fuente?  
y ¿cuál resbala por la hojosa falda,  
tan téne y fugitiva su corriente,  
que del aura sutil aun no es sentida?  
así comienza nuestra frágil vida.

La fuentecilla, aumentando sus corrientes con las lluvias, se há convertido en un torrente impetuoso, que atrevido en su carrera se lanza hasta los abismos mas profundos.

Mirala luego montaráz torrente,  
su caudal con las lluvias aumentando,  
que veloz, atrevido é impaciente  
por pedregosos valles vá sonando:  
apenas sufre ni el marmóreo puente,  
ni el margen, que acomete rebramando,  
ni el firme robledal de su ribera,  
ni el monte que se opone á su carrera.

. . . . .  
Mas ya del hondo páramo se eleva  
sobre el risco musgoso, que lo ataja;  
y á la campiña, que de pompa nueva  
vistió el mayo gentil, airado baja;  
redil y chozas por delante lleva,  
y la encina firmísima desgaja:  
y templado jamás, y siempre activo  
es de la juventud retrato vivo.

(1) D. Felix José Reinoso, á quien la dirige.

Pero ya no es solo un arroyo salido de madre por el caudal que há recibido de las lluvias; los tributos que le rinden otros arroyos y torrentes, y la victoria que há conseguido de otro tan soberbio que se le oponia en su camino le convierten en un río soberbio, que vuelca é inunda cuanto halla á su paso.

Ingrato al bosque amigo, que acopado  
le adornó con sus sombras placenteras;  
pérfido al muro, que besó humillado  
cuando apenas llenaba sus riberas.  
Bate, si crece, el torreón alzado,  
los troncos vuelca, inunda las praderas:  
no hay ley, no hay freno, que su furia atajen,  
y es, mortal, de tus vicios triste imágen.

Su furia, sin embargo, vá desapareciendo lentamente: sus aguas divididas en varios raudales, dejan pobre su caudal y siente, aunque con indignacion, que lo reprimen los muelles, y que mil bajeles atormentan su espalda. Ya cercano al mar prueba la amargura de sus aguas, y se sumerge en él para siempre.

Ya, aunque indignado, vé que lo reprimen  
puentes soberbios, muelles elevados;  
que sus raudales retorcidos gimen  
del espolon macizo quebrantados;  
que mil bajeles la cerviz le oprimen,  
de riquezas y crímenes cargados.  
Del mar vecino la amargura siente;  
imágen tuya, oh senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado,  
vé al ponto inmenso, que sorberle espera:  
ya solícito escucha y aterrado  
el continuo rugir de la onda fiera:  
ya á su pesar camina arrebatado  
al tablazo extendido, donde muera:  
ya la mar le recibe dividida;  
y así, Fileno, acaba nuestra vida.

En esta composicion rivaliza el talento del filósofo, con el génio del poeta. El filósofo presenta al hombre en su nacimiento, y desenvuelve desde su infancia, su carácter y sus inclinaciones dirigidas por malos estímulos, y los vicios y crímenes que le afean. Pero este hombre que en la plenitud de su vida no encuentra ley ni freno que atajen su furia, vá perdiendo sus fuerzas con los años: la vejez le aproe-

sima á la muerte, y la muerte cuya idea le aterra continuamente, le hunde en la eternidad.

El pensamiento está embellecido prodigiosamente por el poeta con la hermosa comparacion que hé referido: en ella derramó á torrentes las gracias de la poesia descriptiva, que unas veces es risueña, otras sentimental, otras severa y otras pintoresca y sentenciosa: ¡asi hay tanta mágia en los cuadros, y tanta riqueza y propiedad en las ideas! En el arroyo, en el rio impetuoso, en el rio debilitado por la division de sus aguas, y en el mar, están pintados de una manera sorprendente el jóven con sus vicios, el hombre con sus crímenes, el anciano con sus remordimientos, la eternidad donde perecen nuestras ilusiones. La versificacion es llena, elegante y vigorosa, y la armonía imitativa que con frecuencia está esparcida por toda la composicion, puede competir, sin rebajarse, con los trozos mas perfectos de Virgilio, de Leon y de Fernando de Herrera. (1)

Sería necesario mayor espacio que el que se concede á un discurso académico para hablar detenidamente de los demas géneros poéticos en que se ensayó Lista. El romance, el idilio, el soneto, la anacreóntica, la epopeya, la tragedia, el melodrama (2), el poema satirico; en todos dejó grandes muestras de su genio, en todos es notable por la elevacion, por la osadía, por la fecundidad, por la armonía y la pureza de la diction poética. Tal vez es tierno, tal vez es gracioso, algunas veces florido, con frecuencia elevado y sublime; y siempre fácil, siempre abundante y profundo. Es tan flexible para imitar el arrebato de Horacio y Píndaro como la tierna sublimidad virgiliana, tan flexible para imitar la fuerza de Herrera y los robustos y conceptuosos acentos de Calderon, como el esmero y la dulzura de Rioja. En su composicion á la *Queja* parece que escuchamos á Horacio; en otra al mismo asunto vemos los afectos de Calderon con el mismo artificio que usaba en sus versos, y el genio de Herrera en todas sus producciones liricas. Pero es completamente ori-

(1) Escribió varias composiciones filosóficas; pero merecen especial mencion la oda á la beneficencia, y la que tiene por título «Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesion militar.»

(2) Tradujo en verso la Calixta de Colardeau y el Catilina de Crebillon: en prosa dos comedias de Moliere. Escribió original una tragedia de Santa Justa y Rufina, que es una rapsodia de la Xaira de Voltaire y del Polieucto de Corneille. Dejó por concluir un drama titulado Armida y Reynaldo, del que insertó algunos trozos en la segunda edicion de sus poesias. Escribió un poema de bastante mérito, titulado La mentecatez, en que imitó á Pope, y el de La Inocencia perdida, que obtuvo el accessit en concurrencia con otros poetas: el de Reinoso ganó el premio. Se conservan los originales de todos, que deben ser entregados en la biblioteca de esta Universidad, á que pertenecen por donacion del poeta. Há desaparecido su mas apreciable joya, que consistia en un gran cuaderno manuscrito de composiciones poéticas, corregidas y preparadas para la estampa, el cual legaba tambien á la biblioteca de la Universidad. El que lo haya sustraído del cajon en que estaba guardado con llave, quitando así una parte de su gloria al ilustre poeta y un monumento á la literatura española, bien merece la execracion de todos los amantes de las letras. Sus albaceas D. Antonio Martin Villa y D. Jorge Díez, Pro. han hecho las mayores diligencias para descubrirlo; pero todo ha sido en vano.

ginal en los bellisimos romances del pescador Anfriso y en el de la Cabaña; así como es un modelo en las poesías eróticas.

Jamás resonaron en su lira los acentos de la lisonja; pero la amistad y la admiración, que exaltaban su fantasía con frecuencia, le inspiraron composiciones de gran mérito en elogio del señor Reinoso, á quien amó toda su vida tiernamente: la amistad y la admiración le dictaron la hermosa oda á Melendez, considerándolo como restaurador de la poesía castellana (1) y la amistad lloró su muerte y la de Cienfuegos con el canto melancólico del dolor. Aquella alma angelical, depósito de todas las pasiones nobles y generosas, se complacía, semejante á la de Lope de Vega, en la alabanza del amigo y del talento; mas como no abrigó jamás ni el odio ni la envidia, fué siempre muda para el vituperio. (2)

En la correspondencia citada en una carta escrita en Cádiz en 21 de Mayo de 1841, dice:

«Gran necesidad tenía de verte, porque estaba muy afligido con las noticias de Reinoso cada día mas funestas y para mí mas decisivas, aunque me callaban su muerte.

«Reinoso, á quien conociste poco, era el hombre que yo mas apreciaba en este mundo, por su virtud á toda prueba, por su razon elevada y por la ternura concentrada de su corazón. Digo *concentrada*, porque bajo un aspecto bastante severo tenía un alma sumamente cariñosa. Fué el paño de lágrimas en mis calamidades, mi partícipe en mis alegrías, mi único consejero en el camino de la vida y mi compañero mas íntimo en la carrera de las letras; y esto desde la edad de doce años. Mira si una amistad de esta fecha y de estas circunstancias puede romperse sin que se rompa al mismo tiempo un corazón que sabe sentir. Sin embargo, Dios no há querido por su infinita piedad borrarne la idea consoladora de que está recibiendo en su seno amoroso el premio de las virtudes que le adornaron, y que podré reunirme á él para nunca perderle, si correspondo á la misericordia que el Señor tiene conmigo; pues yo (te lo digo sin rebozo) entregado á solas las fuerzas de mi razon, me hubiera ya vuelto loco con esta pérdida.

«En cuanto á Blanco, cuya muerte no puede estar muy lejana, si no se há verificado ya, solo puedo decirte que es el que mas quiero de todos mis amigos. Esta amistad, aunque de fecha menor que la de Reinoso, há sido todavía mas tierna, mas sensible. Siempre aprecié á este mas; pero al otro le quise con mas efusion de alma.»

(1) Melendez se conmovió muy agradablemente al leerla.

(2) Lista vivió como Lope de Vega 75 años.



Si su corazón era tan bello como el de Lope, su inteligencia fácil era acaso tan fecunda y sin duda mas correcta que la de aquel gran genio: (1) pero las vicisitudes de su azarosa vida, el profesorado que le absorbió la mayor parte de ella, la política y otras ocupaciones graves le separaron á menudo del trato de las musas y le impidieron realizar varias obras para las cuales habia empleado muchos años de estudio y largas meditaciones.—Decia con su conocida modestia, lo cual hacia que se le oyese con gusto en las pocas veces que hablaba de sí propio, que sus compañeros de estudios se habian adjudicado un día las dotes del Parnaso: que á Reinoso le habian dado la magestad y la pompa, al malogrado Blanco la dulzura, y á él la riqueza.

Invadida nuestra península por las armas francesas, fué nombrado para escribir un periódico en que inculcó, con el celo de un buen español, las ideas de patriotismo y de resistencia contra la agresion inícuca de Napoleon. En aquella época memorable conoció al célebre Jovellános, individuo de la Junta central que se hallaba en Sevilla en 1809, el cual le trató afectuosamente á pesar de la diferencia en la edad y de su elevada categoría. Le encargó que escribiera el elogio del Sr. Conde de Floridablanca, que anda impreso; y extinguida la Inquisición, que examinara los papeles de la que habia existido en esta ciudad. Lista desempeñó su encargo con exactitud é inteligencia: y justo es que la posteridad no ignore los beneficios que le debieron muchos desgraciados sometidos al juicio de aquel severo tribunal. Todos los precesos fueron reducidos por él á cenizas y solo conservó los papeles que podian servir para la historia de aquella institucion, y los que acreditaban el nacimiento, los derechos ó la nobleza de algunos individuos. Restablecida la Inquisición, no pareció ninguna de las causas, y evitó la persecucion, y tal vez la ruina de muchos infelices.

Habia sido amigo desde su primera juventud de D. Juan Agustín Cean Bermudez, á quien conoció siendo empleado en el archivo de Indias de esta ciudad. Cean Bermudez ascendió á oficial del Ministerio de Gracia y Justicia, y le dió poco despues una media racion vacante en esta Iglesia Metropolitana, estando en Sevilla el mariscal Soult. Ella fué la causa de su emigracion al evacuar los franceses las Andalucías. Sin auxilios para el sostenimiento de su vida, y lleno de amargura al considerarse lejos de los objetos mas caros á su corazón, pasó los dias desde que puso los pies del lado allá de los Pirineos hasta que conoció á Llorente, Moratín y Melendez, que por las mismas causas políticas habian sido arrojados del

(1) La oda á la Vegetacion la hizo en una gira de campo en S. Juan de Aznalfarache con varios amigos, delante de los cuales la escribió con un lápiz despues de la comida en ménos de una hora.

suelo español. El trato afectuoso de estos y otros sábios, alivió algun tanto sus acerbadas penas; la enseñanza de las Matemáticas y de la lengua castellana proveyeron á su subsistencia; y aunque viviendo con estrechez, no dejaba de enviar socorros á su familia, que no abandonó jamás. Allí se fijaron irrevocablemente sus ideas morales y políticas. Vió de cerca los horribles estragos de una revolucion desencadenada, y conoció que la libertad y la justicia deben caminar juntas para hacer la felicidad de los pueblos: separadas, la primera se destruye por sus mismos furores; la otra se degrada por la servidumbre.

Pero si la tiranía ó el desenfreno de las pasiones, arrancan de cuajo al árbol de la libertad, la justicia unida á ella le poda para hacerlo mas fructífero. Allí se persuadió tambien del grande y benéfico influjo que ejerce el principio religioso sobre las constituciones de los pueblos. Cierto es que la religion es el principal vínculo que une á los hombres en la sociedad: de él emanan no solo la moral, sino todas las demas virtudes que constituyen el bien estar de sus individuos: cuando falta este vínculo, la licencia reemplaza á los buenos sentimientos, la maldad á la justicia. El abandono de los principios religiosos llevaron al patíbulo en la plaza de White-Hall al infeliz Carlos primero, y trageron en Inglaterra el despotismo de Cromwell: (1) el mismo abandono producido en Francia por las doctrinas del materialismo, escandalizó á la Europa con otro regicidio, negó la existencia de Dios, y ensangrentó las calles de Paris y de otras grandes ciudades con espantosos asesinatos. En Francia, pues, conoció profundamente el carácter y las tendencias de la sociedad moderna. Como consecuencia de estas observaciones, juzgó siempre que no podía debilitarse el poder, si habia de gobernar con acierto; y jamás transigió con la irreligion y la anarquía.

Vuelto á España en 1817, se estableció en Pamplona protegido por los Marqueses de Besolla, y se dedicó á la enseñanza particular fundando un colegio. Pero aquel no era el cielo donde habia nacido, no veía allí las orillas del Guadalquivir, que tantas veces le habian inspirado, y una mortal melancolia se apoderó de su corazon. Aquel espíritu que habia sufrido resignadamente los dias del ostracismo, desmayó al considerar que estaba ya en España, y no podia ver el cielo de Sevilla. Preguntándole la Marquesa por la causa de su melancolia, ofreció contestarle en breve, y poco despues le presentó el bellissimo himno del desgraciado. En él se advierten los sufrimientos del génio, que perdidas con el desengaño las ilusiones de la vida, procura hallar un triste consuelo en la razon; porque ni los placeres de la sociedad, ni los de la naturaleza podian cautivar el pecho del que habia perdido hasta la esperanza, que es el mayor bien del hombre.

(1) Véase la oracion fúnebre de Bossuet por la Reina de Inglaterra.

Llegado á Bilbao, estudió profundamente los fueros y antigüedades de las provincias vascongadas, cuyos conocimientos publicó en la *Revista de Madrid* en un artículo notable por su erudicion y por sus reflexiones. Tambien ganó en concurso una cátedra de Matemáticas que habia quedado vacante en el consulado de Bilbao; enseñó ademas Humanidades é Historia en un colegio que fundó allí D. Juan Manuel Calleja y principió á trabajar su obra elemental de Matemáticas, admirable por su exactitud, por su espíritu analítico y por su filosofía, en cuyas dotes aventaja á las demas de esta clase escritas en España. Algunos han censurado, como excesiva, la concision de esta obra, sin considerar tal vez que adoptó ese método confiado en que la explicacion de los profesores supliría las ideas intermedias.

Su pasion por las Matemáticas, cuyo estudio se cree generalmente incompatible con el de la poesia, se explica por su amor al orden en todas las cosas. La belleza poética consiste en la variedad y la unidad, en el orden supremo, y él llamaba á las Matemáticas la ciencia del orden. Así explicando un dia á su amigo Blanco el binomio de Newton, exclamó aquel admirado: «tus palabras encierran la prueba mas poderosa que hasta ahora hé conocido de la existencia de un Ser supremo.

En 1820 juró la Constitucion el Rey D. Fernando VII y la vida de Lista varió con aquel acontecimiento. Sus amigos de la corte le rogaron con vivas instancias que fuera á establecerse á ella, y D. Juan Manuel Calleja, que habia fundado ya en Madrid el colegio de S. Mateo, le dió la regencia de estudios con el cargo de enseñar Literatura, Historia, Geografía, Matemáticas y propiedad latina. Entónces se fundó *El Censor*, periódico de ideas conservadoras, que sostuvo la necesidad de dos cámaras y las prerogativas de la corona. Pertenecian á su redaccion D. José Gomez Hermosilla, D. Sebastián de Miñano y Lista: el primero se hizo cargo de la parte política, y el segundo de la satírica para la cual tenia grandes talentos y una gracia inimitable. El tercero, á quien el desengaño habia alejado de las cosas del gobierno, no se ocupó tanto de ellas; pero sus pocos artículos políticos fueron la admiración de los inteligentes. En cambio escribió casi toda la parte literaria. ¡Lástima es que no se haya hecho una coleccion de los artículos que publicó en aquel periódico, donde se encuentran brillantes análisis sobre amena literatura, especialmente de muchas comedias antiguas españolas! Pero las pasiones populares habian aumentado su efervescencia, y aquel periódico que era un verdadero censor de las opiniones exaltadas, eumudeció en 1822 para siempre. Lista continuó con la enseñanza en el colegio referido, y dió algunas lecciones privadas. (1) Por aquella época publicó en un tomo la primera coleccion de sus poesías. Tambien explicó en

(1) Para el uso de los alumnos de S. Mateo publicó su coleccion de hablistas castellanos.



el Ateneo un curso de Literatura española, dando la preferencia á la dramática, de la cual solo publicó algunas lecciones, cuando mas tarde volvió á continuar su enseñanza en el mismo establecimiento. La concurrencia fué extraordinaria, y todavia hablan con entusiasmo algunas de las personas que le escucharon, especialmente cuando recuerdan el admirable análisis que hizo de la profecía del Tajo.

El colegio de S. Mateo dió los frutos que debian esperarse de tan insigne Maestro. El general Pezuela, modelo de caballeros y poeta ilustre, el general Leon y Navarrete, muerto gloriosamente en Barbastro defendiendo la causa de la libertad y del trono, el general Mazarredo, Roca de Togores, Vega, el malogrado Espronceda, Ochoa, que tan sentidamente le há llorado en un magnífico elogio, y otros muchos hombres eminentes, son una muestra de aquella enseñanza.

Aunque Lista no tuvo parte en la revolucion de 1820, llegó á hacerse sospechoso para los ultrarrealistas de 1825, que atacaron de mil maneras el colegio por odio á su regente hasta que lograron extinguirlo. Entónces quedó reducido á dar lecciones particulares en la calle de Valverde, á las que asistieron los señores Mon, Pidal, Castillo y Ayensa, D. Agustin Duran, D. Faenndo Infante, los hijos del Sr. Clemencin y otros varios, que por su aplicacion y sorprendentes adelantos esclarecieron mas la fama del Maestro. Esa fama, semejante á la de Sócrates y Platon, es su mayor título de gloria.

Pero si su inteligencia era de primer orden, si admiraba la inmensidad de sus conocimientos, habia en él otras cualidades acaso mas estimables: el cariño á sus discípulos, el afán insaciable por comunicarles los tesoros de su sabiduria. No satisfecho con las horas destinadas á las explicaciones, siempre enseñaba en sus conversaciones familiares, siempre estaba dispuesto con una bondad amorosa á resolver cuantas dudas le consultaban. Sencillo y modesto inspiraba á los aplicados con su trato afectuoso la confianza de un hermano, el respeto de un padre con sus consejos, la veneracion de un oráculo con su doctrina. Su palabra insinuante y atractiva, y llena de máximas morales, tan profunda en la filosofia como en la historia, tan sabia y amena cuando se ocupaba de los clásicos antiguos, como de los modernos, era una biblioteca escogida, un manantial inagotable de todo lo bueno y sublime que han producido el saber y la inteligencia humana.

Miñano y D. Juan Grijalva, secretario entónces de la estampilla, que conocian bien la pureza y la lealtad de su corazon, le amaban sinceramente. El primero le relacionó con D. Luis Lopez Ballesteros, ministro de Hacienda, que le encargó el despacho de algunos negocios graves del Estado. El segundo dió á conocer su nomi-

bre y su mérito á Fernando VII, de quien nunca solicitó nada. (1) No le impidieron estas ocupaciones dedicarse á sus antiguos estudios, que le abrieron las puertas de las Academias de la Lengua y de la Historia. En la primera leyó un discurso sobre la Literatura española, en la segunda otro fijando el carácter del feudalismo en España. En él demuestra que no pudo tener aquí el mismo poderío que en Italia, Francia, Alemania é Inglaterra, porque no hubo raza vencida y porque no dando el Rey las alcaldías y los castillos sino vitaliciamente, conservaba siempre la supremacía entre los señores. Ambas aserciones son ciertas: la segunda está demostrada con claridad en la historia; la primera se deduce fácilmente, reflexionando sobre ciertos acontecimientos.—Con efecto, la muerte de la monarquía goda en las orillas del Guadalete dió á los árabes el imperio en casi todo el territorio español. Los restos de la antigua raza dominante se habían refugiado en un rincón de las Asturias; la España gótica se había convertido en España musulmana; los privilegios de la antigua nobleza desaparecieron ante la espada del pueblo dominante, y cesó la distinción entre señores y vasallos. Comenzó la reconquista con el valor de un pueblo que pelea, no solo contra un usurpador, sino contra el enemigo de su ley. En esta lucha de casi ocho siglos, el monarca mandaba los ejércitos y todos los demas se agrupaban alrededor del estandarte real sin mas diferencia que el heroísmo de cada combatiente, que servía de mérito para los grados en la milicia y para las donaciones que recibían. Así los que en momentos de paz cultivaban los campos, no eran vasallos sometidos á señores feudales, ni hubieran podido sufrir la servidumbre, sino guerreros que con el arado en la mano llevaban la espada en el cinto y estaban dispuestos á la pelea como todos los demas al primer llamamiento de su soberano. Por eso para destruir el feudalismo en España no han necesitado los Reyes como en otras naciones europeas el auxilio de los ayuntamientos.

Lista hizo otro viaje á Francia el año de 1827 para evitar las repetidas molestias que le causaba el fanatismo de algunos realistas: desde allí sostuvo una larga correspondencia con sus amigos de la corte en la cual daba á Grijalva saludables consejos, especialmente al anunciarle como posible que la dinastía de Orleans subiera al trono de S. Luis. La revolucion de Julio en 1830 prueba que había conocido á fondo el espíritu del pueblo francés y su gran prevision en política.—Sus amigos concibieron el pensamiento de escribir un periódico en Bayona con el título de *Gaceta*, para vindicar á España de varias calumnias con que pretendían mancillarla

(1) Lista daba lecciones á un sobrino de Grijalva en Palacio, donde por el destino que desempeñaba tenia su habitacion. El Rey le vió un dia al pasar por ella, y despues dijo á Grijalva: tengo muchas noticias de la ciencia y del talento de Lista; pero nunca me ha pedido nada. Ni lo hará, replicó Grijalva, porque no es posible que haya hombre mas desinteresado.

algunos países extranjeros. También se propusieron defender las determinaciones de la fracción ilustrada del Gobierno, cuyo representante era el señor Ballesteros. Lista con Reinoso y otros fué colaborador de aquel periódico, y sus artículos sobre política, llenos de enseñanza y de una lógica poderosa, unidas á la sencillez y pureza de las formas, son modelos que debían estudiar los que se dedican á esta clase de escritos. La Gaceta de Bayona no há tenido ningún periódico rival en España. Entónces publicó el suplemento al Mariana y Miñana, que forma el tomo 9.º de la edicion que se hizo el año de 1829 en Madrid. (1)

Mas la revolucion de Julio fué causa de que se trasladase la Gaceta de Bayona á S. Sebastian, tomando el título de *Estafeta*; pero no varió por eso en la defensa del órden y de la monarquía, aconsejando sin embargo las mejoras prudentes que dictaban los sucesos ocurridos en la vecina Francia y el estado del pueblo español. Muerto aquel periódico y nombrado en 1855 Cea Bermudez presidente de un nuevo ministerio, le encomendó la direccion de la Gaceta y de algunos negocios de importancia. Por estos servicios y otros muy notables recibió la cruz de comendador de Isabel la Católica: y á haber querido aceptar, hubiera sido canónigo de la catedral de Santiago, con cuya plaza le rogó su íntimo amigo el Sr. D. Juan Gualberto Gonzalez, ministro á la sazón de Gracia y Justicia.

En medio de estas graves ocupaciones, no abandonaba jamás sus trabajos literarios: tradujo, adicionó, y completó escribiendo varios tomos originales la historia universal del Conde Segur, en cuya ocupacion se empleaba desde 1829. Esta obra sola, aun sin otros títulos de gloria, hubiera asentado sobre una base imprecadera su alta reputacion literaria, y le dió con justicia el cetro de la historia entre los españoles. No es tan conciso como Tácito, pero narra con mas rapidez que Tito Livio, y aunque sencillo, es siempre magestuoso. Se distingue sobre todo por la penetracion en las consecuencias de los sucesos que refiere, en lo cual lleva gran ventaja á ambos escritores, que no conocieron el método filosófico en las narraciones. Su carácter como historiador es semejante al hombre político. Al desenvolver el elemento de gobierno en la historia antigua, le hallaba siempre en el poder y en la aristocracia, así como veía el principal elemento de la sociedad moderna en el principio religioso del cristianismo. Creía que Robertson, Gibbon y Voltaire, se equivocaron atacando el poder de la Iglesia, cuya legitimidad no supieron apreciar ó acaso afectaron desconocer maliciosamente. La Iglesia no debió su existencia política como algunos reinos (2) á las invasiones de la fuerza que despues há legitimado el trans-

(1) No fué extraño á la vuelta á Madrid de Quintana, que estaba entónces en desgracia: este fausto acontecimiento fué celebrado por él en una oda inclusa en su coleccion.

(2) España fué donacion de Honorio, hecha en 416 á Walia, sucesor de Ataulfo, por los grandes servicios que le habia prestado.



curso de los siglos. ¿No dió el padre de Cárlo Magno en propiedad á la Santa Sede los estados que usurpaban los Lombardos á los Imperiales de Oriente? ¿Mas tarde no le donó la Condesa Matilde sus dominios al expirar sin herederos? Hé aquí el origen legítimo del poder temporal de la Iglesia. Pero Robertson que, en su zelo protestante, desconoció esta legitimidad, no podia conocer tampoco la justicia con que la Iglesia persiguió á los partidarios de Lutero. Qué mas: el historiador Gibbon, cuya erudicion pasma por su profundidad, juzga que el cristianismo fué un acontecimiento bárbaro que destruyó el órden establecido por el despotismo de los emperadores romanos, no cree que el evangelio fué el elemento que destruyó la esclavitud del mundo; no vé en los cristianos mas que fanáticos y perturbadores, y le parece justo que se les trate sin piedad, y que sean inmolados por la ira de los procónsules. Tambien desconoció que la libertad moral de los pueblos no perezca nunca por mas que sufra increíbles transformaciones; para lo contrario forzoso era que se extinguiese el pensamiento en el hombre. Por eso unas veces la contemplamos en Roma en medio de sus asambleas, otras veces huyendo de la corrupcion en el retiro del estóico, otras en fin llena de entusiasmo, refugiada en las virtudes de los Santos Padres, y entre los tormentos de los mártires. Estos decian tranquilos á sus verdugos «Nos multiplicamos á medida que perecemos: los cristianos nacen de la sangre de los mártires». «¿Cuántas veces sois crueles con nosotros, ya por recreo de vuestra feroz inclinacion, ya por pretexto de obediencia á las leyes! ¿Cuántas veces sin esperar vuestras órdenes nos há perseguido el pueblo con piedras y puesto fuego á nuestras casas! ¿Cuántas en sus furiosas bacanales nos acometió con tanta ferocidad, que no perdonó ni á los cristianos muertos impiamente! Sí; el asilo de la muerte ha sido violado. Del fondo de los sepuleros en que reposaban arrancásteis los cadáveres ya desfigurados para insultarlos y despedazarlos. Y sin embargo ¿faltó en algun cristiano la paciencia? ¿Condenásteis á alguno por quererse vengar de ese encarnizamiento que nos persigue aun mas allá de la tumba? Y no se piense que el no desagraviarnos es por falta de armas ó de valor: si nos faltáran fuerzas, bastarian algunas teas encendidas para abrasar la ciudad, tomando venganza en una sola noche, si fuera lícito al cristiano pagar un agravio con otro. Pero Dios no permita que una religion divina se venga con armas terrestres y se abata ante los tormentos que la prneban.

«Si quisiéramos vengarnos, no ocultamente, sino como enemigos declarados ¿nos faltarian fuerzas y egércitos? ¿Son mas numerosos los Moros, los Marcomanos, los Partos y cualquier otro pueblo encerrado en las fronteras de un reino, que los cristianos que no tienen mas limites que los del mundo entero? Ayer nacimos y hoy llenamos el imperio, las ciudades, las islas, los castillos, las villas, las aldeas,

los reales, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: solo dejamos vacíos vuestros templos.

«¿Pues qué guerras, qué combates no sostendríamos aun con fuerzas desiguales, estando acostumbrados á morir con serenidad en los tormentos, si nuestra santa ley no nos ordenara mas bien perder la vida que quitarla á nuestros semejantes?....» (1) Los que hablaban de esta manera en presencia de la muerte, los que la sufrían con resignación para obtener la misericordia del Todopoderoso, bien merecían que se les juzgase con verdad y con justicia por el sábio historiador, ya que aparece tan insensible á sus padecimientos. Si se hubiera limitado, como dice Villemain, á presentar los cristianos desde que aparecieron en el mundo despues de su divino Maestro, narrando imparcialmente sus progresos y sus opiniones; si hubiera estudiado profundamente los Apologistas y los Santos Padres, ni habría reñido en una disertación tantos juicios falsos sobre el carácter del cristianismo, ni habría dicho que era difusa la elocuencia de los últimos, siendo grave, sencilla y enérgica, y el instrumento sublime de la reforma cristiana y de la reforma de aquella sociedad moribunda. (2) Los epigramas satíricos de Voltaire sobre el cristianismo, me parecen indignos de tan grande hombre.

Lista defendía la Iglesia contra estos y otros acusadores y demostraba al propio tiempo que la sociedad doméstica y los derechos civiles habían sufrido grandes alteraciones en beneficio de la humanidad por la influencia del cristianismo: demostraba también que la abolición de la esclavitud, la igualdad de la mujer al hombre, las obligaciones y derechos recíprocos de los padres y los hijos, la disminución, templanza y pronta extinción del derecho señorial en España, nacían del mismo principio. No juzgaba como Montesquieu y otros publicistas, que el poder real templado por las grandes asambleas nacionales, se derivaba de los antiguos germanos. Los Concilios de la Iglesia eran, según sus investigaciones históricas, el verdadero origen de ellas, así como los Concilios toledanos lo fueron de las Cortes españolas.

Como consecuencia de esta doctrina hizo notar que cuando el Trono se opuso á la dominación de los grandes, halló siempre á su lado la Iglesia y el pueblo para defenderlo. El Trono era por lo mismo para Lista la institución mas popular de España. Además, ningún historiador há juzgado quizá con tanto acierto á los reyes católicos. Elogia con justicia el pensamiento admirable de Fernando el V para extender sus dominios por el África, cuya realización hubiera asegurado para siempre la grandeza del imperio castellano. Y así debía acontecer: vecina á nosotros esa parte del mundo, y separada solamente por un pequeño estrecho, las conquistas

(1) Tertuliani Apologeticus.

(2) Villemain. Cour de lit. française, tom. 1. pag. 158.



en ella hubieran sido adiciones homogéneas de territorios fértiles, siempre seguros que nos abriesen el camino del Asia. Mas este gran proyecto fué malogrado por las conquistas de Italia, y de los Países Bajos. La América sobre todo, cuyo glorioso descubrimiento nos envidiaron otras naciones, absorbió la atención de nuestros reyes, que tuvieron necesidad de distraer muchas fuerzas para el sostenimiento de aquellas remotas comarcas. Ya se há visto el resultado: las colonias, como decía el mismo Lista en sus artículos sobre las Américas, son semejantes cuando se civilizan á los hijos que llegan á la mayor edad. Desde esa época desean sacudir los primeros el yugo paterno; desde la de su civilización desean también las colonias vivir emancipadas; y cuando una larga distancia las separa del pueblo á que están sometidas, carece este de recursos para reducir las á la obediencia. Las Américas se han perdido; España sin aquellos obstáculos, sería hoy la señora de todo el África.

También vindicó á Felipe II de las calumnias de los ingleses y los flamencos: sus hechos verdaderos están comprobados escrupulosamente por el mismo Lista en documentos irrecusables. Desde entónces contribuyó á destruir la opinion que se había formado contra aquel Monarca, á quien hasta los dramáticos extranjeros se empeñaron en presentar manchado con los crímenes mas abominables. Pero ninguna persona ilustrada cree ya en aquellas infames patrañas. Cierto es que su carácter sombrío y reservado contrastaba tristemente con la amable franqueza de su padre; que mientras este se fiaba en la lealtad de sus consejeros, Felipe despachaba por sí mismo sin confiar de todo punto ni aun en el Principe de Éboli su mas íntimo confidente. De este modo su reserva introdujo la sospecha, y la sospecha acogió fácilmente la calumnia. Su carácter, pues, y la ojeriza de los protestantes, fueron causa de que la posteridad manchára de una manera inicua su memoria. Lista que conoció las elevadas miras de sus talentos políticos, ora como hombre influyente en los negocios de Europa, ora como rey de España, juzga también con imparcialidad sus desaciertos: uno de ellos fué el empeño temerario de pretender igualar en leyes, usos y costumbres á las siete provincias de los Países Bajos, y en sostener contra ellas por esta causa una guerra desastrosa para este reino. La protección que Francia é Inglaterra otorgaron á aquellos pueblos, debió hacerle prever el resultado funesto de tan porfiada lucha. Tampoco acertó en no trasladar la córte á Lisboa, cuando el génio militar del Duque de Alba le conquistó aquel reino: si lo hubiera hecho, hoy solo existiría el Portugal para la historia, y la nación española sería mas poderosa y mas influyente en los destinos del mundo. Pero las faltas del político, en nada mancillan el corazón del monarca. Su padre le había dejado además un reino tan extenso como

apartados sus territorios, y para conservarlo íntegro mayor tiempo se necesitaba su invencible espada y la aureola de su gloria. La gran monarquía de Carlos V comenzó á desmoronarse en Felipe II; pero téngase presente la conducta de sus sucesores, y entónces podrá apreciarse la profundidad de su política y la sabiduría de su administracion. Téngase presente que Europa ardía en guerras mientras él sostuvo la paz en España; y reconozcamos sobre todo el gran mérito de habernos conservado en toda su pureza la religion de nuestros mayores. Muchos de los reveses ocurridos en su reinado eran inevitables.

Continuando Lista en la redaccion de la *Gaceta*, fundó en 1835 un periódico con el título de la *Estrella*, para defender las reformas nacionales, y el derecho de Doña Isabel II al trono de su augusto padre. Sin embargo, exento de ambicion, la política no tenia para él ningun atractivo; no era mas que un servicio prestado á sus amigos, ó un medio decoroso de subsistencia; y al ascender al ministerio algunos de ellos, solo admitió una cátedra de Matemáticas en la Universidad de Madrid, á cuya ocupacion lo impulsaba una fuerza irresistible. Hubiera continuado en la córte consagrándose á la enseñanza y á sus amigos; pero fastidiado de los periódicos y de la política que sin tregua le perseguian, resolvió admitir en Cádiz en 1838 la regencia de estudios del Colegio de S. Felipe para librarse de tareas tan enojosas.—En aquel mismo año le ascendió esta Academia á sócio preeminente.—La fama del Colegio se propagó de una manera prodigiosa y de todas partes llegaban á él alumnos en número tan crecido, que era forzoso esperar la salida de unos para admitir á otros.—Entónces tuvo grande empeño D. José Vicente Durana en honrar la redaccion del periódico titulado el *Tiempo*, con sus artículos. Lista solo accedió á escribir la parte literaria. (1) Sus tratados sobre los sentimientos humanos y sobre la belleza, así como los análisis literarios que publicó en aquel periódico, prueban que su sabiduría habia llegado á la perfeccion en la materia, que era el primer estético y el mas claro y profundo de todos los humanistas españoles. El estilo de aquellos artículos, exento de galicismos, se distingue por la facilidad y la riqueza. Imita á Condillac en la sencillez, pero con mayor fuerza de colorido, y con mas imaginacion, y dando siempre la preferencia á las palabras gráficas.

Allí aprovechaba los dias de vacaciones para pasarlos en Sevilla entre su familia y sus amigos, que como él decia con el acento expresivo de la ternura, aliviaban su naturaleza del peso de los años.—En 1841 fué nombrado director de esta

(1) Se imprimieron en Sevilla en 1844 en dos tomos en 4.º con el título de ensayos literarios. Los escribió con una rapidez increíble, y mandaba á la imprenta los mismos borradores, que ordinariamente no tenian ni una sola enmienda.

corporacion, en cuyo cargo cesó en 1842.—Había vivido lleno de azares, tal vez sin esperanza de volver á pisar el suelo, donde en cada sitio hallaba un recuerdo feliz de su juventud, donde habia bebido los mas ricos tesoros de sus inspiraciones; y al contemplarse en él, si bien con la falta de algunos amigos queridos, su corazon respiraba con mas franqueza, su alma sentia una dicha desusada y la magia de la poesia volvió á exaltar su rejuvenecida imaginacion. Desde entónces no vió mas felicidad que la de vivir tranquilamente en Sevilla, y cerrar en ella los ojos para siempre: aquí habia nacido, aquí ansiaba que descansáran sus cenizas. La Providencia cumplió sus deseos. El Rector del Colegio de S. Felipe D. Jorge Díez, vino á ser Director del Colegio de S. Diego de esta ciudad en 1845, y agradecido por una parte á los conocimientos que debia al ilustre sábio, y deseando por otra dar fama á su establecimiento, le rogó que admitiese la regencia de estudios. Su venida á Sevilla fué un verdadero acontecimiento literario: todos los eruditos, todos los amantes del saber deseaban honrarse con su amistad; la juventud aplicada corrió ansiosa á escuchar sus elocuentes lecciones; todas las demas personas de la buena sociedad le buscaban para conocerle, siquiera de vista; y en su modesto retiro era considerado con ese respeto que nace, no del interés ó de la ambicion, sino de un sentimiento noble y generoso; la admiracion al genio. El Gobierno contribuyó á hacerle mas grata su permanencia en Sevilla, dándole la cátedra de Matemáticas sublimes de esta Universidad y mas tarde el decanato de la facultad de Filosofia. El Claústro le declaró por aclamacion unánime doctor en Filosofia y sagrada Teología, y este homenaje que debia con justicia á su mérito eminente, le lisongeó mas que todos sus triunfos literarios.

Para satisfacer los deseos de muchas personas notables que deseaban escucharle, explicó en el Colegio de S. Diego un curso de Literatura é Historia. En la primera llegó hasta el siglo XVI: en la segunda concluyó la Historia antigua. Despues de calificar los pueblos que por sus leyes y por su sistema de gobierno habian formado un centro de poder, desenvolvió el carácter y las diferencias de la república de Atenas y la romana, señalando con datos indestructibles las causas de su engrandecimiento, de su decadencia y ruina. Su laboriosidad y la robustez de su naturaleza llenaban de asombro: tenia entónces siete horas diarias de clase, despachaba los asuntos propios del decanato y en las pocas horas de ocio que le restaban, escribia su compendio de Historia antigua, que por la claridad de su método, por sus reflexiones, por la copia de su erudicion y la belleza de su estilo es superior á cuantos hay en castellano. (1) La muerte le impidió publi-

(1) Se publicó en un tomo en 8.º en 1844.

car la Historia moderna, que dejó en D. Alonso el Sabio, y nos ha privado, sobre todo, de una obra extensa con el título del Catolicismo, para la cual había meditado mucho tiempo y estudiado la biblioteca de los Padres de la Iglesia y otros libros análogos. El espíritu de la obra cuyo orden tenía ya en su mente, estaba encerrado en esta sentencia: *quod semper et ubique*.

Ninguna época había sido mas feliz para Lista: vivía sin las inquietudes con que martiriza al alma la política, con el placer inefable de la enseñanza, con la dicha de estar rodeado de su familia y sus amigos. El Gobierno le dió un nuevo testimonio de aprecio nombrándole Canónigo de esta Santa Iglesia (1) y su felicidad fué completa. Se sentaba en el mismo coro que su maestro Rioja, y las funciones de gran pompa religiosa, á que asistía puntualmente, exaltaban su alma como poeta y le extasiaban con un encanto sublime como sacerdote cristiano. Pero su felicidad no duró mucho tiempo, porque su naturaleza no podía sufrir el peso de tantos trabajos. Sin embargo, nadie consiguió que variara su vida. Muchas veces le rogábamos que abandonara algunas ocupaciones. «Si no enseño ni escribo, nos replicaba, viviré triste y me moriré mas pronto». Nuestros temores no eran infundados. El día 9 de Diciembre de 1847 estando en la Catedral á donde había concurrido para solemnizar la festividad de la Concepcion, (2) fué acometido repentinamente de una congestion cerebral y el 50 de Enero de 1848 de un ataque al corazon. Su Médico, (3) las juntas que se celebraron por disposicion suya y otros muchos facultativos que por amistad le visitaban, todos, sin excepcion alguna, opinaron que su enfermedad no tenia remedio. Entónces le administró la sagrada Extremauncion su amigo el señor Dean de esta santa Iglesia en la noche del 9 de Febrero, con un acompañamiento tan numeroso, que jamás se había conocido en Sevilla.

El golpe fué para Lista tan funesto como inesperado: poco ántes era feliz, gozaba de una salud perfecta, y el sepulcro á cuyo borde se encontraba venía á destruir la mayor felicidad de su vida. Todos sus amigos le juzgábamos desconsolado y abatido; pero nuestra sorpresa fué tan grande como el pesar que sentiamos por su desgracia al verle poco despues de la augusta ceremonia con la resignacion santa del cristiano, con la calma apacible del justo. Su conversacion llena de máximas religiosas y morales, era mas elocuente que nunca. Sus graves padeci-

(1) Su intimo amigo y compañero de la juventud el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero, Dean de esta Santa Iglesia Metropolitana, tuvo grande influencia en este nombramiento. Sus instancias al Gobierno decidieron al Sr. Egaña, Ministro entónces de Gracia y Justicia.

(2) Aquel día predicaba el P. Montemayor; y apesar de haberle aconsejado en su casa que no saliera para librarlo de la crudeza del dia, que estaba sumamente frio, pudo mas en él el deseo de escucharle y de asistir á la funcion de la Virgen.

(3) D. Rafael Clichon, hombre de grandes talentos, de saber poco comun y de larga experiencia médica.



mientos físicos, la solemnidad de aquellos momentos, el triste silencio con que todos le escuchábamos, ocultando algunos las lágrimas, dában á sus palabras una autoridad mágica, semejante á la de un profeta inspirado. Despues dirigiéndose á uno de sus discípulos mas queridos. «Tambien hé sido jóven como tú, le dijo: pero el estado en que ahora me vés te enseña con cuanta rapidez pasa la vida: no olvides esta leccion, hijo mio: recuerda siempre que hay una eternidad, que hay un Dios en el cielo».

Sus dolencias se agravaron aunque sin exhalar un solo gemido. Extenuado por la enfermedad y por los remedios dolorosos que le aplicaban, todos los dias temíamos su muerte: pero aquella naturaleza de hierro, como él la llamaba, hacia el último esfuerzo contra la destruccion. Su cabeza sin embargo, no habia sufrido lesion alguna, y su clara inteligencia discurría con la misma profundidad que en la plenitud de la edad viril. Por las noches rodeabamos su lecho; (1) pero aquella reunion tenia mas bien el aspecto de una academia, que el de acompañamiento de un moribundo. Allí se suscitaban cuestiones de alta filosofia, se analizaba el espíritu de la civilizacion antigua; sus grandes escritores, las tendencias de la civilizacion moderna, la moral, la historia, la literatura y las artes: en todas ellas hablaba el sábio anciano, en todas admiraba por la fuerza de su raciocinio, y por la inmensa extension de sus conocimientos: siempre convenia, y jamás triunfaba sin recitar de memoria el pasaje del prosador ó del poeta que citaba en apoyo de su opinion.

Mas tarde cambiaba la escena de todo punto, y á las ciencias y las letras sucedía la religion: entre sus amigos se habia manifestado el sabio; solo con su ilustrado confesor no se veia mas que al cristiano fervoroso. Aquel le leia la exposicion del libro de Job del M. Leon, cuya lectura era interrumpida algunas veces por las reflexiones piadosas del paciente. Con todo, aunque aquellas doctrinas enaltecian su pensamiento, interesaban mas su inteligencia que su corazon y fueron reemplazadas por las del venerable padre Luis de la Puente. El tesoro escondido de las enfermedades y trabajos de este místico escritor, lleno de consejos saludables, es un bálsamo suave para los que padecen eufermedades y aflicciones. Tan puro y armonioso en las formas como dulce é insinuante en el pensamiento, descubre en este tratado los tesoros de la gracia, que se oculta á los que padecen sin su enseñanza, la cual contribuyó á sostener inalterable en Lista aquella resignacion cristiana, aquella paciencia edificante, que no se apartaron ni un momento de su

(1) Entre los que asistian ordinariamente, estaba el Sr. Dean D. Manuel Lopez Cepero, D. Jorge Diez, Pro, Catedrático de literatura latina en la Universidad, D. Antonio Martin Villa, secretario de la misma, D. Rafael Lavin su confesor y Catedrático de la Universidad, y el autor de este elogio.

alma. Su enfermedad se prolongó contra la creencia de todos: la solitud y el talento de su Médico, unidos á su fortaleza física, lucharon contra la muerte cerca de un año, pero sin poderle arrebatár la presa. El día 23 de Setiembre por la madrugada tuvo un nuevo ataque complicado con una pulmonía aguda y desde aquel momento puede decirse que comenzó su larga y dolorosa agonía. Desorganizada, destruida completamente su materia y sin movimiento alguno en las extremidades, quedó todavía en él una cosa intaeta, su poderosa inteligencia; el hombre moral no había sufrido lesión alguna. Que la filosofía materialista no olvide este ejemplo.

Dos días y medio ántes de espirar, su naturaleza semejante á una luz que al apagarse arroja mayor llamarada, hizo el último esfuerzo contra la muerte. Al sentirse con ménos dolores, se entregó por algunos momentos á las ilusiones mas caras de su vida, al pensamiento de la enseñanza. Se ocupó de la Universidad y del Colegio de S. Diego, considerando que en breve podria continuar como ántes sus lecciones: se creía ya entre sus compañeros y amigos, y brilló en su semblante la alegría de otros tiempos. Su conversacion, que recayó sobre la poesía española, fué florida y amena y algunas veces rica de chistes y de agudezas. Brotaban de sus labios las citas y los versos á raudales, y su mente, que parecia inspirada y mas llena que nunca de recuerdos clásicos, fijaba con una claridad increíble las varias cuestiones literarias que por acaso se suscitaron. Analizó los diversos géneros dramáticos, y al llegar á nuestros antiguos entremeses recitó de memoria una multitud de diálogos castizos, fáciles y graciosos, que retrataban con acierto el carácter plebeyo castellano y la gracia ó ingenio de su rica imaginacion. Que se comparen con ellos, me dijo, esas piezas andaluzas, que andan ahora en voga: su paralelo presentará aun mas claro el mérito de las antiguas producciones y la pobreza y defectos de esas nuevas. En ellas no se pintan las costumbres españolas, sino las de la gente perdida y las de los malhechores y gitanos. Las gracias lejos de ser naturales consisten unas veces en la exageracion de las ideas, otras en picantes desvergüenzas y muy pocas hacen asomar la risa á los labios por el gracejo: su language es bárbaro, los diálogos son pesados y su inmoralidad digna de una censura muy severa. Así, pues, no deben considerarse las piezas andaluzas como un nuevo género dramático, sino como una moda literaria que pasará rápidamente para morir en el olvido.

Estas palabras fueron el canto del cisne, los últimos acentos de aquella voz casi divina que iba á enmudecer para siempre. La enfermedad no había hecho mas que suspender un instante sus estragos para continuar despues con mas fuerza, y de las ilusiones de la vida pasó en breve á la realidad, á la contemplacion de la

muerte. Su corazón no se estremeció, sin embargo; como Job, había sufrido sin quejarse sus crueles padecimientos; como los bienaventurados veía en la eternidad la dicha suprema, la verdadera gloria que busca en vano el hombre en esta vida. Se le administró otra vez el Viático y sin separarse su confesor del lecho, el día 5 de Octubre á las diez de la mañana fué su alma al cielo á recibir el premio de tantas virtudes.

Sevilla se cubrió de luto al saber su muerte; y la Universidad que había tenido la honra de contarle entre sus profesores, quiso unir su gloria á la del sábio, haciendo que reposára en su magnífico templo al lado del célebre Arguijo y del gran Benito de Arias Montano. (1) Su pérdida afligió hondamente no solo á sus innumerables discípulos y amigos, sino á toda España que consideraba en él su principal maestro y una de sus mas brillantes reputaciones literarias.

Todos los periódicos sin distincion de opiniones le lloraron; algunos establecimientos literarios dirigieron al cielo p réces solemnes por su alma, y otros, como nuestra Academia, á quien tanto había honrado con su nombre, tributaron un homenaje de gratitud y de admiracion á su memoria.

Propagador de las Matemáticas, de los buenos principios de gobierno, de la verdadera religion, de la sana filosofia, de la moral y de la literatura; amigo tierno y cariñoso y maestro incomparable, vivió sin émulos, porque la envidia no se atrevió á atacar tantas perfecciones. Su fama, pues, tan esclarecida como la de los nombres mas gloriosos, tan pura y simpática como la de los mas grandes bienhechores del mundo, reposará por una eternidad en el corazón de todos los amantes del saber; porque su gloria refleja cuanto hay de grande en las ciencias, cuanto hay de grande en la honradez, cuanto hay de grande en las virtudes.

J. M. FERNANDEZ-ESPINO.

(1) Su funeral celebrado con pompa fué concurrido de casi toda la ciudad. El claústro de profesores iba con sus insignias doctorales.





## CORONA POÉTICA.

Ignorada de sí yazga mi mente  
Y muerto mi sentido;  
Empapa el ramo para herir mi frente  
En las tranquilas aguas del olvido.

LISTA.

No le lloreis, amigos—Ese canto  
Himno de gloria al sueño de la muerte  
Era la inspiracion del alma fuerte  
De aquel varon tan apacible y santo;  
Ya fatigado de enseñaros tanto  
Y ya sintiendo su entusiasmo inerte  
Quiso muriendo, de su yerto labio,  
La postrera leccion dáros el Sabio.

Todas las ciencias del saber tenía,  
Méno la de la muerte el docto anciano,  
Y quiso penetrar en ese arcano  
Por completar su gran sabiduria;  
Ya el misterio sabrá de la agonía,  
El fin conocerá del ser humano  
Y, si á la gloria remontó su vuelo,  
Ya habrá medido la estension del cielo.

Y ya del sol el punto culminante,  
Y del Planeta dócil á su mando  
Sabrá como en sus órbitas girando  
Van por el cielo en rotacion constante;  
Y ya desde Poniente hasta Levante  
En la estendida tierra meditando  
«¿Cómo, dirá, mientras duró mi sueño  
Pude estudiar en mundo tan pequeño?»

El eje aquel del globo entre los yelos  
Que su mente en las noches fatigaba,  
Ya de cierto sabrá como se clava  
Para que ruede firme por los cielos;  
Y ya se habrán calmado sus desvelos  
Cuando su ruta perseguir sin trava  
Pueda en la inmensidad, y por la cumbre  
Del sol llegar hasta su misma lumbre.....

Ya sabrá si la aurora enrojecida,  
Que á visitar su tumba anoche vino,  
De otra desgracia al mundo prevenida  
Es el augurio cierto del destino;  
O si es, no mas, la ráfaga lucida  
Que deja el rayo del mirar divino  
Cuando, entre sombras, nubes y misterio,  
Traspasa alguna vez nuestro hemisferio.

Y sabrá por qué vienen los cometas  
Al ignorante mundo á dar espanto,  
Y si en el cielo por celeste encanto  
Desterrados están de otros planetas,  
O si del orbe son grandes profetas  
Que se aparecen, entre sangre y llanto,  
Por cima de las miseras ciudades  
Solo para anunciar calamidades.

Y sabrá do se forma la corriente  
Que por las noches en el cielo vago  
Parécenos de fuego estenso lago,  
O de luceros rio transparente;  
Y de la luz la primitiva fuente,  
La del Diluvio, de espantoso estrago,  
Y el origen, la historia y la fortuna  
De la estrella polar hasta la luna!!

¡Ah! si pudiera el inmortal maestro,  
Discipulos queridos y mimados,  
Tantos nuevos problemas aclarados  
Desde su mundo transmitir al nuestro!  
¡Ah! si la nueva ciencia, el nuevo estro  
Y los nuevos misterios de los hados,  
Ocultos al saber de la eriarura,  
Pudiera revelar desde su altura!

Atentos en el valle los oidos  
A sus doctas palabras, siempre amigas,  
Como al viento flexibles las espigas,  
Doblárais vuestras frentes conmovidos;  
Y él, mostrando los frutos escondidos,  
Que arrancaron del arte sus fatigas,  
Nutriera vuestros jóvenes talentos  
De sabrosos y dulces pensamientos.

Yo nunca le escuché!—Nunca la sombra  
De mi ignorancia disipó su ciencia;  
Nunca yo, solitaria en mi existencia,  
Hallé á ese sábio que la fama nombra!  
Mientras os daba, en la campestre alfombra,  
Sus lecciones sonoras de cadencia,  
Yo, sola por mi valle, no escuchaba  
Mas que á la pobre Alondra que trinaba.

Yo nunca le escuché!—Nunca mi mente  
Esclareció su antorcha luminosa.....  
Mas recibí la bendicion piadosa  
Que, por última vez, dió á nuestra frente.  
El templo de los hijos del Oriente,  
Donde el cadáver de Colon reposa,  
Fué el templo en que nos dió su despedida,  
Dejando nuestra frente bendecida.

Luego en la cuna del glorioso Herrera  
Dicen que reposar quiso el anciano....  
Blando arrullo le presta esa rivera  
Para adormirlo en el florido llano.  
No le lloreis, amigos!.. yo quisiera  
Tan tranquila dormir!.. tener cercano  
Así mi lecho del hermoso rio,  
Que arrullára tambien el sueño mio!

Yo quisiera tambien cerrar mis ojos,  
Cerrar mis ojos á la tierra obscura.  
Abrirlos á la luz del cielo pura,  
Al sol brillante, á los luceros rojos:  
Cerrarlos de la vida á los enojos,  
Abrirlos de la gloria á la ventura,  
Dormir, cuando nos dicen que vivimos,  
Despertar, cuando dicen que morimos!

Yo no derramo lágrimas piadosas  
Por el que asciende á la feliz morada,  
Que allí quisiera verme regalada  
Por su ambiente purísimo de rosas!  
Las lágrimas que vierto dolorosas  
Son ¡ay! porque me quedo desterrada,  
A sufrir, cuál vosotros, el castigo  
De padecer aquí sin nuestro amigo!!

CAROLINA CORONADO Y ROMERO.

## SONETO.

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano  
luchaba sin cesar; ella vencía.  
Los umbrales de Licio piso un día:  
Licio me tiende la benigna mano.

A la sagrada voz del vate anciano  
el mal huyó de la morada mía,  
y sin ceño Melpómene y Talía  
me vieron en el Pindo castellano.

Licio no existe ya: corona santa  
cúñele Dios: la patria generosa  
hijo le llora, célebre le canta.

Y entre el aplauso y el dolor profundo  
yo, Licio, grabo en tu modesta losa:  
Fuiste mi bienhechor: sépalo el mundo.

JUAN EUGENIO HARZENBUSCH.

## IN MORTE DI LISTA.

## ODE.

Oimé! dal seno elévasi  
Dell' immortal Siviglia  
Gramo di doglia nu sòuito,  
Di triste meraviglia,  
D' angoscia che ricàlcitra  
Ogni speranza al cor.

E al grezzo pianto mèscesi  
Pur modulato il pianto,  
E al grido d' arte scèvero,  
Dell' alme muse il canto:  
Di mille snoni unisono  
S' annunzia il grau dolor.

L' eco ne squilla, e cèlere  
Or questa riva or quella  
Trascorre, e i monti vàlica,  
E cangia di favella,  
E varie lingue rèndono  
Il grido che passò.

«Mori» dall' òstro a bòrea,  
E dall' occaso all' orto  
«Mori» s' ode ripètere  
«Alberto Lista è morto»  
«La grau facella ispànica»  
«Di spleudere cessò.»

Ei del sapere al cùlmine,  
E della scienza guida;  
Ei degl' ignar la fiaccola,  
E dell' oppresso egida;  
De sofi ibèri il mássimo,  
Dell' orbe coi primier.

La casta fronte càndida  
Unqua macchiò d' orgoglio;  
Sempre modesto, sèmplice;  
Sempre di lusso spoglio;  
Solo anelante e cúpido  
D' investigare il ver.

Non d' alti fregi e singoli,  
Né di dorato emblema,  
Vinto da ria gravèline,  
Varcata l' ora estrema,  
Ostenta al mondo il cimulo  
Che 'l merto suo gli dié.

Solo di casto láuro  
E d' innocenti fiori,  
Commisti serti innumeri,  
Molli d' ardenti plori,  
S' ave la spoglia esànime,  
Cospersi al freddo piè.

Cessò; ma bella, fulgida,  
Dalla maggion del duolo,  
L' alma disciolta, attòllere  
Osa l' eccelso volo;  
Nel Sol si specchia, ed ilare  
Prosegue il suo cammin.

E i vasti campi àerei,  
E le stellate spere  
Sublima, in fin che trèpida,  
Tra le celesti schiere,  
Di gaudio, al soglio inchinasi  
Del suo fattor divin.

Ah sì! ch' un astro simile,  
Di si fecondi rai,  
O non dovea sòrgere,  
O non sparir giammai,  
O, pari agli altri, l' òrbita  
Eterna proseguir.

Ma il correre de secoli  
Dell' astro che sparisce  
Non scema la superstite  
Sua luce, nè marcisce  
Al transitar dei mètori,  
Il sacro sovenir.

Prodi! cui l' orme spiccano  
Rivi d' umano sangue;  
Grandi! cui 'l fasto poggiasi  
Sul povero che langue:  
La vostra gloria pòstuma  
Infauata splenderá.

In mente a rei fanàtici,  
E a vili cortigiani,  
Le vostro gesta futili,  
I vostri fregi insani,  
Costretti sol rivivono,  
Ed orbi di pietá.

Meco, se almen lo scibile  
Dell' alma sciolta a' vanni  
Rassembra malagèvole  
Aversi, ognun s' affanni  
Di sue virtù percorrere  
Il calle che segnò

Un dì quando dechinasi  
Di nostra vita il peso,  
Ciascun di noi, del premio  
Al seggio eletto asceso,  
Dividerá la glòria  
Di lei ch' in ciel posò.

E tu, del sommo empireo  
Eterna cittadina,  
Sant' alma, in sen benignati  
De tuoi la voce china,  
Fedel, propizia accogliere,  
E il voto veritier.

Tu che l' eccelse laudi  
Or odi sante e pie,  
Assorta fra le angèliche  
Celesti melodie,  
All' imo canto degnati  
D' un misero stranier.



## SONETO.

Licio murió! La Bética ribera  
No escucha de su vate el dulce acento,  
Ni sube al estrellado firmamento  
La voz sublime del moderno Herrera.

Apagada su fúlgida lumbrera,  
Perdido para siempre su ornamento,  
La historia lanza fúnebre lamento,  
Las ciencias paran su inmortal carrera.

Con abundosas lágrimas empaña  
La alma virtud su cándido semblante,  
Hierde su seno desolada España.

Solo el Olimpo, cual jamás radiante,  
Dó quier de sacro júbilo se baña,  
¡LICIO!! ostentando en letras de diamante.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

## ELLECIA.

"Mas ¡ojalá que el término sereno  
De mi vejez consiga en el florido  
Campo, que baña el Bétis sosegado!  
Mi triste pecho de amargura lleno  
Olvidará las penas que ha sufrido,  
Y logrará el reposo suspirado."

D. A. LISTA: ODA 44 A DALMIRO.

Así cantára el vate, que algun día  
En el pecho novel de alumno coro  
El estro de los dioses infundía.

Y hoy su tierra de amor guarda el tesoro  
En pórvido de simbolos guarnido,  
Y regado sin fin en pátrio lloro.

Las márgenes del Bétis dolorido,  
Marchitada su flor y su hermosura,  
Los mas bellos encantos han perdido.

Y sumida en el duelo y amargura  
La reina de la Bética lamenta  
El azar que há turbado su ventura.

Palida en trono de ébano se ostenta  
Con funeral crespon en los blasones,  
De lágrimas y de lánras sedienta.

En vano de sus ínclitos varones  
La fama le recuerda por consuelo  
Plumas, lirras, pinceles y pendones.

¡Lista, su Lista fué... Con vivo anhelo  
Al que allí sus albores irradiara  
Vióle eclipsarse en el opaco cielo.

Dicha es de madre, que la compra cara,  
Darle alivio en las cuitas por su mano,  
Y á sus restos la tierra, en que jugará.

Y, sus votos cumplidos, el anciano  
Cerrar pudo los ojos bajo el techo,  
Dó sueños de candor creyera ufano.

Allí apurando el cáliz en el lecho  
Vuela absorta en su Dios la grande alma,  
Que anidó siempre en tan robusto pecho.

No mis cantos profanen esa calma  
De angusta senectud, con que há trocado  
El profano laurel en sacra palma.

El mundo que Lucrecio hubo cantado  
Con escéptica trompa, no le grabe  
Entre los inmortales coronado.

¿Qué son los mausoleos al que sabe,  
Que en la esfera mayor de los talentos  
Solo es sabio el mortal que en gracia acabe? (1)

Preguntad por sus altos monumentos  
A Itálica famosa... En sus ruinas  
Ronco responde el silbo de los vientos.

Así el Genio que en páginas divinas (2)  
Sobre Homero los Bíblicos cantares  
Eleva de Sion en las colinas.

Que, impávido sureando ignotos mares,  
Cien lenguas oye, pisa ardiente arena,  
Desiertos cruza y bosques seculares;

Que, Orfeo de las Galias, enagena  
Mas almas descreídas y regiones,  
Que el Macedon de Córcega encadena;

Que, anochecido el mundo y sus pasiones, (3)  
Cuál del seno polar mentida aurora,  
Aun despierta brillantes ilusiones.

No mas prepara á la tremenda hora  
Que una roca por tumba en su Bretaña,  
Y una Cruz por enseña salvadora.

¿Y un varon no tendrás, heróica España,  
Que á la Francia oponer de tal valia;  
Tú que opones un Cid en cada hazaña?

¡Sobran bustos y timbres!.. ¡Suerte impía  
Al precoz Bossuet, nuevo Descartes (4)  
Que en mas obras que lustros se escedia,

Dó quier le sigue! Y cuando tú departes  
Las glorias con el Sena, que orgulloso  
Baña la Babilonia de las Artes.

Esclama en su furor: «Caiga el coloso,  
Que á la estátua de Kant ha estremecido.»  
¡Y Bálmes sucumbió mas victorioso!

Y de su amante Ausona el alarido  
Hiere desde el Meder, matrona ibera,  
Tu blando corazon desprevenido.

Mas el torrente amargo que corriera  
Por tus megillas ¡ay! no bien enjuto,  
Vuélvelo á renovar astro que impera. (5)

Hora en Guadalquivir rinde el tributo  
La Arcadia de la bella Andalucía  
A tu negro pesar con otro luto.

¿No escuchas esa fúnebre armonía  
De los cisnes orillas de este río;  
Solaz de Alberto, cuando Dios quería?

Posados bajo un álamo sombrío  
En húmedo y hojoso pavimento  
(Despojo del florífero atavío

Al espirar otoño), con acento  
Triste cual de Israel en el Eufrates,  
Dolorosas memorias dan al viento.

Gime el laud templado á los embates  
Del dolor, y las auras con blanduras  
Suspiran las endechas de los vates.

==Cielos! (repite el eco en la espesura)  
Del sabio patriarcal, decid ¿qué ha sido,  
Qué de trovas ni pláticas se cura?

¡Ah cuánto de terror para el oído  
Retumbar en las bóvedas dolientes  
Desde alta mole gótica el tañido!

Todo se lanza al caos: impotentes  
Los bríos son para tener la parca;  
Y solo pasan á futuras gentes

Virtud, valor é ingenio con la marca,  
Que lleven del Olimpo. El grande Alberto  
Ya de Hesperia los términos abarca;

Y del frío Pirene al Alpe yerto,  
Cual de un Vives, su nombre sin mancilla  
Irá en Europa de esplendor cubierto.

¡Bien hayas veces mil, clara Sevilla,  
Cuna de los Herreras y Ríojas  
Floreada con nueva maravilla!

Suspende por Anfriso tus congojas  
Para pintar su juvenil mañana,  
Cual encarnada flor en verdes hojas.

Un Apolo con cítara cristiana (6)  
Vino á prender en hispala ceniza  
El volcan de la Musa Silesiana.

Sostiene Anfriso la naciente liza (7)  
Con el culto Fileno y dulce Albino;  
Porque tú delicado Pastoriza,

Sucumbes al rigor de tu destino;  
Como al cierzo tirano de las rosas,  
El boton mas fragante y peregrino.

Alberto allí en las aulas venturosas  
Crece como entre arbustos la palmera,  
Rugiendo lejos nubesavorosas.

El torvo siglo en su vejez postrera  
Al finar entre roncros vendavales,  
Volcó del seno impuro en nuestra era

Sangre, horfandad y cancerosos males.  
¡Ah del que envuelto en el comun torrente  
No aprenda en los pasados temporales!

Lista empero sus luces no desmiente,  
Cual sol tras la tormenta. La señora (8)  
Del Cantábrico mar brinda al ausente

Con su mejor emporio; admiradora  
Del Euclides y el Pindaro, que unía  
Al severo compás rima sonora.

Mas tú del Nervión, régia Talía, (9)  
Le llamas al sentido Manzanares  
Para emular la tierna melodía

De la *flor del Zurgén* y los cantares  
De Batilo infeliz, que en playa agena  
No al Tórmes volverá ni á sus hogares.

Anfriso mas dichoso en corte amena,  
Que Isidro ennobleció con pobre arado,  
Y Calderon con su fecunda vena;

Planteles va á crear, propicio el hado;  
Y aun la discordia en su furor impío  
Respetará su fruto el mas colmado.

Una turba gentil, al poderío  
De su labio, le escucha placentera  
Para ser la esperanza de aquel rio.

No al gran hijo de Anquises estuviera  
Mas atenta la reina de Cartago  
Al escuchar su historia lastimera.

Ora al ponerse el sol en verde pago;  
Ora en noche serena y estrellada,  
Ó á la luna adormida en algun lago;

Selecta juventud embelesada  
Con él se encumbra á la celeste altura,  
Con él descende á terrenal morada.

Él arranca portentos á natura;  
Y tomando su voz temple divino,  
En los tiempos desaparece lumbre pura.

Cual Minerva ilustrará en el camino  
Bajo anciano disfraz de su grandeza,  
Al vástago de Ulises peregrino;

Tal, la ciencia engastando en la belleza,  
Era Anfriso á la grey de sus amores,  
Que á saludables pastos la endereza.

Maron le da sus clásicos fulgores,  
Horacio templea en español su lira,  
Y de la Esposa Virgen los candores

El cantar salomónico le inspira,  
O en el Gólgota el treno lastimero  
Al Hombre Dios, que por el hombre espira.

Une el nervio de Tácito Severo  
A la fácil pureza de Cervantes;  
Y mezcladas sus tintas con esmero

En históricos tipos rutilantes  
O en críticas sin hiel, es un hispano  
Hércules de las letras vacilantes.

De Lope á Moratín recorre ufano  
El origen, el rumbo, el apogeo  
Del inmenso teatro carpetano.

Flores le ve sembrar el Ateneo  
Flores viole el *Censor*; flores que hubiera (10)  
Para ornar muchas sienes por recreo:

No ménos que las dá la primavera  
A floreros en cuadra deliciosa,  
Ó para deshojarse en la pradera.

Así la invicta Gádes, la preciosa  
Perla del Océano apetecida  
Por Albion, y á Nelson ominosa;

La que velas y broncea nunca olvida,  
¿A quién para el gimnasio filipense  
Sino al hispalo Sócrates convida?

Igual en el saber al ateniense,  
Velará su cultivo con un zelo,  
Que á los modernos Balbos recompense. (11)

¡Cuán florida es su pluma bajo el hielo  
Y peso de los años encorbados!  
Bien como el ramo de oro, por consuelo

En valles ánte el Érebo asombrados,  
La añosa y verde encina produce  
Para entrar á los campos fortunados;

Con su trémula mano así tegía (12)  
De azucenas y frescas amapolas  
Ramo esplendente que al Parnaso guía.

Despidese de Atlante y de sus olas,  
Y ávido arriba á la natal ribera,  
Que sus brazos le tiende y banderolas.

Tras Ineagos, duros lustros, tiempo era  
De gustar los supremos parabienes  
Cuando Mántua le ensalza y remunera.

Pero, el mismo en mercedes ó desdenes,  
No al ocio paga el feudo voluntario  
Quien libraba en su afán goees y bienes.

Horas consagra al almo santuario,  
Que engrandecen un cetro y una espada;  
Horas al noble cláustro literario;

Horas á la Academia desvelada  
Por su oráculo, padre y ornamento;  
¡Horas á contemplar que el hombre es nada!

¡Bien sus males lo anuncian!.. Un lamento...  
Largo, espontáneo, universal, fecundo,  
Dice mas, que el comprado sentimiento

Y las funéreas pompas de ese mundo,  
Que á los Cresos sarcófagos prepara,  
Y á los míseros hunde en el profundo.

«Paz á sus manes, paz» resuena el ara  
Entre olorosa nube al grave canto  
Cou suspiros de Job en letra amara.

¡El pasmo embarga al gemidor quebranto!  
Pero el Bétis primero sus raudales  
Agotará que cese nuestro llanto.==

¡Salud, vates! ¡llorad! que á las vitales  
Auras, si ser pudiera, tornaría  
Quien os inspira endechas tan leales.

Yo no puedo ni oso en la armonía,  
Hijo del Guadalorce infortunado  
Competir, como en lágrimas podría.

¡Oii si el plectro esta vez me fuera dado  
De la hermosa Sibila de Antequera, (15)  
Ó el de tantos, que Lope ha celebrado!

¡Oh si, cual la de Mántua, mi ribera  
Hospedado te hubiese, buen Anfriso;  
Yo te cantára y ella floreciera!

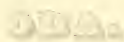
Pero jamás te ví; ni el cielo quiso  
Que sonára tu voz desconocida  
En aquel mi llorado paraíso.

¿Qué puedo yo ofrecer sino una vida  
Harto oscura y gastada en los pesares,  
Y una tumba en el Lete á mi partida?

Cubran la tuya pátrios azahares,  
Pendiente allí tu cítara, á la sombra  
Del árbol del Silé, que en sus cantares

Á alimañas malélicas asombra;  
Al paso que en su copa rui señores  
Reeuerden tu alborada, y por alfombra  
Abunden á sus pies lozanas flores.

JUAN MARÍA CAPITAN.



Llegad, trovadores del suelo de Iberia,  
Llegad presurosos á la grata orilla  
Do eleva radiante la hermosa Sevilla  
Su frente dorada de rayos del Sol.

Ciudad donde el génio fijó su mirada,  
Ciudad de pintores, de amor y poesía,  
Ciudad que á los cielos alzára algun día  
La gloria sublime del nombre español.



Aquí Alonso Caño sus obras trazaba,  
Sus virgenes bellas soñaba Murillo  
Aquí al génio hispano prestaron su brillo  
Los diestros pinceles del gran Zurbaran.

Aquí el tierno bardo de Itálica triste  
Lanzaba á los aires su mágico canto,  
Aquí el sacro vate del sol de Lepanto  
La rota lloraba del rey Sebastian.

Grandioso edificio se eleva en sus muros,  
Que un tiempo fundáran los hijos de Ignacio, (1)  
Donde ora la ciencia su régio palacio  
Ostenta, que ornaron buril y pincel.

Del templo sublime las vastas paredes  
Cubiertas se miran de cien esculturas,  
Orlando sus yertas solemnes figuras  
Tejidas guirnaldas de eterno laurel.

Que allí en cada piedra los ojos contemplan  
Un nombre esculpido, de eterna memoria:  
Allí cada tumba el sol de la gloria  
Sublime ilumina con mágica luz.

De ciencia divina radiante aureola  
Circunda á Montano la frente severa,  
Sus ricos trofeos ostenta Ribera,  
Sus lauros el vate del rio andaluz.

En medio á sus tumbas modesta se mira  
Sin nombre ni enseña reciente una losa:  
Allí so la piedra tranquilo reposa  
El sábio que el mundo sumiso admiró.

Ayer la campana con fúnebre acento  
Al mundo asombrado su muerte decía,  
Y el llanto que un pueblo doliente vertía  
Sus yertas cenizas copioso regó.

¿Qué lauro á su frente se viera negado?  
Ya el vuelo atrevido alzando á la esfera  
Del docto Keplero las huellas siguiera  
Del vago planeta á la alta mansion.

O ya de la historia las nieblas rasgando  
Ocultos arcanos al tiempo arrancaba,  
Ya el génio profundo su mente estudiaba  
De Sócrates justo ó el divo Platon.

Tal vez en los cantos de Homero y Herrera,  
Del vate estudiando la voz ciencia divina  
De nuevos cantores la voz peregrina  
Entónce inesperta, su acento guió.

Vosotros decidlo: cantores sublimes  
De Elvira infelice, del tierno Marsilla: (2)  
La eterna aureola que fúlgida brilla  
A vuestras cabezas su mano ciñó.

Hermosas campiñas del vándalo rio,  
Do eleva Sevilla su sien orgullosa,  
Vosotras orlado de mirto y de rosa  
Le oísteis al viento sus trovas laazar.

Tal vez de una hermosa los tiernos encantos,  
Tal vez de los vates cantaba la gloria,  
Tal vez de los siglos legó á la memoria  
La rota afrentosa del hijo del mar.

Cantadle, poetas: en vano la tumba,  
Los restos encierra del vate divino:  
En vano la mano del crudo destino  
Su frente serena logrará aterrar.

No mueren su nombre, sus claras virtudes,  
No muere la ciencia, no muere la gloria:  
¿Do está, fiera muerte, do está tu victoria  
Si apenas el polvo te es dado arrastrar?

Y tú cara sombra, si allá á las regiones  
Do dichas eternas la muerte te abona,  
Ciñendo tus sienes la doble corona,  
Que el hombre conceden la ciencia y virtud:

Alcanza un recuerdo de amor inefable,  
De llanto perene, de eterno lamento;  
Los ayes escucha que entona mi acento  
Al triste sonido del rouco land.

LUIS SEGUNDO HUIDOBRO.

## ELEGÍA

I

La noche era sombría;  
de alguna estrella el resplandor incierto

pálido solo en la mitad lucía  
del velo funerario que cubría  
el bajo mundo á los placeres muerto.  
La campana con lúgubre tañido

en las naves del templo convocaba  
 á una turba, que grave y religiosa,  
 con silencioso aspecto contemplaba  
 á la luz de la antorcha vacilante,  
 al ministro de Dios, que entre la undosa  
 nube de incienso, del altar bendito  
 el pan de vida alzaba reverente:  
 y entre los cantos del solemne rito  
 doblaba el pueblo con fervor la frente.

II

El silvido del viento  
 se estrellaba en los trémulos cristales  
 de una modesta estancia; allí el acento  
 se escucha de un anciano;  
 que inclina con dolor la noble frente  
 que cubren restos de cabello cano.  
 Mas de la horrible enfermedad la mano,  
 aunque surcó su rostro venerable  
 á su pesar no pudo de sus ojos  
 extinguir la mirada abrasadora,  
 donde brilla purísima, esplendente  
 del poeta la luz fascinadora.  
 Oídle: balbuciente  
 su voz, los cantos de dolor repite,  
 que escala el sacerdote en su agonía,  
 y al mirar que á su lecho se adelanta  
 con respetosa planta  
 las celestiales formas conduciendo,  
 la santa fe su corazón inflama;  
 y del mundano barro desprendido,  
 su espíritu sublime enardecido  
 en Dios medita, y á la muerte llama.

III

En vano lleva el aire hasta su oído  
 el sollozar de la amistad doliente,  
 en vano contemplaba tristemente  
 las lágrimas acerbas que caían  
 de miles ojos que espirar le vian,  
 los ayes de su pecho sofocando:  
 en vano sí, que enjuta su mirada,  
 con la calma del justo el postrimero  
 á Dios á los que tristes le perdían  
 daba marchando al celestial sendero.

IV.

¡Frustrada era la noche! yo dobladas  
 las rodillas en tierra,

saltar del pecho el corazón sentía.  
 De la pálida antorcha á los reflejos  
 un ángel, que del cielo descendía,  
 mirar me pareció, y sobre el lecho  
 sus purísimas alas replegando,  
 tocó su mano al fatigado pecho  
 del noble moribundo,  
 mostrándome el fanal de la esperanza,  
 para consuelo á mi dolor profundo.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

V.

Aquel combate pertinaz, horrible, (1)  
 de la muerte y la vida,  
 en que el alma luchaba fatigosa,  
 en su cárcel de carne comprimida,  
 cedió un momento, de carmin y oro  
 leves nubes, risueñas, sucedieron  
 á la negra tormenta, ya cansada  
 la parca inexorable,  
 de la perdida lid avergonzada  
 huye mirando con sus torbos ojos  
 á la víctima ilustre y resignada,  
 con rábida ansiedad el ominoso día  
 de reducirla á funebres despojos.

VI.

Reanimada la luz de su existencia,  
 el anciano varón, ¡con qué alegría  
 contemplaba tranquilo en su presencia  
 los hijos de su sacra inteligencia!  
 ¡Recuerdo de dolor! ¡ay, cuántas horas  
 cuando el sol caminaba al occidente  
 cabe el hogar oía de su acento  
 el consejo sublime! ya de Herrera,  
 de Rioja y del vate Mantuano  
 los celestiales versos repitiendo,  
 mi pobre ingenio con esperta mano  
 íbas padre amoroso conduciendo.  
 Ya desgarrando de la antigua historia  
 el velo impenetrable,  
 de los heroicos hechos la memoria  
 á mi entusiasta mente presentabas,  
 y con el sacro fuego de la gloria  
 mi corazón de joven inflamabas.  
 Y si al tender su impetuoso vuelo  
 el ardor de mi libre fantasía  
 en hermosos delirios me entregaba,

tu voz me contenía,  
y comprendiendo mi afanoso anhelo  
con la vida del cielo  
mi místico desaliento consolaba.  
Sus juveniles cantos recordando  
pasaban dulces y tranquilas horas  
que huyeron ¡ay! al corazón dejando  
memorias de dolor desgarradoras!  
Ya todo lo perdí! ¡quién me dijera  
que la muerte cruel lo arrebatara  
sin que al lanzar su postrimer aliento  
su mano entre mis manos estrechára. (2)

¡Ay! en vano mi acento  
piensa á los ecos de mi tosca lira  
tu gloria celebrar: cada momento  
lejos de consolar mi amarga pena  
aumenta mi afligido sentimiento.  
Cantad poetas. Los que su alto nombre  
venerásteis no mas, los que escuchásteis  
de su laud los amorosos sonos  
haced que de su tumba en los laureles  
lleve el eco dulcísimas canciones:  
ceñireis vuestra frente  
con la inmortal corona  
con que sus sienas circundó esplendente.  
Tal vez su sombra á las acordes quejas  
del arpa funeraria,  
el mármóreo sarcófago rompiendo  
vuestros cantares que en su honor se elevan,  
escuchára, gozosa sonriendo.  
Cantad poetas! pero yo entre tanto  
solo podré de mis cansados ojos  
verter amargo llanto  
y suspirar el alma tristemente  
sintiendo ahogarse en mi garganta el canto.

#### VII.

Ay! ¿No es bastante que en la amarga vida  
el alma abandonada  
llore continuo la ilusion perdida,  
que concibió de gozo enagenada?  
Ay! No es bastante en el desierto mundo  
hallar do quiera liviandad y abrojos,  
sentirse arder en inmortal deseo  
para en el fango sepultar la frente,  
y con rabia impotente,  
sin comprender el hombre su destino

vivir en lucha horrible de continuo!  
Ay! no es bastante! el abrasado aliento  
de la parca cruel seca las flores,  
que á veces de la vida en el camino  
van del alma calmando los dolores:  
en vano los clamores  
del triste corazón, piensan la furia  
mitigar de la muerte,  
asesino cruel de la esperanza,  
nuestra ventura indiferente lanza  
en el sepulcro inerte.

#### VIII.

¡Escelsa sombra! á mi pesar perdona  
sí, cual debo, no ensalzo dignamente  
la fama que pregona  
tu nombre prez de la española gente.  
Si de mi tosco labio  
el balbuciente acento,  
en la tumba dignísima del sabio  
apaga el sentimiento;  
calle mi voz; y tú que de la altura  
miras mi corazón, tú solamente  
comprenderás cuán pobre es la palabra  
para espresar lo que mi pecho siente.  
A Dios, á Dios, ya marchó solitario  
sin guiarme tu voz, sin que me aparte  
del áspero sendero  
do á mi pesar mi corazón me lleva:  
sí allá desde las célicas regiones,  
donde adorarte mi canción se eleva,  
el alma ves que las borrascas prueba  
del turbulento mar de las pasiones;  
dirige una mirada de consuelo  
á mi agitado corazón, que flota  
en ese mar sin comprender su anhelo,  
ni columbrar la salvadora playa,  
negro á sus ojos el azul del cielo.  
Y sí en la tierra tu sublime acento  
supo aclarar con lumbré bienhechora  
el caos de mi ofuscado pensamiento;  
de el alto cielo iluminar podría  
la senda, que conduce á la ventura  
de do errante mi alma se estravió!  
¡A Dios....! jamás el tiempo mi amargura  
á borrar bastará, que tu memoria  
imagen del dolor, eterna dura,  
cual de tu nombre la brillante gloria.

¡Oh! si posible fuera  
Que la lira de Young mi débil mano  
Pulsara tristemente  
Cabe la losa de la tumba helada,  
El canto de la muerte entonaría  
Y á los aires, mi frente prosternada,  
Tu respetado nombre entregaría.

Mas no solo imposible es al poeta  
Al Sol cantar cuando entre blanca nube  
Rasgando de la noche el manto nublado  
Brillante, hermoso por el cielo sube  
De luz vertiendo esplendoroso río:  
Ni cuando de el cenit disco lucente  
Vida y placer derrama,  
Con su lumbre cegando al que imprudente  
Osa atrevido resistir su llama:  
Tambien cuando occidente  
Un sepulcro le ofrece entre las olas  
Del encrespado mar, pensara en vano  
El poeta cantar su despedida.  
Del agitado mundo,  
Que con dolor saluda los fulgores  
De su apagado rayo moribundo.  
¡Ay! ¿por qué nunca pude de tu labio  
La palabra esenchar, dulce, elocente,  
Do á la severa magestad del sabio  
Se unió del vate el entusiasmo ardiente?  
Yo pude solamente  
Tus cántos percibir, que el vago viento  
Llevaba hasta mi oído,  
Ya á par del ronco y desigual zumbido  
Del cañon de Bailen (1): ya entre el lamento  
Del infeliz, que muerta la esperanza (2)  
Solo en los brazos de insensible sueño  
Paz bienhechora á columbrar alcanza;  
Entre el confuso acento  
De las heroicas sombras que en Platea (5)  
Entonaron el canto de victoria,  
Y con la sangre de sus nobles pechos  
Ahogaron el feroce poderio  
Del estúpido persa; de la gloria  
Brotando el lauro en su sepulcro frío:  
O bien entre la queja lastimera  
Que el alma enamorada  
Exala triste en la doliente sombra  
De la noche callada.  
Donde quiera los ecos de tu canto

Resonar escuchára y que su aliento  
Animaba tambien me parecia  
De otros cantores el divino acento,  
Que acaso duermen en la huesa fría.  
¡Noble Espronceda! si al doblar tu frente  
De *génio y desventuras abrumada*  
Pudo entrever tu pensadora mente  
Los dulces años de tu edad pasada,  
¿No contemplaste al cariñoso anciano  
Que la escabrosa senda de la gloria  
Te señaló con protectora mano?  
¡Ah, si! Pronto, muy pronto  
Cual tú tambien en el sepulcro frío  
Inerme reposó! cabe la orilla  
Que holló niño ignorado con su planta,  
Al sabio ilustre preparó Sevilla  
Marmórea tumba donde el vate canta.

Aun percibe mi oído  
El tétrico zumbido  
Del fuenerario bronce: aun que resuena  
me parece el lamento  
De tanto corazon, que de la pena  
Presa, exalaba en tu entreabierta losa  
El suspiro que arranca el desconsuelo,  
Buscando acaso con la faz llorosa  
Tu nueva patria entre el azul del cielo.

Ya solo tu memoria  
Nos resta ilustre anciano:  
Solo tu nombre emblema de la gloria,  
Y el erudo tiempo en vano  
Intentará borrarlo, mientras el eco  
De las del Bétis plácidas riberas  
Resuene entre las ramas y las flores,  
Repetirán sus niñas placenteras  
Tus endechas suavísimas de amores:  
Mientras tienda el astrónomo sus ojos  
Por la pura estension del limpio cielo  
Al creador sus secretos arrancando,  
Invocará la fúlgida aureola,  
Que vió tu cana cabellera orlando.  
Y mientras el santo fuego  
De la diva poesia  
De algun mortal el corazon inflame,  
Cual filial oblacion sobre tu losa:  
Su lira ofrecerá, ténue tributo



Consagrado al varon que á su partida  
El parnaso español cubrió de luto.

Yo tambien hora vengo tristemente  
A derramar mis lágrimas, ceñida

De fúnebre ciprés la mística frente.  
¡Harto pobre es la flor que en tu corona  
Me atrevo á colocar! mas tú benigno  
Admitela, que desde el alto cielo  
Verás, que es del corazon nacida  
Con el llanto cruel del desconsuelo.

JUAN BELZA.

## ROMANCE.

La reina de Andalucía,  
que baña el Bétis florido,  
y es de las hispanas Musas  
privilegiado recinto.

Sin el laurel en su frente,  
y de luto por un hijo,  
niégase á todo consuelo  
entre llantos y gemidos.

El mismo sol con tristeza  
sus rayos mostrando tibios,  
dorar con ellos rehusa  
las bóvedas de zafiro.

Con murmúrio por sollozos  
lento camina su río  
á sepultar las congojas  
en el Atlante vecino.

No ya los campos le encantan;  
campos que fueron su hechizo,  
y sin el laud de Alberto  
nudos están y sombríos.

Los pñsiles de azahares  
no dan sus aromas ricos,  
ni en las frescas enramadas  
suenan armónicos trinos.

Que ya para siempre ¡oh cielos!  
Sevilla el vate ha perdido,  
modelo de los presentes,  
y émulo de los antiguos.

La parca, insaciable mónstruo,  
la atroz guadaña lia esgrinuido,  
para arrancar de sus brazos  
al amado y tierno Anfriso.

Bétis con él no envidiaba  
ni sus cosechas al Nilo,  
ni al Orínoco sus ondas,  
ni sus tesoros al Indo;

Que otras gozaba en su orilla  
de valor mas peregrino,  
suspendiendo sus corrientes  
á los cantares de Anfriso.

Jóven era; y ya su númen  
ensayando dulces himnos,  
las hispalenses florestas  
trocólas en paraíso.

De algunas almas ardientes  
su noble ejemplo seguido,  
sonaban las cuerdas de oro  
arrobando los sentidos.

No la celebrada Atenas,  
cuna del saber antiguo,  
dó la diosa de las artes  
fijar sus altares quiso:

No la ciudad opulenta,  
que el Sena baña tranquilo,  
y del saber européo  
es el puerto y el bajío.

Nunca ¡oh Sevilla dichosa!  
en el lenguaje divino,  
que Apolo al mortal inspira,  
osáran lidiar contigo.

¡Cantaba Anfriso! A sus ecos  
los de Fileno y Albino  
tambien se unian acordes  
en triunvirato apolíneo.

Mientras Fileu, emulando  
de Moisés el almo estilo,  
de nuestros primeros padres  
llora el insano apetito;

Del Redentor de los hombres  
la muerte lamenta Anfriso,  
la muerte, triunfo del cielo,  
y confusion del abismo.

Por Guadalquivir entónces,  
á los dolientes sonidos,  
las embalsamadas auras  
en ayes truecan los silbos.

Su filosófico númer,  
cual del vate vevnsino,  
bellezas del Lacio inspira  
á par del precepto mismo.

Tambien, á mas tierno objeto  
su plectro tal vez movido,  
de las hispalas beldades  
celebra los atractivos.

Y de repente admirando  
el supremo poderio  
del Hacedor, vuela absorto  
en tan sublimes prodigios

Por los etéreos espacios  
y los orbes diamantinos,  
arreatado de Urania  
y sostenido por Clio.

Pero tal ventura el Bétis  
vió perder: embravecido  
ruge el mar de las pasiones,  
y asclador torbellino

Lanza \*de su pátria al vate,  
que en tierra estraña mendigo,  
bañó en llanto el pan amargo,  
siendo su pluma el asilo.

La tempestad ya calmada,  
torna á su suelo querido,  
dó le aguardan las memorias  
de otros tiempos mas propicios.\*

Águila caudal, apenas  
cesa el viento enfurecido,  
por las esferas hendiendo  
retorna á su nido antiguo;

Donde á sus hijos enseña  
á tender el vuelo altivo,  
porque inútiles no deje  
la inexperiencia sus brios.

Así Alberto se consagra  
á cien alumnos asiduo,  
hasta que avara la muerte  
á sus días corta el hilo.

¿Quién del bético lico  
será el fanal escogido,  
que de su extinguida llama  
supla el esplendente brillo?

De no escuchar en su márgen  
la voz de Herrera el divino  
el Bétis, Anfriso amado,  
consolábase contigo.

¿Quién en tu pérdida inmensa  
podrá servirte de alivio?  
¿Quién de tu clásica lra  
imitará los sonidos?

Ninfas, que cantó amoroso,  
venid, y en el mármol frio,  
que sus cenizas oculta,  
dad al viento los suspiros.

Venid, hispalenses vates,  
venid de dolor transidos,  
en vuestras sienes trocado  
por la triste adelfa el mirto.

Y del que yace las glorías  
ensalza hasta el Olimpo;  
que hoy otros écos no admite  
Bétis en su bosque umbrío.

Cantadle, ó vates; si hierve  
en vuestros pechos activo  
el sagrado ardor, que os tiene  
en amante coro unidos:

Y si en tan amenos sotos  
y entre azahares y lirios  
suená vuestro canto, á Alberto  
debeis ese canto mismo.

De la inspiración sublime  
él os enseña el camino;  
y así por su nombre el vuestro  
se librará del olvido.

Cantadle; y si la honda pena  
os embargare el sentido,  
y no á dulces consonancias  
os deja alzar el estilo;

Repetid hora los metros  
del esclarecido Anfriso;  
que no en olvidada tumba  
yacerán desconocidos.

La madre España los guarda;  
y en su curso cristalino  
Bétis los dará á otros mundos,  
como regalo espresivo.

Esos undosos raudales,  
que van del Ponto al abismo,  
los llevarán á otras playas  
en que el sol visita al indio;

Y á las regiones dó el polo  
los mares huela aterido,  
y á dó el Potosí en sus venas  
metales esconde ricos.

Con admiración y pasmo  
de lengua en lengua extendidos,  
durarán entre los hombres  
lo que el sol dure en sus giros.

Dó quiera que la cultura  
lleve su fuego divino,  
hará, Sevilla, famosos  
esos tus campos opimos.

Con su perpétuo verano  
nunca del hielo marchitos,  
y con tus bellas que encienden  
llama en el pecho mas tibio.

Así, despues que la tierra  
mire pasar luengos siglos,  
de las zonas mas distantes  
á ti vendrá el peregrino.

Y no á la torre del Oro  
irá por ver sus vestigios,  
ni á los alárabes muros  
ya por la edad carcomidos;

Sino que ante las cenizas  
del Rey Santo y gran caudillo,  
primero elevando preces  
con espíritu sumiso,

Buscará luego la tumba  
que basta al polvo de Anfriso,  
mientras el orbe admirado  
viene estrecho á sus escritos.

Su tumba cual la de Homero,  
la del Tasso y de Virgilio,  
es orgullo de la pátria  
y su blason mas cumplido.

Que los inclitos varones  
encuentran su mayor brillo  
tras la muerte, que los libra  
de la ingratitud del siglo.

EUSTAQUIO FERNANDEZ DE NAVARRETE.

## ELEGIA.

Salve augusta mansion!...yo te saludo  
y llevo á tí sereno:  
Antes dudaba al verte y ya no dudo.  
Sé que en tu oscuro seno  
Reposa un gran misterio ¡ó mansa tumba!  
Y ese misterio es Dios: sé que es su mano  
Quien abre el denso arcano  
A cada ser que hasta tu pié derrumba  
Y ese arcano es la luz: sé que la muerte  
Es la sola existencia  
Posible, sin rigor y sin demencia,  
Altiva, soberana, hermosa y fuerte,  
Y el mas desventurado,  
Aquel que mas se tarda

En lograr á tu lado  
El bien que en vano de la tierra aguarda.  
Bien que solo tú ¡ay! nos ofreces  
Cuando en tus alas de quietud nos meces.  
Yo lo sé ¡ó sacra tumba! allá mi alma  
Me dice que es verdad: mi propio hastío  
Me dice que es verdad: la blanda calma,  
El aura plañidera  
Que vaga en torno este recinto umbrío  
Me lo anuncian tambien; honda y sincera  
Encuentro aquí mi fé consoladora,  
Y por eso á su voz, por eso acudo  
O tumba!... Salve pues, yo te saludo  
Y vengo humilde á contemplarte ahora.

Solo, tranquilo, con amiga frente,  
La sien sobre mi mano reclinada  
Caido el brazo, fija la mirada,  
Apoyado en el muro tristemente,  
Héme al fin junto á tí. Un noble anciano,  
Un alto esclarecido caballero  
A quien la ilustracion llamaba hermano  
Y la ciencia maestro.....¡hablen tus manes!  
Ha muerto, ha muerto, empero,  
No orgullosa te nfanas  
De haber con él hundido su memoria,  
Por que á él, solo á él vencer pudiste  
O tumba!...solo á él, mas no á su gloria.  
Y barto conseguiste.

Mas ¡qué!...¿por qué llorar? al fin reposa  
Descansa de la misera existencia.  
Duerme tranquilo y venturoso goza  
Llorado y bendecido,  
El premio merecido  
A su rara virtud y á su alta ciencia.  
Otras regiones claras y apacibles  
De eterna dicha y sin igual ventura  
Le guardan en su seno,  
Risueñas bonancibles  
Llameantes de gloria y de hermosura;  
En su horizonte plácido y ameno,  
Entre pompa, regalo y ambrosia  
Orcando su excelsa fantasia.  
¡Llorar, porque, cuando tan dulcemente  
Le nombra un pueblo todo y á su planta  
Se inclina humildemente,  
Y con trovas y flores  
Acnde á honrarle en su memoria santa,  
Y damas y cantores,  
El pobre, el rico, el viejo y aun el niño  
Todos le guardan fé, honra y cariño?

¿No es verdad ó tú eterna vengadora,  
Losa fatal para el que vivo queda,  
Para el que en tí por quien descansa llora  
Sin que en su misera ignorancia pueda  
Conocer, que el momento en que sucumba  
Será el solo feliz ¡ó mansa tumba!...

¿A qué son las visiones  
De esas necias humanas afecciones  
Por lo que nunca codiciar debimos?...  
¿Quién pediría el ser desde la nada  
Si conociera el ser? ¿cómo nacimos?  
¿Por quién nos fué en el caos consultada  
La propia voluntad para formarnos,

Dándonos alma y vida sin dejarnos  
Rehusar ni aceptar? ¿qué son en todo  
Las alas engañosas,  
Con que la infiel materia se enaltece,  
Si entre charcas de sangre, olvido y lodo  
Las plumas ostentosas  
Sepulta al fin el aire en que se mece,  
Cuando postrada, mustia y dolorida  
Vuelve á la muerte de su antigua vida?

Pasad, pasado los juveniles años,  
Los májicos fantasmas esplendentes;  
Pasad, sí, como cándidos rebaños  
Alegres y sumisos,  
Por entre bosques y azuladas fuentes.  
Vivid en los hechizos  
De esa inocente crédula esperanza,  
Siempre entre el sol y las pintadas flores,  
Henchidos de alegría y de bonanza,  
Radiantes de placer, gloria y amores:  
Pasad, pasado coronas luminosas  
Sueltas coronas de escogidas rosas,  
Pasad si es que existis; yo miserable  
Nunca os supe encontrar, nunca avariento  
Llegar pude en mi fiebre inexorable  
A refrescar mi sed en vuestro aliento,  
Nunca en la ingrata tierra,  
Libó mi seco labio las carieías  
De esas puras delicias,  
Que el corazon en su capullo encierra.  
Solo hallé una verdad, cierta, desnuda,  
Perenne, irrevocable, poderosa,  
Una verdad ¡ay! entre tanta duda  
y..... vedla!..... es esa losa!  
Fuera de ella mentira,  
La vida empieza donde el mundo espira.

Mil veces de ese jenio luminoso  
Cuya memoria todos acatamos  
Absorto lo escuché; mil y mil veces  
Aquel eco armonioso  
Que todos veneramos  
Lo repetió ante mí; las frias heces  
Del torpe desamor, no tan inmundas,  
No tan amargas para mí pasaban,  
Como en aquellos dias las profundas  
Crudas sentencias que á mi horror traía  
La docta voz de los que así me hablaban.  
Y yo no les creía,  
Y aunque herido de horrendos desengaños.  
Aguardaba, aguardaba desmentirles



Con la ventura de otros dulces años,  
Y en su rosada lumbre confundirles;  
Mas los años pasaban y con ellos  
La esperanza de hallar otros mas bellos.

A qué es pues el llorar? habia nacido  
Y habia de morir, cumplió su hado  
Y libertó su sombra del olvido.  
¿Qué mas ambicionar aquí en la vida  
Donde siempre el pasado  
Es lo que ménos el presente cuida?  
¿Por qué, por qué llorar? la parca helada  
Sorda á nuestro cariño y á su ciencia  
Nos arrancó por siempre su presencia:  
Ingrata y despiadada  
Privónos de su dulce compañía,  
Pero la fácil pluma generosa  
Dejónos por do quiera  
Retratada su noble fantasia,  
Y leda y amorosa,  
Sublime y hechicera,  
De constancia y virtud alto modelo,  
Un bálsamo divino  
Al triste corazon cuyo camino  
Llena de luz para guiarle al cielo:

Tal fué esa pura y grave inteligencia  
Que hora el sepulcro en su dominio esconde:  
Tal esa hidalga rápida existencia  
Que á nuestro humilde lastimoso acento  
No ya amante responde.  
Pío, sencillo y justo, el descontento  
De las humanas torpes ambiciones;  
Sus iras, su flaqueza y sus vaivenes;  
El lodo de las sórdidas pasiones,  
Su furia borrascosa  
Ni sus menguados choques y desdenes,  
Nunca aquella alma limpia y candorosa  
Entre sus densas nieblas sombrearon,  
Ni el puro armiño de su honor mancharon.

Aquí en medio estas fértiles praderas,  
Al aura de sus noches vagarosas,  
Envuelto entre las sombras placenteras  
De estos frescos pensiles  
Cuajados de azucenas y de rosas:  
Aquí sus gratos sueños juveniles  
Alegre nos cantó: aun conmovidas  
Las que el Guadalquivir fúlgido moran  
Náyades bellas su memoria adoran;  
Ledas y adormecidas  
Esperan aun en lánguido embeleso,

Oír la fácil voz tierna y vibrante,  
Dulce como la miel del primer beso  
Que en la alborada oscura,  
Siente en sus lábios el dormido infante.  
Guirnaldas del placer y la ventura,  
En sueños de amoroso devanéo,  
Copa de blandas célicas caricias,  
Sus trovas llamaradas del deseo  
Nunca se olvidarán: el alma ardiente  
Ansiosa de ilusion, pompa y delicias,  
Siempre en su vuelo rápido y creciente  
Cuando busque la luz de otras regiones  
Mas puras y serenas  
Lejos del mundo y sus amargas penas,  
La buscará entre aquellas sus canciones.

Y vedlo!... nada es ya; esa es su losa ;  
Al fia dobló la pensadora frente:  
Hundió en el cáos su centella hermosa,  
Alzó el volcan su lava irresistible,  
Y ella envolvió la cristalina fuente  
En cuyo lecho manso y apacible,  
En cuyos claros fúlgidos espejos  
Bordaba el almo cielo sus reflejos:

Quizá nunca dichoso como ahora  
Su seno palpité, ni nunca acaso  
Tanto gozó en la magia halagadora  
Que su existencia ilustre le brindaba,  
En el tranquilo ocaso  
Del sol que por sus canas resbalaba.  
Preciado de su pátria, bendecido  
De su familia toda, humilde, ameno,  
Feliz do quier y por do quier querido;  
Viviendo entre los mil plácidos lazos,  
Siempre de amigos cordiales brazos,  
Tranquilo y satisfecho, le halló el día  
De su postrer morada  
En la humana mansion ¡ay de quien fia  
Imbécil, en sí propio para nada!...  
Hueca hojarasca que arrebató el viento  
Miseria solo bebe nuestro aliento,

Tal el destino es; su oculta estrella  
En vano el hombre dominar pretende:  
Dios allá traza su infalible huella,  
Y agena á nuestras miserias pasiones  
Nos alaga ú nos vende.  
Y necio es con menguadas ilusiones  
Querernos oponer á su camino  
Dios es Dios y su mano es el destino.

Paz en ti ¡ó tumba! si mi humilde acento,

Logra llegar hasta tu seno helado;  
Si en ese ancho azulado firmamento,  
El ojo de tu espíritu invisible  
Me ve aquí ante tu sombra prosternado;  
Si hay sobre los seres y las cosas,  
Angusta, indefinible,  
Una suprema esencia,  
Que penetra en las nieblas misteriosas  
De la sacra verdad, ella me escucha;  
La muerte ni el olvido no me espanta;  
Cánsame el mundo y su traidora lucha,  
Place á mi alma el funerario ambiente,

Que en torno los sepuleros se levanta:  
Melancólico, lánguido y doliente,  
Busca mi corazón entristecido,  
El manto de esa muerte y ese olvido.

Paz en ti ¡ó tumba! paz, yo desdichado  
Ni aun lágrimas me quedan que ofrecerte,  
Tanto las hé insensato prodigado:  
Ni ¡por qué derramarlas á su muerte!

.....  
El genio vive siempre en su memoria;  
Su nombre es otro Dios y ese... es la gloria.

V. M. BRUSOLA.

## Elegia.

¡Ah, buscáis el raudal, donde algún día  
Ledos saciásteis vuestra sed ardiente!  
Es inútil porfía;  
Cegada está su bienhechora fuente.  
Si algún vestigio ansía  
Mi corazón de su fugaz corriente,  
Del ameno vergel gala y orgullo,  
Su onda tranquila resbalar no siente;  
De lejos oye su postrer murmullo.

¡Descendeis avarientos de reposo  
En muchedumbre á la heredad amiga!  
¡Oh, no sigáis! El álamo frondoso,  
A cuya dulce sombra la fatiga  
Se tornaba en deleite, ya no existe:  
Presenta solo en árida llanura  
Su magestad antigua ruina triste,  
Desolación su mágica verdura.  
Dejad ese sendero de congojas,  
No queráis ver sus ramas desgajadas,  
No huellen vuestros pies sus secas hojas,  
Por sañudo huiracan arrebataadas.

¡Os encantaba el blando movimiento  
Del ondulante y cristalino lago,  
Donde armónico viento,  
Al deslizarse con susurro vago,  
Robaba al cisne su amoroso acento!

¡Renovar pretendéis las ilusiones,  
De que fueron sus márgenes tesoro?  
¿Anhelaís escuchar tiernas canciones?....  
Cubre negro crespon la lira de oro,  
Adelfas ciñen su laurel florido,  
Y en eco vibra de uniforme lloro  
De sus cuerdas el último sonido.

¡Huérfana juventud! El limpio faro,  
De tu enseñanza norte ¿en qué ribera  
Fulgura y brinda amparo?  
A tus ojos nubló ráfaga fiera  
De su fecunda lumbre el rayo puro,  
Y se amedrenta oscuro  
El horizonte de la humana esfera.

¡Ha muerto el grande Lista! A su memoria  
No deis en holocausto vulgar luto:  
*Del bético parnaso excelsa gloria,*  
Prez del hispano suelo, otro tributo  
De gratitud y amor dad á sus mánes.  
Logre de sus solícitos afanes  
Hasta en la tumba el regalado fruto.

Apóstol del saber, perseverante  
En la santa misión, de paz modelo,  
Cercano escollo ó valladar distante  
Á las ponían á su activo celo.  
Sus sinsabores cuanto mas prolijos

Mejor galardonaban su desvelo :  
Segunda vida numerosos lijos  
A su enseñanza deben; pues oprime  
Vil rudeza al espíritu, y su fuego,  
Sin que soplo benéfico le anime,  
Yace aterido, como en seco prado  
Marchita planta que codicia riego.  
Sol que disipa tétrico nublado  
Es el docto que instruye; no traslado  
Semeja nunca de lozana rosa,  
En recóndito huerto cultivada,  
Descogiendo su pétalo aromosa,  
Si algun mancebo en hora fortunada  
El seto salva que el pensil circunda,  
Sino hábito de brisa embalsamada,  
Que, de perfumes opulenta, inunda  
La choza humilde y la mansion dorada.

Generador talento, la edad bella  
De inspiracion y porvenir henchida  
Le sorprendió en la cátedra: sobre ella  
Madurará su juicio: encanecida  
A la vejez cedió su frente erguida:  
Quizá de su mirada la centella  
Despedía no mas fulgor escaso,  
Eclipsándola el tiempo: rudamente  
Dolor acerbo embarazó su paso:  
Encantadora, enérgica, elocuente  
Su voz sonó debilitada acaso;  
Pero el noble entusiasmo de su mente,  
De su pecho el amor no envejecía,  
Y su expansion ferviente  
A juveniles almas transmitía!

Nos enseñó de la virtud la senda,  
De sincera amistad el goce oculto,  
A rendir al amor púdica ofrenda  
Y á la *belleza* reverente culto.  
Démosle todos ovacion sencilla:  
Nazca de agradecidos corazones,  
Donde vertió la pródiga semilla  
De sus sabias lecciones.  
Nuestra noble ambicion triunfos anhele  
Lejos del aura de estruendosa guerra;  
*El cántico del bien rápido vuela*  
De nuestros labios á asombrar la tierra.  
De *amor* y *caridad* en viva llama  
Ardan nuestros espíritus; divisa  
Que nos legó al morir; y si la fama  
Entre el aplauso popular os nombra,  
Sobre las álas de celeste brisa

Levantada vereis su augusta sombra  
Bendeciros con plácida sonrisa.

De su boca lo supe: *No mas breve*  
*La lluvia matinal riega el arbusto*  
*Que se evapora leve*  
*Toda la magia del poder humano.*  
Ageno siente de cobarde susto  
Extinguirse su aliento soberano:  
*Mansion de eterna vida goza el justo*  
*Que muere en el Señor*, clama cristiano:  
Bríndale el cielo floreciente palma,  
Y, al quererla coger su débil mano,  
Del triste mundo se despide en calma.

¡Oh amado Lista! devorante duda  
No me atormenta impía;  
Solo mi fé contra el pesar me escuda,  
*Si eco de las ideas es el sueño*,  
*Y la noche en sus cuadros copia el día*,  
Yo te he visto risueño  
En la region excelsa, á que ascendía  
Tu númen poderoso,  
Entonando con bíblica armonía  
Del Gólgota afrentoso  
El solemne y magnánimo suplicio,  
Del Tabor el milagro esplendoroso,  
O de la casta Esposa el sacrificio,  
O el blando afecto del amante Esposo.

Allí la grey aumentas del Eterno:  
Ósculo dulce de inefable encanto  
Isidoro en tu faz imprime tierno;  
Te cubre el estandarte del rey santo,  
Y orna tus sienas de ostentoso brillo:  
Suena otra vez *la trompa de Lepanto*:  
A tu lado aparece *el gran Murillo*;  
Y el corazon del amoroso vate,  
De quien émulo fuiste, se apasiona  
De tu laurel, su inspiracion lo abona  
Viéndolo suyo, de alborozo late,  
Y á ambos ciñe de hoy mas una corona,

Has recibido el premio. Y de mis ojos  
Brotó copioso llanto: blancas flores  
Contemplo en rededor de tus despojos;  
De lágrimas se nutren sus verdoros.  
Viértelas el anciano, que en su infancia  
Del saber emíuente  
Junto á tí respiraba la fragancia;  
El grato jóven, que tu cana frente  
Vió adornada de cándida anreola,  
Prenda de la virtud; el bello niño,

Que, cual fresca amapola  
Abre del aura al vivo cariño  
La encendida corola,  
Su alma inocente á tu enseñanza abría;  
Y en union de la madre, triste y sola  
Hoy sin el hijo de quien fueras guía,  
Las vierte el sabio que de tí aprendía.

Si en aciaga fortuna  
Admirar no pudiste el Sol de España,  
Alegre el Bétis arrulló tu cuna,  
Con turbias ondas tu sepulcro baña,  
Y al mar juntando su corriente altiva  
De confin en confin lleva tu nombre.  
¡Oh bienhadado el hombre  
En bondades, no en crímenes, fecundo,  
Que desde hogar modesto honor alcanza,  
Y con sus altos hechos llena el mundo,  
Sin otras armas que la verde oliva  
Y la ciencia por únicos blasones,  
Y aplauso interminable y bendiciones  
Deja en pos de su huella y alabanza  
En la natal ribera,  
Donde asomára su ilusión primera,

Donde fallece su última esperanza!

Disfrutas de quietud, y no refrena  
Mi funesta congoja tu ventura;  
No es hipócrita, no, mi ruda pena:  
Corre mi vida en horas de amargura,  
Desabrimiento atroz mi alma devora,  
Y no me abate el llanto; me tortura  
Mástio llorar, sin que á mi lado llores,  
O temples mi dolor. *¡Qué es la verdura  
Del fresco valle, el nácar de la aurora,  
Ni el Austro enamorado,  
Que allaga el blando seno de las flores,  
Si á gozarte sin tí soy condenado?*

Ignoro, si me alivia ó desconsuela,  
Si mi saugre conforta ó bien la hiela  
Hoy recordarte en mi áspero camino;  
Sé que á despecho del voraz destino,  
Robándome sañoso  
Tu consejo amoroso,  
Llela guardo tu feliz memoria.  
*Tú á sentir me enseñaste; tú el divino  
Canto y el sentimiento generoso:  
Tuyos mis versos son, y esa es mi gloria.*

ANTONIO FERRER DEL RIO.

## ODA.

Mens inmota manet, lacrimæ volvantur inanes.  
VIRGILIUS.

Imposible cantar! En la garganta  
Mis acentos se anudan:  
Enmudece el laud, rotas sus cuerdas;  
Y al crudo golpe comprimido el pecho,  
Palpita el corazon casi deshecho.

Las lágrimas invoco en mi amargura,  
Y seca está su fuente:  
Sangre mas bien derramarán los ojos,  
En que, punzante harpon, siento clavada  
Del dulce Anfriso la postrer mirada.

El astro de las béticas orillas

Ay! se escondió en su ocaso;  
Y la tierra y el mar y el claro cielo,  
De tristeza cubriéndose y de luto,  
Le dán conmigo de dolor tributo.

El padre Bétis de su sien arranca  
La espléndida corona  
De olivas, de jazmines y amaranto,  
Y el cetro de marfil airado agita,  
Y su mansa corriente precipita.

Su ornamento finó, finó su gloria:  
Los cantos divinales



Ya no repite del canoro cisne  
Plácido el eco en la natal ribera,  
Ni el vibrar de su cítara hechicera.

¿Y por qué no segó mi inútil cuello  
Ántes que el tuyo ¡oh Licio!  
Con su férrea segur la muerte impía;  
Y ántes que el roble, honor de la montaña,  
Á su sombra se hundió la frágil caña?

Huérano yo desde mi aciaga aurora  
Buscaba un fiel amigo,  
Buscaba en mi desgracia un padre tierno:  
Todo en tí lo encontré... ¡Ay! al perderte,  
Mi único bien me arrebató la suerte!

Ángel consolador en mis pesares  
Fuiste, y mi clara antorcha:  
Del preciado saber ansiosa el alma,  
Nunca en su noble ardor imploró en vano  
La lumbré de tu genio sobrehumano.

¿Y hácia quién sus albores no esparciste,  
Yá de las áruas ciencias  
Venciendo los recónditos espacios,  
Cual águila caudal con presto vuelo;  
Yá con tus himnos alegrando el suelo?

¿Á quién de las virtudes no inflamaste  
Con la vívida llama,  
Que te escudó feliz, y al soplo helado  
De la traidora edad crecer se vía,  
Como inmenso volcan en noche umbria?

Así, mnda la envidia, todos lloran  
De tu sepulcro en torno;  
Y á Dios elevan su plegaria ardiente,  
Que al penetrar en las marmóreas losas,  
Turba el hondo silencio en que reposas.

Contempla ¡oh Licio! desde el cerco aéreo,  
En que con firme planta  
Huellas, velado en luz, ignotos mundos,  
Cuanto dolor infunde tu memoria  
Dó brota ufano el árbol de tu gloria.

Los que surcaron con afan la senda  
De Newton y Descartes,  
de Keplero y Leibnitz, perdido el rumbo,  
En su espantable soledad te llaman,  
Y entre sollozos mil tristes exclaman:

«De la natura las eternas leyes  
Y el insondable arcano  
Mostró al hombre su vasta inteligencia,  
Y, ánte su vista la creacion patente,

Fué de doctrina inagotable fuente.»

«Por él pudimos la distancia inmensa  
Calcular de los órbes,  
De sus masas la enorme pesadumbre;  
Y allá subiendo á la encumbrada esfera,  
Seguir al Astro en su veloz carrera.»

Otros evocan los augustos manes  
De Tácito y de Livio,  
De Mendoza y Solís y Mariana,  
Y del deber á los impulsos fieles  
Rinden al *sábío* nirtos y laureles.

«¡Honor, claman, á Licio! Las edades  
Por él su sombra obscura  
Arrojaron al bátrato profundo,  
Y para siempre de esplendor se vistien,  
Y á los errores sórdidos resisten.»

«Ved cual renacen por su docta pluma,  
Como en cuadro vistoso,  
Los paisages de incógnitas regiones,  
Y, solo revelada á su memoria,  
De pueblos remotísimos la historia.»

«Miradlo contemplar en los escombros  
De Nínive y Corinto,  
De Babel en el polvo, en las cenizas  
De la incendiada Sárdes, cuan liviano  
Se extingue el brillo del poder humano.»

«¡Oh! cuántos héroes, que con cien cadenas  
Aherrojaba el olvido,  
Levantaron por él su altiva frente,  
Y de la fama en el grandioso templo  
Dan de civismo y de valor ejemplo!»

«Descubrimos por él la densa nube,  
Que del griego y romano  
Eclipsára sañuda el sol radiante,  
Y que ocultó cual ominoso velo  
De polo á polo la extension del cielo.»

«Seguid, seguid su victoriosa tea,  
Si patentes los senos  
Del doble corazon hallar os place,  
O el ántro de los rudos aguilonos,  
Que derrocan imperios y naciones.»

«¡Aun vive aquella luz! Son inmortales  
Sus ráfagas divinas;  
Porque son del Señor el alma aliento;  
Y ante el foco eterno, que las envía,  
Sombra es el astro que preside al dia.»

«Tal vez las mueve lánguido el suspiro,

Que nuestro amor exhala,  
Y ondulan á los fléviles accents  
Sobre el marmol ¡ay Dios! que á Licio esconde,  
Y á mundanales votos no responde.»

Entretanto mil ecos de armonía,  
Que dó quier se dilatan,  
Las altísimas sierras traspasando,  
Á los del Bétis nne Manzanares,  
Y los repiten los inmensos mares.

Vnuyen atrás sus ondas espantados  
En espumante curso  
El Adur, y el Aníve y el Garona;  
Y su cáncie rompiendo el turbío Sena,  
Torrente asolador el valle atruena.

No es la cancion de Anfriso, cuando llora  
La pérdida de Aristo,  
De la pátria los males, ó el destierro,  
En que probó el furor de ódios impíos,  
La que commueve los estranos ríos.

Son de Iberia los hijos, que hora vierten  
Lágrimas á raudales  
Sobre la tumba, que modesta guarda  
Al que oyeran con fervido entusiasmo,  
De Europa envidia y de los mundos pasmo:

Los que no pierden su humbrosa huella,  
Por ascender seguros  
De Apolo y de Minerva al santuario,  
Y la Fúria extirpar, de sangre avara,  
Que Angeles y Lucrecias abortára (1):

«¿Á dónde es ido el vate, que dichoso  
Del Tiber y el Eurotas  
Renovó aquí los bonancibles dias;  
Y aun de Sion pulsando el harpa de oro,  
Ensayó el himno del celeste coro?»

«La excelsa sombra del anciano Homero  
Le acarició en la cuna:  
Pindaro su horizonte iluminaba,  
Y entre flores abrieron su camino  
Maron y Horacio y Ezequiel divino.»

«Así pudo robar al grande Herrera  
El fuego y la osadía,  
Las delicadas tintas á Rioja,  
Á Arguijo el estro, y con su llama pura  
Al daleisimo Laso la ternura.»

«Así al morir el sin igual Batilo (2)  
La cítara sonante,  
Manda preciosa, colocó en sus manos;

Y en ósculo suave le infundia  
Vivaz centella que en su pecho ardía.»

«Su fúlgido pincel prestó á los seres  
Encantos y grandeza,  
Luz y calor al sol, brillo á Lucina,  
Cuando de tiernas *almas confidente*,  
Alza en trono de nácares su frente.»

«La inocencia, el placer y los amores  
Por él con nudo estrecho,  
Cual en los áureos siglos se hermanaron;  
Y en el seno de cándida hermosura  
Buscó el hombre halagado su ventura.»

«Fué de sacra amistad perenne trono  
Su corazon sensible.

Fileno, Arjonio hablador... ¡Ilustre Albino!  
¿Suspiras por las playas españolas?  
Vélo cruzar del Támesis las olas (5).»

«Ensalzó la virtud, sus gratos dones,  
La alma beneficencia,  
El heróico valor, el patriotismo,  
Que de infame traicion rasgó la venda,  
Y humilló al galo en desigual contienda.»

«¡La caridad su lema idolatrado!  
Su mágico estandarte  
La inmaculada fé de sus mayores:  
La Religión el númen sacrosanto,  
Que hasta los cielos sublimó su canto.»

«Hasta los cielos, sí; que allá volaron  
El clamor de la Esposa,  
De la madre del Verbo los loores,  
Y, émulo del cantor de Godofredo,  
Del cristianismo el triunfo en Recaredo.»

«A su voz el Calvario se estremece,  
Se estremece la tierra,  
El firmamento rápido se inclina;  
Mientras esgrime el ángel de la muerte  
Su terrífica espada en el *Dios fuerte*.»

«¿Cantemos sin cesar al que, ceñido  
De gentil aureola,  
Del alto Olimpo la mansion habita!  
¡Un siglo al otro sus virtudes cuente,  
Y al universo la española gente!»

Con tan sentidas voces agitada,  
Gemido lastimero  
Iberia lanza, descogiendo el manto,  
Y una lágrima ardiente en su megilla  
De la fúnebre antorcha al rayo brilla.

En su mano se ostenta una corona  
De adelfa y siemprevivas:  
Entre pesares mil, un pesar nuevo  
La palidez de su semblante anuncia,  
Y ¡Licio! ¡Licio!! con fervor pronuncia:  
«Su vida entera consagró en mis aras,  
Y de su docto labio  
Altos consejos esenché sumisa:  
La vil calumnia denostarme pudo;  
Mas tuve en él impenetrable escudo.»

«De la codicia y la ambicion insana  
Á los pérfidos tiros  
Un muro de diamante fué su pecho:  
Su invocacion *la paz y la justicia*;  
Inquirir y enseñar, ved su delicia.»

«Murió, murió; pero al morir presenta  
De su incansable zelo  
En la florida juventud el fruto....  
¡Ay! entretanto que su gloria crece,  
Mi espíritu de pena desfallece.»

«Aunque modesto fué, por siempre sea  
En mis claros anales  
Nombre de bendicion de *Licio* el nombre;

Y grábelo en sus átrios á mi ruego  
La eternidad con su buril de fuego...!»

¡Por siempre lucirá! ¿Pero qué importa  
¡Oh mi *Licio* adorado!  
Á la angustia letal que el alma oprime,  
Si ya no miran los inquietos ojos,  
Sino en humilde tumba tus despojos?

¿Qué importa á mi afliccion tanta alabanza,  
Si en torno del *gran rio*,  
En las cumbres de Osseth (4), en los collados  
Y en las termas de Itálica sombría  
La voz no esencho que escuchar solía?

Si tu presencia esparcirá tan solo  
En la convulsa mano  
Tibios sonos la lira que me diste....  
Así, disueltos de tu ser los lazos,  
Sobre este mármol saltará en pedazos.

Aquí tambien mi lánguida existencia  
Que tu soplo animaba,  
Se apagará, desnuda de ilusiones....  
¡Perdona! Es mi dolor... ¡oh tierno amigo!  
¡Quiero morir por alentar contigo!

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

## ELEGÍA (\*).

Orla místico ciprés la lira de oro,  
que engalanaba ayer florido acanto  
y dulce plectro reanimó sonoro.

Tus megillas inunda acerbo llanto,  
y conturbado el lastimoso acento  
entre ahogados suspiros muere el canto.

¿Qué insólito dolor así el contento  
turba y la paz de tus modestos lares,  
que exhalan tristes misero lamento?...

Lo sé... ¡Lo sé!... suspenso Manzanares  
del sacro Bétis respondió al gemido,  
que resonó de Mantua en los hogares.

De amarga pena el corazon henchido,  
consuelo en vano demandé á la duda,  
que huyó falaz del pecho dolorido.

Se alzó la tempestad, bramó sañuda  
y arrebató la antorcha peregrina,  
vívido luminar de edad tan ruda.

Licio no es ya!... cual cisne que adivina  
su fin y halaga, al espirar, la muerte,  
voló su espíritu á la region divina.

¡Oh quién pudiera á la materia inerte  
volver la luz que iluminó radiante  
del egregio varon el pecho fuerte!....

(\*) Esta composicion está dedicada por el autor á su amigo el Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata.

De sus labios manar viera incesante  
de verdad y de amor raudal fecundo,  
libre la ciencia y la virtud triunfante.

Tú, que abatido, en el dolor profundo  
buseas alivio á tu angustiada pena,  
le vieras otra vez pasmo del mundo.

Ay! ¡cuántas veces en la patria arena  
ledo esenché su venerable acento  
que grato en mis oídos aun resuena!...

Ora allí, contemplando el firmamento,  
de los brillantes astros sorprendida  
alegre el ignorado movimiento.

Ora cuando de aljófares cubría  
el cáliz de la flor la dulce aurora,  
de Dios la mano próspera veía.

¿Y olvidas tú la magia seductora  
de su inspirada voz?... ¿Tu mente acaso  
tan preciadas lecciones no atesora?...

Las guarda, sí.— Con vacilante paso  
seguimos ambos sus lucientes huellas  
por la difícil senda del Parnaso.

Fueron por él á nuestros ojos bellas  
de Pindaro y de Safo las creaciones,  
de Páris y de Atrida las querellas.

Sembrando el exterminio sus legiones,  
vimos correr contra el dardanio suelo  
de la irritada Grecia los varones.

Ya nos pintó de Príamo el anhelo,  
ya de Andrómaca triste la ternura  
y el amoroso y cándido desvelo.

De Nestor la elocuencia y la dulzura,  
del ingenioso Ulises la osadía,  
de Oíleo y de Diomedes la bravura.

Tal vez, triunfando en la fatal porfía,  
Héctor aterra al rencoroso griego,  
que al mar apenas sus escuadras fia.

Tal vez corre el troyano de ira ciego  
de Agamenon contra las altas proras,  
la diestra armada de vorace fuego.

Mas arden ya las furias vengadoras  
de Aquiles en el pecho, y noche horrenda  
de Troya son las fulgidas auroras.

Héctor sucumbe en la feroz contienda  
y de Patroclo, con glacial espanto,  
los frígios miran la expiación tremenda.

Su faz cubre Ilion de luto y llanto  
y roto el cáuce, anega la llanura,  
henchido de cadáveres, el Xanto.—

Hurtando el rostro á tanta desventura  
invoca Licio al cisne venusino  
y su raudal volar seguir procura.—

Al piélago lanzado en frágil pino  
su dedo al triste Eneas nos mostraba,  
envuelto en espantable torbellino.

Pendiente al hombro la sonante aljaba,  
de Citéres la diosa aparecía  
que de Cartago al puerto le guiaba.

La hermosa Dido allí resplandecía,  
que á los héroes venciendo en gentileza,  
al africano mar freno ponía.

Mas su ingénilo aliento y su braveza  
de amor postrados á la ardiente llama,  
su fé rindió al troyano y su belleza.

Inextinguible afan su pecho inflama  
y sumergida en dulce desvarío,  
olvida su virtud y heroica fama.

Falaz é ingrato el extrangero impío  
vierte en su corazón letal veneno,  
y corre al mar con desusado brío.

¡Dido infeliz!... en su turgente seno  
el perjurio castiga del troyano,  
y ruge al espirar, cual sordo trueno.—

La dulce voz del vate mantuano  
Licio acallaba y el terrible acento  
mudos oídos del cantor toscano.

Suspensa el alma, el pecho sin aliento,  
fuimos tras él á la *ciudad doliente*  
do el *eternal dolor* fijó su asiento.

Apagada del sol la lumbre ardiente,  
allí solo el veneno se respira  
que vida infunde á la *perdida gente*.

Palabras de impiedad, acentos de ira  
do quier el aire empozoñado atruenan,  
mil lenguas agitando la mentira.

Las precitas gargantas encadenan  
punzantes hierros y á los turbios ojos  
sombrias sin fin á oscuridad condenan.

De infanda llama miseros despojos  
de Rimini encontramos los amantes,  
sus dichas recordando y sus enojos.—



Entre las fieras turbas blasfemantes,  
cebedo en la venganza y de continuo  
renaciendo sus ansias devorantes;

Llenos de asombro hallamos á Ugolino  
que, al contar de su muerte los horrores,  
brama, como irritado torbellino.—

De Reggio y de Sorrento á los cantores  
Licio con noble afán ledo seguía,  
gozando de Petrarca en los amores.

Radiante de entusiasmo y de alegría,  
los altos himnos repitió de Herrera,  
y el son marcial el pecho estremecía.

Fulguró de Lepanto la bandera  
y á nuestra vista alzóse la victoria,  
tragando el mar á la morisma fiera.

Mas ¡ay! de aciago día la memoria  
el corazón helaba, contemplando  
de Lusitania la sangrienta historia.

La faz serena al cielo levantando,  
del vate celestial la dulce huella  
nos iba Licio con placer mostrando.

Ora de eterna paz la imagen bella,  
ora del campo ameno la frescura,  
do libre y pura la virtud destella.

Bañado en melancólica dulzura,  
vió del sacro pastor la faz divina,  
entre nubes velada su hermosura.

De Itálica al llorar la gran ruina  
emuló de Rioja el ardimiento  
y envidiamos su magia peregrina.

Cobrando Licio desusado aliento,  
al modular sus himnos seductores,  
así exclamaba con sublime acento:

«—Bajo el nítido cáliz de sus flores  
no encontrareis jamás serpe escondida,  
ni el nectar mundanal de los amores.

«Brotó en sus labios bálsamo de vida:  
solo de la verdad riende en las aras  
sencilla ofrenda á la virtud debida.

«Seguid las que trazó sendas preclaras,  
y en modesto vivir vuestra alma alumbre  
la pura antorcha de sus luces raras.»

Decía y de sus ojos viva lumbre  
brotaba, y del Parnaso en la pendiente,  
su dedo nos mostró la excelsa cumbre.

Después volviendo la sagrada frente,  
«Mirad!..» exclama y descubrió su mano  
coronas mil de lauro floreciente.

Allí de Lope el genio sobrehumano,  
del fácil Tirso la picante vena,  
de Calderón el estro soberano.—

Entre aplausos sin fin su voz resuena,  
y altiva raza de la tumba evoca,  
que entrambos mundos con sus glorias llena.

Lope el valor y la lealtad invoca,  
y acaso Tirso en tan heroico empeño  
ilustres sombras con valor convoca.

Genio inmortal de los espacios dueño,  
se eleva Calderón á la alta esfera  
y enseña al hombre que *la vida es sueño*.

Rojas también en la triunfal carrera,  
ya el coturno tomando, ya el pellico,  
alza su frente, con el láuro fiera.

De extrañas galas y preseas rico,  
dice, al teger Moreto su corona,  
«La agena gloria en mi loor duplico.»

El modesto Alarcón gozoso entona  
himnos de amor á la virtud sencilla  
y sus callados triunfos ambiciona.

Ora al procaz y al mentiroso humilla,  
ora premia al leal y al esforzado,  
sembrando alegre la feraz semilla.—

De tan pura doctrina adverso el hado  
secó ¡ay dolor! la deleitosa fuente  
y fué silencio su murmurio amado.

Licio no es ya!.. ni de su labio ardiente  
saber y amor para nosotros mana...  
murió la luz de nuestro claro oriente.

¿Á dónde ya como en la edad temprana  
nuestra tímida ofrenda llevaremos,  
ni quién la acogerá?... ¡Quimera vana!..

Ni altar ni sacerdote encontraremos;  
y del mar en las olas furibundas  
nuestra pobre barquilla irá sin remos.

No el rostro en valde con el llanto inundas:  
de mis ojos también amargo brota;  
lágrimas de dolor, siempre infecundas.

Mas ¡ay! al cabo el manantial se agota  
y, en estupor profundo sumergido,  
la fiera angustia el corazón embota.

Ni aun me fué por el cielo concedido  
su frente coronar de tiernas flores,  
ni el postrimer adios darle afligido.

Tú mas feliz, los últimos albores  
gozaste de la luz que el mundo admira,  
aun muertos ya sus vívidos fulgores.

Cual tierno padre que tranquilo espira,  
dando á sus hijos sin igual tesoro,  
puso en tus manos la envidiada lira.

Sagrada herencia!... Ni de Ofir el oro,  
ni la ambicion, ni el vano poderío

conquistarla podrán, en su desdoro.

Guárdala tú del huracan impío,  
que ruge en derredor de nuestra frente  
y los robles al par troncha bravío.

Guárdala, amigo!... y al rayar fulgente  
del alma paz el día venturoso,  
corónala de mirto floreciente!..

Y cuando llegues triste y respetoso  
del gran Licio á la tumba solitaria,  
teje una flor á su laurel frondoso  
y tributa en mi nombre una plegaria.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

## MELPOMENE

Gemid ¡oh ninfas del undoso Bétis!  
Y en lágrimas dolientes el tributo  
Pagad de hoy más á la region de Tétis.

Llorad: que ya no os es dado con enjuto  
Rostro pulsar la cítara sonora  
Que la parca cruel vistió de luto.

No sus galas de ayer pidaís á Flora:  
De amarga adelfa y triste cipariso  
Coronad vuestra sien. ¡Hispalis llora!

Huérfana llora del anciano Aufriso,  
De ciencia y de virtud rico tesoro  
Que á la tierra envidiaba el Paraiso.

Vosotros los que un día en almo coro  
Le invocábais sin fin cual nimen vuestro,  
Desolados romped el arpa de oro.

¿De dó el sacro furor, de donde el estro  
Vendrá que os inflamaba al nombre caro  
Del que os era á la vez padre y maestro?

¿Qué hareis en soledoso desamparo  
Los que en su frente cándida y serena  
Visteis lucir tan apacible faro?

¿Qué hará en el hondo mar frágil antena,  
Perdido el gubernalle, errado el polo,  
Cuando ruge Aquilon y el Cielo truena?

¡Ay! no al imperio de Neptuno solo  
Mueven guerra infernal nubes y vientos:  
Tambien invaden el altar de Apolo.

Tal vez turbando armónicos concentos  
Graznan, entre amorosos ruseñores,  
Cuervos procaces, bulos soñolientos.

Tal vez al grato aroma de las flores  
Prefieren el hedor de las tabernas  
Rudos y malnacidos trovadores.

Y no en las fuentes del saber eternas  
Gustan beber; que solo les conviene  
Las pitias requerir en sus cavernas.

Atropellando fueros de Hipocrene,  
Sellan tu labio ¡oh plácida Talía!..  
Y visten de gitana á Melpomene.

Indocta, insulsa y torpe algarabía  
Que hace bueno al vetusto gongorismo  
Suplanta á la celeste poesia.

Despreciada con sórdido cinismo  
La lira de Leon y de Rioja,  
La ignorancia es su dogma y su bautismo.

Y el veleidoso vulgo no se enoja:  
Antes prefiere el pámpano al racimo  
Y á la santa verdad la paradoja.

Ni ya á las gracias con su blando mimo,  
Sino al tirso de impúdica Bacante  
Se dá el aplauso y el despojo opimo.

Aun la risa ha de ser horripilante,  
Risa que bañe el labio de cicuta  
Y á fiera contorsion fuerce el semblante.

Así el bárbaro gozo que le inmuta  
Cuando á un precito con sus garras prende  
Muestra Satán en su espantosa gruta.

Y ¿qué frase es feliz si no es de allende?  
¿Cómo no hará furor una charada  
Si no se estima ya.... lo que se entiende?

¿Cuántas veces metáfora rimada  
Encierra una heregia, una blasfemia!  
¿Cuántas su girigay no dice nada!

¡Y la plebe con vitores la premia!  
Y exclama: ¿Cómo un vate tan sublime  
No ocupa ya un sillón de la Academia?

¡Ah! Bajo el férreo yugo que lo oprime  
¿Qué será del *buen-gusto*, Alberto amigo,

Si un genio tutelar no lo redime?

Tu docta escuela al ménos luz y abrigo  
Brindó á la juventud contra la peste  
Que á nuestras culpas dá recio castigo.—

Mas no será que perdurable infeste  
Al Parnaso español si se rehace  
de tus adeptos la dispersa hueste.

Tal vez el fuego que latente yace  
Si propicio Favonio le fomenta  
Mas vivo y mas espléndido renace.—

En tanto que, aplacada la tormenta,  
Sobre el fecundo cielo de Castilla  
Su risueño fulgor Iris ostenta ;

Y bajo el astro que en tu losa brilla  
De tu doctrina, Anfriso, y de tu egemplo  
Brotó y crece la próspera semilla.

Yo, que allá entre los justos te contemplo,  
Si lágrimas prodigo á tu memoria,  
¡No las vierto por tí!. La tumba es templo  
Para quien muere en brazos de la Gloria.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

## Ciris á Anfriso.

Hermosas ninfas del sonante río,  
Faunos del bosque, céfiro suave  
Dormido agora entre el ramage umbrío,

Venid, y acompañad mi canto y grave  
Pena, y tú, Eco, en soledad gimiendo,  
Haz que el ¡ay! hondo del dolor no acabe;

Que acaso el cielo rígido rompiendo  
La inescorrible ley, el ímpio hado  
Que en luengo afán nos sume y llanto horrendo,

Torne á honrar la ribera y monte y prado  
Restituyendo al campo y los pastores  
El bien que su rigor les há robado.

En tanto, entre estos árboles y flores  
Llorad, Faunos, y vos, ninfas del río,  
Olvidad un instante los amores;

Y asomando la frente, que el rocío  
De perlas salpicó, trocad en lloro  
La risa blanda, y en dolor sombrío;

Soltad al viento los cabellos de oro  
Y al himno funeral que en torno suena  
Unid de vuestro canto el dulce coro.

Anfriso, aquel pastor, cuya serena  
Faz, de un alma sin hiel espejo claro,  
Era en nuestras cabañas vista apena,

Cuando con gloria y con respeto raro  
La frente le inclinábamos, tostada  
Al vivo fuego del estío avaro,

Hoy ya es despojo de la muerte airada;  
Hoy ya la sombra anubla el limpio cielo  
Que con tan pura luz brilló sagrada.

Triste el Bétis descendiendo, en son de duelo  
Las cristalinas ondas arrastrando,  
Y todo es soledad y desconsuelo.

Ya de las aves el canoro bando  
No encanta de las selvas la espesura;  
Deshojadas las flores van rodando.

¿Así, *Anfriso*, en tamaña desventura  
Nos dejas?... ¿Nunca más de tus canciones  
Alegrará estos campos la dulzura?...

Los árboles de verdes pabellones,  
Á cuya sombra ayer tu canto oímos,  
Hoy se mecen sin tí con tristes sonos.

Huertos más florecidos y más ledas  
Campiñas tiene allí, fuentes más puras,  
Y verdes siempre umbrosas alamedas.

Allí no han de llagar las amargas  
Su corazón de la mundana vida,  
Ni de otros llorará las desventuras.

Una suave música, perdida  
Por el espacio aquel tan encantado,  
No escuchada jamás, nunca aprendida,

El sueño le traerá cuando apagado  
El sol deje lugar á la tiniebla  
Fría con su nocturno horror callado.

¡Ay! sí el suspiro que los aires publica  
Hasta él llegará ¡oh miseros! rompiendo  
Esta que nos envuelve espesa niebla!

Pero jamás el terrenal estruendo  
Sonó tal vez del cielo en la alta cumbre;  
Por eso el triste aquí muere gimiendo.

Por eso del dolor la pesadumbre  
Abruma los humanos corazones  
Sin que el alba de paz les dé su lumbre;

Por eso, esclavo ruin de sus pasiones,  
Corre el hombre detrás de un desengaño  
Con ciego error y locas ilusiones;

Y por eso, afanándose en su daño,  
Vive, y por eso en fin á nuestro duelo  
Límite no hay, que el cielo le es extraño.

De ramas de ciprés cubrid el suelo  
Y de hojas de los sauces desprendidas,  
Pastores, en tan hondo desconsuelo.—

Del monte allá en las grutas escondidas,  
En la más rota y bárbara aspereza  
Derramad esas lágrimas sentidas.

Yo escribiré en la rústica corteza  
De estos robles su nombre, y su memoria  
Vencerá así del tiempo la fiereza.

Bétis, corriendo al mar irá su gloria  
Esparciendo dó quier, y en otros ríos  
Resonará su nombre con victoria.

Y lloraránle allí, pastores míos,  
Otras niñas de cándida hermosura  
Abandonando sus palacios fríos.

Bellísimas zagalas con voz pura  
Al céfiro darán tristes cantares  
En las riberas ricas de verdura.

Así del perezoso Manzanares,  
Del Tajo y Ebro y Bétis celebrado,  
Su gloria irá estendiéndose á los mares

Remotos, para honor del desolado  
Y místico campo, que dejó muriendo  
*Anfriso*, el tierno *Anfriso* venerado.

Tírsis calló, y en su aflicción rompiendo  
En un amargo llanto, al cielo crudo  
Alzó las palmas con dolor horrendo.

La noche entonces sobre el monte rudo  
Compadecida desplegó su manto  
Y, entre el silencio de la noche mudo,  
Levantó el río su rumor en tanto.

FRANCISCO ZEA.



## ELEGÍA.

«¿Qué fúnebres clamores  
En confuso tropel hieren el viento  
Y vienen á mezclarse á mis dolores?»

QUINTANA.

«¡Tuyo el mundo será!...» Así enojado,  
Cuando el hombre, á su voz inobediente,  
Del árbol del dolor el fruto insano,  
En su ambicion ardiente,  
Osó tocar con temeraria mano,  
Dijo á la Muerte Dios. Así imponente,  
Con mirada fatídica y sombría,  
Del mal entónces desgarró el secreto;  
Y en su dolor profundo,  
Ya para siempre sometido el mundo  
Al eternal decreto,  
Cuanto en su seno desdichado había  
De su diestra al poder quedó sujeto.

Pobre raza de Adan!... Súbito herida  
Del rayo vengador, con torpe planta  
Errante vivirá, sin que ya el yugo  
Que oprime su garganta  
Logre romper; que cual feroz verdugo  
La Muerte sobre el mundo se levanta,  
Y en su enlutado, inexpugnable trono,  
Al impotente, lúgubre gemido  
Que exhala en su agonía:  
«¡Tiembra, tiembra, infeliz!... Tu vida es mía»  
Con eco desabrido,  
Respóndele cruel. «No te perdono,  
Que en mi siempre halla fin cuanto ha nacido!»

«Tuyo el mundo será!...» Justo anatema  
Lanzado sin piedad sobre el que ingrato,  
Al falso alhago del amor rendido,  
En misero arrebató  
Sucumbió á su ilusion, y sometido  
Del infierno al poder, osó insensato  
Contra su Dios pecar!... ¡Oh cuan pesada,  
A la terrible maldición funesta  
Del labio omnipotente,

La vida se tornó!... En vano siente,  
Y esquivo y contraresta  
De la Muerte el rigor, que despiadada  
Dó quiera á herir con su segur se apresta.

Llora raza de Adan!... Ese el destino  
De tus afanes es!... Ni de esperanza  
Débil destello el corazon sustenta,  
Ni de su pecho alcanza  
El hombre compasion. Cruda y sangrienta  
Con breve paso en su carrera avanza  
Y cenizas, y lágrimas y escombros  
Siempre sus huellas son... ¡Ay desdichado,  
Desdichado el que nace;  
Porque en tanto que en polvo se deshace,  
Sobre el mundo arrojado,  
Solo en sus tristes, combatidos hombros  
La cruz llevar para morir le es dado!

Ni el oro, ni el valor, ni la nobleza  
Escudo son... ni la virtud exime  
Al que en misero seno concebido  
Entre dolores jime!  
Ni aun el saber al infeliz nacido  
De tan horrenda esclavitud redime!  
Para nadie hay piedad!... La tierra entera  
Ante sus aras por dó quier se humilla,  
Y en hórridos lamentos  
Sucumben á su voz los elementos;  
Y hasta ese sol que brilla  
En la azulada, transparente esfera,  
Victima será al fin de su cuchilla!

No es, no, el saber contra su saña escudo  
Ni amparo la virtud!... Bajo ese manto  
Que alzarse ves de negro terciopelo  
Al pié del altar santo

Del Dios que rije poderoso el cielo,  
Regalos yacen con amargo llanto  
Saber, gloria y virtud... Por eso ufana  
Sobre el sagrado tímulo su diestra,  
Con imperiosa vista,  
La Muerte tiende, y del preclaro *Lista*,  
(En su ambición siniestra  
Nuevo trofeo de su segur insana)  
La yerta frente á sus esclavos muestra.

Pálida empero, con mirar sombrío,  
Torpe y convulsa su gúadaña ajita  
Y la verde aureola, que impaciente  
De sus sienes le quita,  
En vano al soplo de su labio ardiente  
Quiere á sus plantas ver rota y marchita.  
Lleva, pues, lleva, en tu furor profundo,  
Hacia otros seres tu funesto vuelo,  
Y mas y mas apura  
Del hombre el padecer y la tristura;  
Que en tanto desconuelo,  
Si te dijo el Señor: «Tuyo es el mundo»  
Sobre él al *genio* levantó hasta el cielo.

Torna, oh muerte, el laurel que le arrebatas  
A su sien otra vez! En valde hiere,  
Y en sangre siempre tu segur se tiñe  
Y siempre vencer quiere;  
Que esa diadema que su frente ciñe  
Don es de Dios y lo de Dios no muere!  
Prenda feliz que de su eterna gloria  
Con sus querubens al talento envía  
Resplandeciente y bella:  
Alta de honor esplendorosa estrella  
Y de simpar valia,  
Que hace brillar del sábio la memoria,  
Cual brilla el sol en la mitad del día.

Huye infeliz del lecho donde yace  
El vate insigne, cuyo nombre á España  
Eterno lustre dió; que harto, en mal hora,  
Hoy tu implacable saña  
Nos roba sin piedad fiera y traidora  
Á un golpe nada mas de tu gúadaña!  
Bastante triunfo para ti es su vida!  
Bien á tu orgullo, bien, su cuerpo inerte  
De lúgubre trofeo  
Sirve puesto á tus pies! Bien tu deseo  
Cumplido queda, oh Muerte,  
Las lágrimas al ver que conmovida  
Por él su patria en su sepulcro vierte!

Mira en torno de tí! Mira y contempla  
De Itálica el dolor, á cuyo acento,  
Que penetrante y pavoroso suena,  
Con fúnebre lamento,  
De Iberia toda, en su profunda pena,  
Los ayes lleva hasta su tumba el viento.  
Ese que ves del Bétis sacrosanto  
Turbio randal, que el ábrego alborota,  
Y espumoso se ajita,  
Y en el seno del mar se precipita  
Y no su curso agota,  
Hinchado vá con el copioso llanto,  
Que en tanto mal de nuestros ojos brota.

Mira ese inmenso, unánime gentío  
Que en el templo de Dios omnipotente  
Del ara en derredor yace postrado,  
Y en ademan doliente,  
Pálido el rostro, el corazón turbado,  
La pena exhala que abatido siente.  
Oye del bronce el fúnebre tañido  
Y la santa plegaria que hasta el cielo  
Su agusto nombre lleva:  
Oye, entre el himno que el incienso eleva,  
Como, en rápido vuelo,  
Mezclado sube el funeral gemido  
Que lanza el alma en tan amargo duelo.

Mas no es á mí ¡desventurado y triste!  
¿Quién del genio que su patria admira  
El nombre ilustre celebrar le es dado:  
Que de mí pobre lira  
Al ronco son, confuso y destemplado,  
Débil mi voz ante su tumba expira.  
Otros habrá que en cántico sonoro,  
Con plectro mas feliz, himnos de gloria  
Y de virtud entonen:  
Otros tambien que su saber pregonen,  
Y del mundo en la historia,  
Brillante y pura, con buriles de oro,  
Grabada dejen su inmortal memoria.

Otros habrá que sobre el mármol frio  
Que vá á guardar sus pálidos despojos  
Verde guirralda de fragancia llena,  
Puestos ante él de hinojos,  
Coloquen en su honor; que yo, en mi pena,  
No encuentro mas que el llanto de mis ojos.  
Ay! Ni mi labio, aunque á cantar probára,  
Ni mi laud, aunque ensayar quisiera  
Sus ásperos sonidos,

Dar pudieran de sí mas que gemidos!  
Por eso lastimera,  
Con lágrimas no mas, al pié del ara,  
Hoy mi musa rendida los venera.

Aparta, oh muerte, ya; que en vano intentas  
Al hábito infernal que exhala ardiente  
Tu labio destructor, secar el llanto  
Que trémula y doliente

España vierte en funeral quebranto,  
Ni el laurel marchitar que orna su frente!  
Lleva en buen hora con rigor profundo  
Hácia otros seres tu puñal sangriento,  
Y mas y mas apura  
Del hombre el padecer y la tristura;  
Que en tanto descontento,  
Si te dijo el Señor: «Tuyo es el mundo»  
Eterna gloria reservó al talento.

MANUEL AZCUTIA.

## SOL, ÁRBOL, BRÚJULA Y FUENTE.

(En estilo Calderoniano).

Precedido de la aurora,  
que con sus dedos de grana  
las puertas de la mañana  
abre y de flores decora;  
y en tanto que la canora  
tropa discanta á porfia;  
nace el sol; y al mediodia  
de la luz padre y monarca,  
el confin del mundo abarca,  
dando vida y alegría.

Mas llega al cenit, y luego  
desciende con lento paso,  
hasta tocar á su ocaso  
falto de luz y de fuego.  
El mundo se mira ciego  
y entre tinieblas, de suerte  
que produce espanto.... ¡Oh muerte!  
¡alcanzas al mismo sol,  
que apesar de su arbol  
destruyes con mano fuerte!

Competidora del ave,  
el mar torna en blancas plumas,  
dejando atrás las espumas,  
en su carrera la nave:  
corre y se mece suave  
con burla del bravo noto,  
pues mientras el hábil piloto  
la vista tenga clavada

en la brújula imantada,  
no hay sirte ni bajo ignoto.

Mas de pronto el huracan  
sopla y las olas levanta,  
arrasando en fúria tanta  
palos, lonas y el iman:  
sin brújula no hay afan  
que baste, pues la derrota  
perdida, la nave rota  
se vé sobre piedra dura.....  
Pobre nave! fiel figura  
de aquel que el destino azota!!

Árbol frondoso y lozano  
que te elevas á las nubes,  
y eres por lo bien que subes  
de los otros soberano:  
de hojas y flores ufano,  
formando dosel divino,  
en el medio del camino  
das regalado tributo,  
con tu sombra y con tu fruto,  
al cansado peregrino.

Mas de súbito te priva  
de tu vida hacha cruel,  
que tu elevado dosel  
del cielo al suelo derriba:  
y contra el calor estiva

y el hambre devoradora  
no das sombra bienhechora,  
no das fruto al hombre grato...  
Árbol triste! fiel retrato  
del mal que mi pecho llora!!

Y tú clarísima fuente  
Que saltando sobre piedras,  
á los olmos y á las yedras  
jugo das con tu corriente:  
sácia en tí su sed vehemente  
el harpado ruiseñor,  
y luego de flor en flor,  
merced al agua que diste,  
alegre canta y del triste  
aluyenta pena y dolor.

Mas ¡ay! con rigor impío  
de tu límpido raudal,  
seca el curso de cristal  
mas tarde el ardiente estío:  
seca tú, sécase el río  
y de la sed al quebranto  
el ave cesa en su canto

primero y despues es muerta...  
¡Pobre fuente! imágen cierta  
del motivo de mi llanto!!

¡Oh Lista! En tu sepultura  
escucha mi voz: «Moriste  
y el mundo quedó en muy triste  
soledad de noche oscura.  
Perdió sustento y frescura  
en su senda el peregrino:  
se vió sin guia el marino  
contra las furias del mar,  
y vino el ave á quedar,  
de sed, muerta en el camino.

Porque tú ¡tormento grave!  
con tu saber tan profundo  
el sol has sido del mundo,  
la brújula de la nave;  
la fuente en que goza el ave  
y el árbol de altiva frente...  
¿Qué mucho que en son doliente  
suspire el pecho abatido,  
al ver que en tí se ha perdido  
sol, árbol, brijula y fuente?

FRANCISCO SANCHEZ DEL ARCO.

### A D. Alfonso el Sábio en la muerte del Sr. Lista

## SONETO.

Muere el gran Lista, y de gemido un canto  
oye el décimo Alfonso de Castilla:  
deja el sepulcro que le dió Sevilla,  
y busca el cetro de su padre el Santo.  
*¡Ay! lo perdí tambien!* dice; y el llanto  
corre por vez primera en su megilla;  
mas, luego avergonzado, á Dios se humilla,  
y el rostro cubre con el régio manto.  
¿Donde está el sábio que al olvido tema?  
La fama al mundo tu virtud pregona,  
¡oh ilustre autor de soberanas leyes!  
Lista ciñe, cual tú, mejor diadema;  
y pues tienes de sábios la corona,  
¿á qué buscas el cetro de los reyes?

ADOLFO DE CASTRO.



### Eternidad del Génio.

Adios, Anfriso, pues te vas del suelo,  
Campo de sangre y de sañuda guerra;  
Aplausos te reciben en el cielo,  
Si lloros te despiden en la tierra.  
Mas ¿de qué sirve nuestro estéril duelo,  
Cuando la puerta del vivir te cierra  
El destino, si anuncia tu memoria  
*Que el sepulcro es la cuna de la gloria?*

Como tú Garcilaso halló en la muerte  
La playa de la mar que atravesamos;  
De Lope y Calderon con igual suerte  
El paso de este mundo recordamos.  
La tierra devoró á la tierra inerte,  
Mas sus nombres queridos no olvidamos;  
Pues dice, y dice bien, alguna historia  
*Que el sepulcro es la cuna de la gloria.*

Aquí á los hombres asombró tu lira,  
Engalanada con perpétuas flores;  
Allá en sonido celestial suspira  
De Dios ante los vivos resplandores.

No tiene el ángel que tu voz admira  
Mas dulzura en sus ecos seductores;  
Así, ignora quien gime á tu memoria  
*Que el sepulcro es la cuna de la gloria.*

Tú serás, mientras haya una garganta  
Para cantar tus versos inmortales,  
En el templo del génio imagen santa,  
Orgullo de las musas nacionales.  
Si España un monumento no levanta  
Á sus mejores hijos y leales,  
La juventud lo erigirá en tu historia (1);  
*Que el sepulcro es la cuna de la gloria.*

Grande, inmortal ¡oh Anfriso! te venero,  
*Grande, inmortal* te aclama el pueblo hispano;  
Mientras nosotros, entre abrojo fiero,  
Vamos del mundo por el triste llano,  
Como la hormiga vá por el sendero  
Expuesta á que la pise algun villano:  
¿Quién mañana dirá á nuestra memoria:  
*El sepulcro es la cuna de la gloria?*

VENTURA RUIZ ACULERA.

### LISTA.

Deten, oh Bétis, de tus ondas puras  
La sosegada y plácida corriente:  
Llora, que el hado impío,  
Para que ciñas hoy tu régia frente,  
Del árbol de las tumbas  
Te ofrece una corona funeraria.  
¡Lista murió! Los ecos en tu orilla  
Ya no repiten su armonioso canto;

Ya su génio en tus márgenes no brilla;  
Ya solo escucho en la inmortal Sevilla  
Plegaria triste y doloroso llanto.

Ay! un tiempo felice  
Alzabase la Iberia prepotente  
Por su heroico valor en los combates;  
Y desde el mundo por Colon hallado

(1) Alude á la CORONA FÚNEBRE, que los discípulos y admiradores del Sr. Lista, uniendo sus votos á los de la Academia Sevillana de Buenas Letras, le dedican.

Hasta el África ardiente  
Resonaban las liras de sus vates.  
El tierno Garcilaso  
*El dulce lamentar de los pastores*  
En sus versos dulcísimos cantaba;  
Y de Granada el cisne peregrino,  
En éxtasis divino,  
Las delicias del Cielo  
Con la voz de un arcángel ensalzaba.  
Ercilla, que el acero  
Victorioso blandía,  
Pulsó la lira que pulsara Homero;  
Y Herrera, al ver de la gloriosa España  
La victoria, y del árabe el espanto,  
Cantó sublime la inmortal hazaña  
Del vencedor invicto de Lepanto.

Todo era gloria y esplendor. Las musas  
Del Parnaso dejaron los vergeles,  
Do nacen los laureles,  
Y á la Iberia volaron,  
Prendadas de la orilla encantadora  
Del manso Bétis. Las ilustres sombras  
De los antiguos vates, de sus tumbas  
Es fama que se alzaron,  
Y gozosas riendo,  
A los vates de Iberia saludaron.  
Mas ¡ay! que del destino  
El fallo inexorable,  
Á tanta prez y gloria  
Guardaba triste suerte y lamentable.  
Noche oscura al hermoso y claro día  
Sucedió, de pavor y horrores llena;  
Noche de mas de un siglo, que extendía  
Su densa sombra á la region amena  
De las divinas Artes....  
De tinieblas cubrióse  
El ibero Parnaso;  
Las musas de él huyeron,  
Y del olvido en la mansión se hundieron  
Los cánticos de Herrera y Garcilaso.

¿Y así la ilustre España,  
La bella Andalucía,  
La patria del amor y la poesia,  
Que el claro Bétis con sus ondas baña,  
Sin cantores que al viento  
Dieran el son de sus acordes liras,  
En silencio profundo, para siempre  
Yacer pudiera? No: de las orillas  
Del Bétis caudaloso

Nacer debía un astro esplendoroso  
Que el claro Sol del inmortal Rioja  
Reflejára,.... y nació. ¡Lista! Las musas,  
Al despuntar tu aurora,  
Alegres sonrieron,  
Y las densas tinieblas,  
Heridas por tu luz, se deshicieron.

Tal cuando noche umbría  
Llena al mundo de espanto,  
Cuando no ostentan su color las flores,  
Cuando no entonan su armonioso canto  
Los tiernos ruiseñores,  
Y tan solo se escucha  
De ave funesta el áspero graznido,  
Por la doliente Eco  
Allá entre los peñascos repetido;  
Huye la obscuridad, nace la aurora,  
Tiñe el vívido sol al horizonte  
De divino matiz, brilla su lumbré,  
Que del lejano monte  
Dora la verde y empinada cumbre:  
Entonces á porfía  
Las aves, con sus trinos melodiosos,  
Cantan por saludar al rey del día;  
Las flores mil balsámicos aromas  
Exhalan de sus cálices pintados,  
Cubiertos de rocío;  
Y con sus ondas de cristal el río  
Baña rielante los amenos prados.

Así Lista nació. Su antigua gloria  
La Iberia recordando,  
Escuchó de cien liras  
De dulcísimo son el eco blando;  
Cien liras que templadas  
Fueron por Lista en su saber profundo....  
Oh! por qué mas brillar su gloria pueda,  
Que lo digan al mundo  
Los manes desgraciados de Espronceda.  
Lista! ¿por qué á la tumba  
Bajaste para siempre? Los cantares  
Que otro tiempo entonabas,  
¿Por qué no llenan la region del viento  
De mágica armonía?  
La ansiosa juventud en su ardimiento,  
¿Dónde segura guia  
Hallará que, cual tú, clara le muestre  
La oculta senda que al Parnaso guia?  
Ay! triste llanto brota  
De mis dolientes ojos:

Tu lira yace para siempre rota;  
Ya no quedan de tí mas que despojos!

Mas ¿adónde me lleva el desvarío  
De mi dolor acerbo? ¿por ventura  
Puede la muerte fiera  
Oscurecer del sol la lumbre pura?  
¿Y del génio la luz, que resplandece  
Como el sol en el cielo, en el olvido  
Se hunde acaso jamás, ni se oscurece?...  
No, Lista; tú no mueres, porque ardia  
Del genio en tí la inspiracion, y el genio  
Un destello es de Dios. Tu augusta sombra  
Se alzará de esplendor y gloria llena;  
Tu lira armoniosa,  
Que aun en los aires suspendida suena,  
Será por mil naciones escuchada;  
Y tu fama gloriosa

En las alas del tiempo  
Á edades remotísimas llevada.

Si, Lista; tu memoria  
No morirá jamás. Ilustres vates  
Alzan su voz para ensalzar tu gloria.  
Perdona si mi lira,  
En son desapacible,  
Osa tu nombre profanar: suspira  
Mi pecho de dolor, y en su tormento,  
Quiso un ay exhalar que tú escucháras,  
Y yo no supe contener su aliento.....  
Llorad, vates de Iberia;  
Llorad, musas, tambien! Eco doliente  
Repita vuestra fúnebre plegaria;  
Y «¡Lista!» murmurando tristemente;  
Ornad ceñida de ciprés la frente,  
Con laureles su tumba solitaria.

JOSÉ BENAVIDES.

A ALBANO EN EL ANIVERSARIO DE LICIO.

SONETO.

¿Por qué en lóbrega noche me despierta  
Insólito rumor, que el aura hiende,  
Y un nombre caro por dó quier extiende;  
Nombre que el labio á pronunciar no acierta?

¡Ay Albano! conmigo á la desierta  
Tumba de *Licio* en tu dolor descende;  
Qué présago mi pecho ya comprende  
Esa undisona voz, que vaga incierta.

La del Bétis será, que el pátrio duelo  
Renueva por el vate esclarecido;  
Orgullo de sus márgenes un día.

Ven, pues, y suban al benigno cielo,  
Á par que nuestro lúgubre gemido,  
Los tiernos votos que mi amor le envía.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

(\*) Mi querido amigo el Sr. D. José Maria de Álava y Urbina.

## ELEGÍA.

Luto en mi corazón, llanto en mis ojos,  
Desaliento tristísimo en mi alma,  
Dulces recuerdos, del dolor abrojos,  
Hay, mientras gozas apacible calma:  
Fresco el laurel sobre tu helada frente,  
Verde del triunfo la guerrera palma.

Brilló tu génio en su rosado oriente,  
Sin menguar sus hermosos resplandores  
Hasta claro morir en occidente.

Festivo y animado en sus albores;  
Grave en la edad de la razón severa,  
Faro de cien ilustres trovadores.

Como al rayar la tibia primavera  
Con su manto de flores se engalana,  
Señora de los campos, la pradera;

Así al rayar tu fúlgida mañana,  
En los campos del génio y la poesía  
Brotó soberbia juventud lozana.

Vió tu luz y, tomándola por guía,  
Al parnaso marchó, siempre en la senda  
Que tu génio fulgente descubría.

Tú de conciliación fuiste la prenda  
Entre el vate fogoso, que á los cielos

Quiso subir sin brújula ni rienda,  
Y el que, cano de estudios y desvelos,  
Nunca intentó mover su torpe planta  
Del polvo que pisaron sus abuelos.

Tú con afán continuo, con fé santa,  
Al niño condujiste de la mano  
Que con triste laud tu gloria canta.

Y bánclo otras veces del anciano,  
Sus últimas lecciones á tu mente  
Iban como el arroyo al Oceano.

Y en ellas fecundadas de repente,  
Brotaban de tus labios en raudales  
De pura y hermosísima corriente.

Pisando del sepulcro los umbrales  
Á felices discípulos tu herencia  
Repartiste de bienes inmortales.

Á uno tu virtud, á otro tu ciencia,  
Y á todos, rica página de historia,  
El tesoro oriental de tu experiencia.

Lista descansa en paz: palmas de gloria  
Y laureles ocultan tus despojos;  
Mas deja para siempre tu memoria  
«Luto en el corazón, llanto en los ojos».

JUAN DE ARIZA.

## SONETO.

No dura, no, la gloria que la espada  
Conquista del estúpido guerrero,  
Gloria de sangre y llanto lastimero  
Y de fúnebre luto acompañada.

Tributa, sí, la plebe fascinada  
Víctima siendo, aplauso lisongero  
Al sanguinario triunfador, empero  
Será al fin su memoria detestada.

No de la ciencia así muere la gloria  
Cual la que, oh Licio, á tí te circunja,  
De que lumbre benéfica dimana.

Que ha de vivir unida tu memoria  
Á los ilustres nombres siempre, fía,  
De Herrera, de Leibnitz y Mariana.

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y LAS CASAS-DEZA.



ODA

El bueno, el que dilata  
su corazón con el ageno miedo,  
cual su ramaje el cedro  
con el arroyo de luciente plata  
que el pié le besa con murmurio leve;  
aquel en cuya frente augusta nieve  
colocaron los años sin desdoro,  
ráudos pasando y viéndole tranquilo  
de ciencia y de virtud rico tesoro;  
aquel que en salmodiar con arpa de oro  
fué en Iberia maestro  
tan sublime y tan diestro;  
aquel del sumo Dios ministro digno  
que su palabra por do quier envía  
ora en solaz benigno,  
ora tronando contra el vicio osado,—  
ya ha perdido la luz del claro día  
y en tinieblas de muerte está sentado.

Los hijos de la hispánica armonía,  
con lágrimas los ojos,  
endechas dan al viento  
junto al noble sarcófago que guarda  
de LISTA los despojos:  
voz suena de quebranto  
cuando extiende la noche el negro manto,  
y cuando el orbe de fulgor se viste;  
que ALBERTO ya no existe.  
Mas no mi acento al cántico de luto  
de la tierra unir quiero: ¿fuera gloria  
en sollozos rendir pobre tributo  
al justo, en el gran día  
de su mayor victoria?  
Prorumpen en son de triunfo, lira mía.  
No hay olvido ni encono  
para el sábio en su huesa  
que hasta la envidia besa,  
y el que miráis sepulcro ved que es trono.

Por entre campos de genial verdura,  
soberbio resbalando,  
con pompa magestoso  
corre espumante el Bétis caudaloso  
hacia la mar, que dominar procura  
con su altiveza, cuando

del divo Ferdinando  
la ciudad al bañar, el curso tiene  
súbito oyendo un eco  
que entre cadencias sube  
por el espacio hueco,  
como de incienso vaporosa nube.  
La sombra de Rioja y la de Herrera  
de LISTA el nombre por do quier difunden,  
y sus encomios cunden  
para alto honor de la region ibera.  
Ya el coro de los vates castellanos  
la hostia de alabanza  
mándale hermosa y pura,  
resonando cien arpas en sus manos  
ora desde el Arlanza,  
ora desde el Segura,  
desde el Turia, ó el Ebro, ú el Henares,  
desde el Tajo famoso,  
desde el envanecido Manzanares.  
¡O triunfo glorioso  
que á la virtud, con el saber profundo  
en consorcio fecundo  
y rarísimo unida,  
niega tal vez en vida  
pero en muerte le otorga el débil mundo!

Tornad hora la niente  
á la region serena  
de eterna beatitud y soberana;  
tornadla, hijos de hombre,  
y remitid la inconsolable pena.  
Conmuévense los cielos de contento,  
siete veces los ángeles «¡hosana!»  
en dúlcido concento  
repiten cabe el solio del Cordero;  
que de ALBERTO el espíritu brillante  
mas que la luz del matinal lucero,  
en la Sión triunfante  
se regocija, y el querube ufano  
bate las palmas y lo llama hermano.  
¡Oh! no en el mundo solo,  
ya explende LISTA en el excelso polo.  
Juan de la Cruz, el Sacerdote Santo,  
el cantor de la mística terneza,

la estola de belleza  
allí le entrega en inefable encanto:  
Granada, el de dulcilocuos acentos,  
le muestra los portentos,  
y el solo visto allí rico tesoro  
de la ciencia divina:  
Teresa peregrina  
dale su pluma de oro:  
Leon y Valdivieso  
paz en el rostro con fraterno beso;  
y Lope y Calderon, en los vergeles  
de la vida eternal recién cogidos  
mil inclitos laureles,  
de soles mil en el fulgor teñidos.  
Así avanza al altar de los perfumes  
el nuevo morador del alma cielo,  
y al punto en sus oídos  
la voz de la eleccion retumba pura  
con indecible armónica dulzura.  
«—¡O bendito del Padre Omnipotente!

«ven el premio á gozar que conquistaste:  
«lloré, y me consolaste;  
«hambre tuve, y el pan me diste humano;  
«gemí con sed ardiente,  
«y el hidria ansiada me alargó tu mano;  
«por tinieblas de errores discurría,  
«y tú alumbraste la insipiencia mia.»

¿Qué mas para tu gloria aquí en la tierra  
ni allá en la eternidad, sereno y puro  
espíritu que encierra  
la beatitud del inmortal seguro?  
Permite que entre cánticos te implore:  
otro habrá que te llora  
si no repara tu envidiable suerte,  
si no recuerda tu virtud constante,  
si no avalora la tu ciencia estraña  
con férvido alborozo.  
¿Qué hizo contigo el ángel de la muerte?  
Dejar tu nombre por blason á España,  
y trasladarte á la mansion de gozo.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

El DESTINO á la MUERTE un sabio entrega,  
y ella, de acero y de rigor armada,  
abandona su lóbrega morada,  
y al triste lecho de un anciano llega.  
Lánzale de desprecio una mirada:  
alza la fuerte mano,  
y con el hierro insano  
la cerviz quebrantar quiso de LISTA;  
mas luego aparta con horror la vista.  
Vacila, tiembla, acometer no puede:  
á herirle vá de nuevo, y retrocede.

«¿Ya tus negros rencores se apagaron?  
«¿Ya se perdieron tus feroces bríos?  
«Para no obedecer decretos míos  
«en ese angosto lecho ¿qué encontraron?  
«¿vuelven atrás las aguas de los ríos?  
«cúmplase al fin la suerte:  
«arma tu diestra ¡oh MUERTE!  
«cobra al instante la virtud perdida,  
«y de un golpe no mas corta una vida,

«ó sierpes enroscadas y terribles  
«oprimirán tus brazos invencibles.»

Dice el DESTINO en temeroso acento:  
su pecho cerca de implacable saña:  
el rostro, ya caduco, en ira baña:  
huella las nubes, donde fué su asiento.  
El cetro erguido vuelve contra España;  
y con fiero semblante  
y mirada arrogante  
á la MUERTE señala el sabio mismo.  
Las furias espantosas del abismo,  
al escuchar su voz se estremecieron,  
y los génius del mal se sonrieron.

La MUERTE que en las luchas y matanzas  
no perdona á los héroes afamados,  
é introduce en los pechos esforzados  
la punta azul de las ardientes lanzas,  
los ojos torna en lágrimas bañados:  
obedecer no quiere,

y al fin á LISTA hiere.  
Huye al cumplir la saña del DESTINO,  
y el arma arroja en su veloz canino.  
Á su gruta sombrosa se retira;  
y en ella ruge y con furor delira.

Llorando perlas y vertiendo flores,  
la FAMA entónces su carroza mueve:  
igual su vestidura es á la nieve,  
al relámpago igual en los fulgores.  
Surca las auras con murmurio leve,  
y deja atrás las lomas.  
Mil doradas palomas  
la siguen para ver qué nombre aclama.  
Las trompas cien se escuchan de la FAMA:  
llena su son los ámbitos del mundo;  
y aun las negras entrañas del profundo.

¡Ya Lista es inmortal! dicen los montes,  
¡Lista inmortal! los ecos resonantes:  
¡Gloria á Lista! con letras de diamantes

y en nubes de coral los horizontes.  
¡Gloria á Lista! los pueblos mas distantes,  
¡Lista! las blandas rosas,  
las aves cariñosas,  
y el cedro sobre riscos levantado.  
De esmeraldas lucientes coronado,  
Guadalquivir lo aclama en su ribera;  
y hasta en su tumba lo repite Herrera.

¡LISTA INMORTAL, en cuanto abarca el cielo!  
por tí la muerte, de dolor ceñida,  
su diadema de estrellas guarnecida,  
trueca en ciprés, como en señal de duelo.  
Ignora que en la fama tienes vida,  
que un laurel te corona,  
y Sevilla pregona  
al orbe entero tu virtud y ciencia.  
¿Quién opondrá á tus glorias resistencia?  
Para un alto renombre esclarecido,  
¿qué valen ya las aguas del olvido?

ADOLFO DE CASTRO.

Tú que ciñendo en el divino monte  
délfico lauro, egemplos diste al arte,  
reglas al gusto, afectos al poeta  
con que obligado amarte.

De la española juventud bizarra  
maestro, amigo, y émulo glorioso;  
en olímpicas justas fuerte atleta,  
y siempre victorioso.

Moriste al mundo como el justo muere:  
moriste al mundo como muere el vate:  
cual puro lilio al tramontar del día;  
cual héroe en el combate.

¿Qué á mi dolor que para siempre vivas  
en los anales de la eterna historia,  
y de la patria á quien sirvió tu ingenio  
en la dulce memoria;—

si al tierno pecho tu recuerdo grato  
constante aflige, y amistad y amores  
mi pena colman, y el divino Bétis  
con lúgubres clamores?

¿Cuál se difunden hasta el alto olimpo,  
cuál del poniente á la rosada aurora,  
cuál por los valles con tu voz alegres,  
huérfanos, ay!, ahora!

¿Será consuelo en el terrible caso  
pensar que nunca tu virtud sencilla  
olvido encuentre en la que fué tu cuna  
olivífera orilla?

¡Débil consuelo! Cuando mas tu amigo  
repara absorto que llegó á perderte,  
mas abundantes de los turbios ojos  
tristes lágrimas vierte.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

## ESPAÑA.

¿Por qué al ceñir la aurora  
Su diadema de fulgidos corales  
Con el preciado aljófár penas llora,  
Por qué en el Bétis que su lumbre dora  
Guarda el cisne sus plumas virginales?

¿Por qué la brisa leda  
no repite el rumor de la alborada,  
placentero sonando en la arboleda,  
por qué la palma en el jazmín se enreda  
sin esguir su cabeza coronada?

La luz febéa, el río,  
espejo de la reina de las flores,  
y las aves y el verde praderío,  
como al rayo del Sol albo rocío  
perdieron al cantor de los cantores:

Al que nació á la sombra  
de la gentil Giralda y sus vergeles,  
y en ovación, que al universo asombra,  
llevó hasta su sepulcro por alfombra  
de los vates de España los laureles.

Todos, todos un día  
buscaron con ardor la fuente pura,  
donde su excelsa inspiración bebía,  
y mas amó por él la patria mía  
el valor, la virtud y la hermosa.

Que si su lira al suelo  
revelaba las dichas eternas  
en himnos de esperanza y de consuelo,  
se descorría el pabellón del cielo,  
por acoger sus cantos inmortales.

Y cuando la grandeza  
cantaba altivo de la patria historia,  
respondían cien sonos de entereza;

y ensalzando feliz tanta proeza,  
era su gloria la española gloria.

De Rioja los acentos  
por él volvió á escuchar el mediodía,  
y suspirando á su canción los vientos,  
volaron por los rotos monumentos  
de Itálica en rumor que estremecía.

Y bosques y jardines  
ofrecieron prodigios á millares  
de Hispalis en los fértiles confines,  
y se alzaron, rizándose los mares  
sobre la blanca sien de los delfines.

Y el ancho prado ameno,  
la dilatada vega, el monte oscuro,  
el fresco arroyo límpido y sereno  
y el cielo azul, de resplandores lleno,  
dieron auras por él al aire puro.

Por él, que en soberana  
feliz inspiración y amor profundo  
y magnífica pompa y fé cristiana,  
bendecía, extasiándose en su *hosana*,  
resucitado al Salvador del mundo.

De pesares rendido  
el pecho, que acongoja el sentimiento,  
quiere pasar al plectro mal herido  
su dolor y su lúgubre gemido,  
y el plectro salta con furor violento.

Recibe tú mi llanto, amiga sombra,  
y al mirar de Sevilla los vergeles  
desde tu gloria, que á la tierra asombra,  
contempla en tu sepulcro por alfombra  
de los vates de España los laureles.



## PLEYAS

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo  
(GARCILASO).

Arpa de los dolores, lauz a al viento  
tus lígubres sonidos,  
y revela en siave melodía  
que bien puedes gemir pues eres mía.  
La delicada flor del sentimiento  
el mundo no respeta,  
y no tiene esa flor otro rocío  
que el abrasado llanto del poeta!...

Arpa querida, entre tus cuerdas de oro  
las auras de la noche suspirando,  
un *ay!* te arranquen de dulzura henchido  
del címbalo sonoro  
al funeral tañido.  
Ese bronce sagrado,  
nuncio de muerte, ¿por ventura cuenta  
la postrimer victoria de un soldado?  
Fué tal vez ese cuerpo inanimado  
de audaz guerrero que en combate rudo,  
sediento de matanza,  
arrojó con desden el aucho escudo  
el asta enrojeciendo de su lanza?

Nó, que á Belona impía  
rechaza el alma del varon sublime,  
que en la modesta vida de los sábios  
y en retiro profundo  
la paz disfruta que nos niega el mundo.  
El padre Bétis adornára un día  
de espigas de oro y pámpanos y flores  
el divino laud con que solía  
cantar el dulce Anfriso sus amores.  
Hispalis bella le ciñó de lauros,  
mas nunca entre el fragor de las batallas  
ostigó con el látigo estallante  
de Mavorte al bramido  
los caballos del carro resonante;  
que no envidia de César y Alejandro  
el victorioso acero,  
sino la santa inspiracion que hervía  
en las almas de Pindaro y Homero.

—Anfriso! tieruo vate,  
que allá en un tiempo, cuando Dios quería,  
del Bétis en la mágica ribera  
y al esconder el Sol su frente roja  
en cítara imitabas placentera  
los inspirados cantos de Rioja;  
¿quién me dijera la apacible tarde,  
en que suspenso de tu labio oía  
el dulce lamentar de Garcilaso  
y del divino Herrera la armonía,  
al ver tus ojos animarse ardientes  
de nuestra antigua escena  
la gloria al recordar que el orbe llena;  
que el Sol al sexto día  
la losa de tu tumba  
con moribundo rayo bañaría?

Tú el géuio me pintabas del gigante  
que de su númen poderoso en alas  
y entre el aplauso y estupor del mundo  
al Pindo supo remontarse un día,  
disputándole allí su estro fecundo  
laureles á Talía.  
Divino Calderon! Sombra sagrada,  
águila ardiente, cuyo rándeo vuelo  
la humanidad contempla entusiasmada,  
tu ingénio soberano,  
tu rica fantasía  
al describir el hombre y la natura  
la obra misma de Dios embellecía.  
La clara luz de tu divina mente  
al anciano sublime electrizaba  
que exclamar ha podido:  
Calderon! Calderon! te he comprendido!

—Todo pasó!... y el hombre  
que raudales de ciencia derramaba  
ya de Newton siguiendo el alto vuelo,  
ya anhelando ganar con firme paso  
el sendero que guía  
á la escabrosa cumbre del Parnaso,

descendió de la nada al hondo abismo!  
Mas ¿qué importa, si el ángel de la gloria  
con su voz inmortal los aires llena  
y salva del olvido su memoria?

Mirad cual marcha silencioso y triste  
un pueblo todo en funeraria pompa,  
no al poder adulando y la fortuna,  
(Dioses que adora en su ambición el hombre).  
Todos un mismo nombre  
murmuran afligidos  
y hermanos de dolor son sus gemidos!...

Qué importa en blando lecho,  
teñido con el murice de Tiro,  
mirar al indolente poderoso  
que entre lujo y honores  
oye lisonjas aspirando flores?  
Qué vale una corona,  
metal caliente que la sien abrasa,  
carga que al rey bajo su peso oprime,  
ante el laurel divino  
que alcanza con sus cantos el poeta  
burlándose del tiempo y del destino?....

No en cuna de marfil el primer sueño  
mece del tierno infante la fortuna,

ni de siervos cercado  
la ley de sus pasiones y capricho  
en juvenil edad impone osado.  
No le sorprende en vergonzoso lecho  
de torpe cortesana  
el perezoso albor de la mañana;  
ni en copas de oro fino,  
coronadas de flores, saborea  
los nectares de Chipre y de Salerno,  
vogando siempre ansioso  
del placer en el mar tempestuoso;  
que en perpétua vigilia  
recorre oscuros y remotos siglos  
y atesora la ciencia,  
y cubriendo su sien blancos cabellos,  
clama con voz potente:  
«lauros me dad para ceñir mi frente».

El mundo te los dió! Tu claro nombre  
será, Anfriso, blason de nuestra historia;  
el sueño de la gloria  
duerme, pues, para siempre, anciano ilustre,  
bajo la angusta bóveda del templo  
que guarda al par ufano  
las cenizas de Arguijo y de Montano!

EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

SUN&W

No pidáis, nobilísimos despojos,  
Á mi pobre laúd la voz del canto!  
Pedid al hombre fervoroso llanto,  
Y llanto os rendirá, puesto de hinojos.

¿Sábio! ¿Por qué dormir veo tus ojos  
Que tanto vian y alcanzaban tanto?  
¿Vate! ¿Por qué tu voz en estro santo  
Ya entusiasmo no inspira ó calma enojos?

Lista responde: «*En cantos perenales  
Mi labio loa á Dios, y veo pio  
Mas que ántes vía.... ¿y me llorais, mortales?*»

Y yo digo: «*¿Es verdad!*» Y me sonrío,  
Y adoro los decretos eternos,  
Y en consuelo se trueca el llanto mío.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

«Gloria á tí, Señor Dios de las alturas.  
Gloria á tu ombre, si nos das consuelos.  
Gloria á tí, si amarguras.  
A tu divina planta  
Alfombra son los estendidos cielos:  
Sobre estrellas tu trono se levanta:  
Tu diestra abarca el anchuroso mundo.  
Alábente á porfia  
Tus criaturas, Señor, en la alegría,  
Cual hoy te alaban en dolor profundo.»

«¿Y qué, no fué bastante  
Á suspender el fallo soberano  
Del pueblo tuyo la plegaria amante?  
¿No bastó al sábio, al venerable aneiano,  
Al varon eminente  
Esa ciencia inmortal que tú le diste  
Y que, cual sol, de tu esplendor se viste?  
¿Cómo tu amor consiente  
Que segur homicida  
El hilo corte á tan preciosa vida?»

Así exclamaba envuelta en triste luto  
La gran ciudad que el Bétis Reina acata  
Dándole por tributo  
Oro á su frente, á su eterno plata.

Contempládlá ora allí: eruda saeta  
Laeera el alma con dolor tremendo.  
Oídla allí los ayes repitiendo  
Que en boea de Sión lanzó el profeta,  
Cuando en eco doliente  
Á estraños pueblos, á ignorada gente  
*Vosotros que pasáis* (triste decia)  
*Mirad si hay pena cual la pena mía.*  
Vedla, mústio el color, la faz llorosa,  
Postrada ante la losa  
Que guarda de un mortal caros despojos,  
Regándola con llanto de sus ojos.

¿Qué mucho, si aquel nombre allí esculpido  
Se alzó sobre las alas de su gloria  
Grande do quier, do quiera enaltecido?  
¿Qué, si en tanta vitoria  
Dióle el saber pacífica conquista?  
¿Qué mucho, si aquel nombre era el de Lista?

Mas—¿cuál célico son, cuál suave encauto  
El alma entre dulzuras enagena  
Y dá vado al dolor, treguas al llanto?  
¿Cuya es la voz que sobre la alta cima  
De los collados y los montes suena?  
¿El arpa es de David que á Dios sublima  
Y en nueva inspiracion, férvida y santa,  
Del gran Jehová las maravillas canta?  
¿Por qué al mágico acento  
Su curso eufrena el rio,  
Abandona la fiera el ántro umbrío,  
Las aves callan y enmudece el viento?

Mirad: un ángel es: su vestidura  
Sobre la luz del sol nítida esplende:  
Ámpo de nieve no igualó su alburá:  
Cual meteoro los espacios hiende:  
Ya el pié á la tierra toca.  
Esechad las palabras de su boca:

«Pia ciudad, en cuya fuerte almena  
Levantó de la cruz el estandarte  
Un Rey, eristiano Marte,  
Que fué por su virtud y por su acero  
Gran Santo, gran Monarea y gran guerrero;  
Yo, nuncio del Señor que oye tu pena,  
Yo la paz vengo á darte,  
Voz del Eterno por mi labio suena.»

«Nace el hombre á morir: breve es la vida;  
Mas allá, eternidad. Anté ella un velo  
Puede, porque del mundo la divida.  
¿Guai si osa levantarlo humano anhelo!  
Empero si el destino  
Fijó al mortal inevitable suerte,  
Si Dios del hombre puso en el camino,  
Para que vuelva á su Hacedor los ojos,  
Por término la muerte  
Y en vez de flores ásperos abrojos,  
En cambio iluminó su entendimiento  
Con luz que al bruto veda,  
Porque en remota edad viva su aliento,  
Porque en su fama eternizarse pueda.»

«Feliz quien lo aleanzó: dichoso el lábio

Cuya palabra trinidad del olvido:  
Feliz el que la tierra llamó sábio.  
No será maldecido  
En los siglos jamás su hermoso nombre,  
Como el de aquellos que en su furia alzaron  
Sobre la humana sangre su renombre,  
Porque la humana sangre derramaron.»

«Paz á la tierra: la eternal clemencia  
Abomina el rencor, la impía saña.  
Gloria á tí, luz de Dios, gloria á tí, ó ciencia.  
Gloria también á tí, vergel de España,  
Cuyo fecundo suelo  
Dió el ser á tanto ingenio peregrino.  
Ellos tendieron hasta el sol su vuelo:  
Sí Rioja grande, Herrera finé divino.»

«Cual ellos eminente

Otro hijo pierdes; mas esplendorosa  
Su fama queda á la remota gente.  
Cabra sacro laurel su humilde losa,  
Y al Dios omnipotente  
Entonando loores  
No des llanto á su tumba, sino flores.»

Tal dijo; y dando al viento  
Sus alas de zafir, de nácar y oro,  
Raudó se eleva hasta el celeste asiento,  
Do eterno canta de ángeles el coro.  
Ya cual arista leve  
Que el huracan arrastra en su bravura  
Débil su luz ríela allá en la altura,  
Y ya, cual punto en los espacios breve,  
El divino quernbe  
Desaparece en los senos de la nube.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



Debió Lacio al influjo de los cielos  
espíritu inmortal, do relucía  
de profundo saber la llama pía,  
aún de caduca edad bajo los hielos.

En su acento amoroso halló consuelos  
El anciano infeliz; el mozo, guía;  
y á la niñez, como Jesus decia:  
«dejad llegar á mi los pequeñuelos.»

Rindió á la tierra el cuerpo: al aire lanza  
la fama el eco de su voz robusta,  
los ámbitos llenando en su alabanza;  
y mas allá, sobre la rueda augusta,  
del Hacedor la eterna bien-andanza  
dá á sus virtudes recompensa justa.

EMILIO OLLOQUI.



A LA MEMORIA DE ANFRISO.

Bendita sombra del que amé de hinojos  
 en el silencio de mi hogar lejano:  
 sombra que brillas á los rayos rojos  
 del sol de España.....;Venerable anciano!  
 Jamás besé tu consagrada mano;  
 jamás te vieron mis oscuros ojos....  
 Mas yo te amaba, porque el cielo quiso  
 que amaran todos al modesto *Anfriso*.

Todos, sí: todos á tu hermoso oriente  
 la mirada anhelante dirigian,  
 y con la luz de tu radiosa frente  
 de virtudes y ciencia se nutrian:  
 ay!.... mientras todos el saber bebían  
 en la mas pura, cristalina fuente,  
 solitario en la tierra que moraba  
 de ciencia á mi la sed me devoraba!

Y tu fuente busqué....mas la insegura  
 planta infantil do quiera tropezando,  
 erró sin norte por la tierra impura  
 hora tras hora el manantial buscando:  
 su murmurio una vez con eco blando

llegó á mi oído entre la niebla oscura,  
 y al lanzarme á su limpida corriente  
 la mano del Señor secó la fuente.

Y conmigo en lamentos dolorosos  
 rompió la juventud, que en él perdía  
 maestro, sus ejemplos portentosos:  
 caballero, su mística hidalgua:  
 filósofo, su gran sabiduria:  
 amigo, sus consuelos cariñosos:  
 poeta, sus bellísimas canciones:  
 ministro del altar, sus bendiciones.

Ay!.... solo nos quedó de tantos bienes  
 de tantas glorias y de orgullo tanto,  
 el supremo laurel que ornó sus sienas,  
 y el eco dulce de su puro canto.  
 ¡Riegue su tumba nuestro amargo llanto....  
 y mientras en el Pindo haya Hipocrenes  
 himnos se entonen á su limpia gloria  
 que al mundo leguen su inmortal memoria!

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

ELEGÍA

Sunt lachrymæ rerum.  
 (VIRG. ENEL. LIB. PRIM.)

Jamás el cielo altera  
 De la parca voraz el fallo triste:  
 Pasa la dicha cual fugaz quimera;  
 Pasan las flores en que Abril se viste;  
 Pasan las ilusiones ¡ay! la suerte  
 Nos muestra hasta en el sueño  
 La imágen viva de la horrible muerte.

Mirad: la tumba encierra  
 Del caro Licio el corazón, que amores  
 Y virtud esparció sobre la tierra,  
 Y de la ciencia las preciadas flores:  
 Que á la patria, al gimnasio y mi ternura,  
 Le arrebató inclemente  
 El hado avaro de su lumbre pura.

Sus cánticos suaves,  
 Que poblaban las béticas riberas  
 De luz, de bosques, de pintadas aves,  
 De pastores y ninfas placenteras,  
 Breves pasaron como el blando aliento  
 De modesta azucena,  
 Que trunca y aja en su furor el viento.

También cual humo leve  
 Pasó la edad, en que enseñó inspirado  
 El giro lento de la casta Febe  
 De luces tías y zafir cercado.  
 Y cómo anuncia la naciente aurora  
 Del rojo sol la llama,  
 Antes que asome por la mar sonora.

Cómo á su faz radiante  
Se colora la flor, y el manso río  
En su trémula linfa de diamante  
Retrata el cielo y el ramage umbrío:  
Y la creacion se anima, y desaparece  
La noche, y sale el día,  
Y canta el ave y el pensil florece.

Cómo espira su lumbré  
Y al orbe envuelve funeral desmayo,  
Si el trueno agita la celeste cumbre  
Y el aire enciende el fulgurante rayo.  
Y cómo el Ponto con fragor resuena  
Y en ráudos torbellinos  
Rompe sus olas en la blanda arena.

Cómo en su alegre vuelo  
El toldo oscuro desvanece el aura;  
Y en qué regiones se eterniza el hielo,  
Y en cuáles Febo su vigor restaura.  
Y cuál dá el Cáncer el dorado grano,  
Y el otoño racimos,  
Y bellas pomas el Abril lozano.

Cómo el deleite impuro  
Cegó en su orgullo á Babilonia altiva,  
Y atrajo á Ciro á su soberbio muro,  
Para postrarse ante sus pies cautiva.  
Que no á los pueblos el poder y el fansto,  
Si en torpes vicios yacen,  
Libraron nunca de destino infausto.

Mirad, nos dijo, á Grecia  
Sublime en Maraton y en Salamina,  
La inmensa Roma y la inmortal Venecia  
Emulando á su gloria su ruina.  
Mirad cuál paga su arrogancia loca  
El heroe de Marengo  
En escarpada y solitaria roca.

Él esplicó la llama,  
Que nuestra frágil existencia anima,  
Que el pensamiento en nuestro ser derrama  
Y al hombre solo en la creacion sublima:  
Que virtudes, amor, saber y anhelo  
De dicha nos inspira:  
Que á Dios conoce, que nos guía al cielo.

Mas ¡ay! pesares solo  
Dejó en mi pecho su postrer suspiro.  
Él cuya fama desde polo á polo  
Llevó el Favonio en susurrante giro:

Él orgullo de Hesperia, el vate, el sabio  
Que enaltecíó su historia,  
Cerró por siempre su divino labio.

¡Ay! sí; dolor y abrojos  
En el desierto de mi triste vida  
Dejó al mirarme con errantes ojos,  
Signo terrible de eternal partida.  
Su lumbré se extinguió. Fiero el destino  
Ni la virtud respeta:  
¡La vida de la muerte es el camino!

Siempre el placer es breve;  
Siempre es largo el pesar, siempre el recelo  
De que espire la dicha turba alevé  
El bien presente que nos manda el cielo:  
Y siempre ¡ay triste! con algun gemido  
Fijamos el recuerdo,  
Que al alma queda tras el bien perdido.

Tal es la vida humana.  
Rica de sueños en la edad florida,  
Inquieta en la viril, triste en la anciana,  
Pasa cuál sombra de la luz herida:  
Y en pos del desengaño le aparece  
La muerte despiadada,  
Y en la insondable eternidad perece.

Mas si al hombre el destino  
Torna en cenizas en la tumba oscura,  
Destello el genio del poder divino,  
El mundo llena y por los siglos dura.  
Y de envidias exento, su memoria  
La tumba purifica,  
Y en ella crece su brillante gloria.

Así entre aplausos suena  
Del alma Licio el divinal renombre,  
Y admirados el Rhin, el Pó y el Sena,  
Tambien repiten su glorioso nombre.  
Y el sacro Bétis que guió su planta  
De la cuna al ocaso,  
Si llora al sabio, sus virtudes canta.

Así el aura, que un día  
En sus playas amenas de hoja en hoja  
Al murmurio del agua repetía  
Los puros cantos del sin par Rioja;  
Hoy ante Licio silenciosa gira;  
Y al ver mudo al gran vate  
Ayes arranca de su dulce lira.

Así Arguijo y Montano ( 1 )

( 1 ) Está enterrado Lista en el mismo templo que los dos insignes varones citados.

Cuando á su lado reposar le vieron,  
Respetosos en himnos sobreltumanos  
Solemne culto á su saber rindieron.  
Uno le muestra con alegre anhelo  
El templo de la fama;  
Otro los triunfos que le guarda el cielo.

Luego en sus alas de oro  
En ráudo vuelo que ahuyentó la niebla,  
Al sabio ascienden al radiante coro,  
Que las mansiones celestiales puebla.  
«Mira, le dicen desde el reino augusto,  
Cúal te aclama la tierra;  
Mira aquí el premio que recibe el justo.»

JOSÉ MARÍA FERNANDEZ-ESPINO.

## ELEGÍA.

En la feraz ribera  
del caudaloso Bétis,  
que en rápida carrera  
rinde tributo á la orgullosa Tétis;  
cuando el ardiente rayo  
del padre sol, en lánguido desmayo,  
por el erguido monte  
que limita el confin del horizonte  
se oculta y desfallece;  
cuando la sombra crece  
y en la region del cielo  
tiende la noche el funerario velo,—  
á la luz de los tibios luminares  
cuya lumbre refleja y se dilata  
en la undisona plata  
envidia de los cisnes del Henáres,  
vertiendo amargo llanto,  
mústia la faz y desceñido el manto  
vagan por entre espesos olivares  
la de inmortal renombre  
sublime Poésia;  
la que codicia, sin lograrla, el hombre  
alma Sabiduria.

De la helénica playa,  
que les brindó sus flores  
de mas gratos perfumes y colores,  
vienen á Hesperia, el corazón bañado  
en acerbo pesar, sobre la huesa  
lágrimas á verter del inspirado.

..... Oh glorioso spirto,

Di: quella fiamma che t' accese, é spenta?  
(G. LEOPARDI, *sopra il monumento di Dante*).

Y de la Parca aviesa  
lamentando el rigor, y del destino  
la bárbara impiedad, en son medroso,  
ambas sacras deidades  
gloria del padre de Faeton divino,  
entre el comun reposo,  
del campo en las desiertas soledades  
alzan la voz para llorar su cuita  
y al murmurio del onda que se aleja  
mezclan el son de su doliente queja.

”¿Por qué, clama la Diosa  
que de natura hermosa  
vence los ricos dones,  
mas rica en delicadas perfecciones;  
por qué yace en el polvo  
la cítara sonora  
que de Virgilio y de Petrarca un día  
emukaba la plácida armonía?  
¿En qué regiones mora  
el egregio cantor por quien la lira  
de Leon y de Herrera  
volvió á sonar en la nacion ibera,  
como blando favonio que suspira  
entre las rosas del vergel orgullo,  
cúal cariñoso arrullo  
de tórtola inocente  
que la llegada de su amor presente,  
como fragor de trueno,  
cúal rayo que desgarrar

de oscura nube el tormentoso seno?

”¿Qué fué de aquella voz enardecida  
que en la pomposa lengua de Cervantes  
naturaleza y vida  
dió á los versos brillantes  
del lirico del Lacio,  
honor de la romana poesía,  
padre del gusto, inimitable Horacio?  
¡Ay que la tumba fria,  
muerta la luz que lo animaba, encierra  
el misero tributo  
que Licio (1) rinde á la cansada tierra!  
¡Ay que en funéreo luto  
vestido el corazon inerte yace!  
¡Ay que bajó á la nada,  
en humo su existencia disipada,  
y en polvo vil su cuerpo se deshace!»

Dijo y calló: de los hinchados ojos,  
alivio de sus males,  
correu anchos raudales;  
y los claveles rojos  
de sus frescas megillas  
convertidos en rosas amarillas  
señales dan de su profunda pena.—  
Ora cárdeno lirio,  
ora blanca azucena  
la diosa del saber alza la frente,  
y al rayo transparente  
de la modesta luna,  
cuya trémula luz brilla en los aires  
sin que enturbie su albor niebla importuna,  
así tambien en lastimero acento  
prorrumpe al fin; y el lúgubre gemido  
que brota de su pecho dolorido  
su afan publica y su cruel tormento.

”¿De qué sirvió para tu dicha, exclama,  
miserio Licio, por el árdua senda  
que al almo templo de mi culto guía  
la juventud encaminar, la llama  
difundir del saber, rasgar la venda  
del estúpido error, el puro gérmen  
del gusto y la virtud con mano pia  
desparcir en la tierra, y en el claro  
fructífero raudal de tus lecciones,  
nunca de ciencia avaro,

nutrir los corazones,  
el alma despertar de cuantos seres  
orgullo de la patria han producido  
enatro generaciones?  
En el hispano lido  
¿quién como tú pudiera  
con exacto compás medir la esfera?  
¿Quién, remontado al cielo,  
la causa investigar que forma el rayo  
y la que engendra el hielo?  
¿Quién descubrir la hoguera  
do nace el Sol, y del alegre mayo  
analizar los jugos creadores  
que dan vida á las fuentes y á las flores?

”¿Y qué para tu gloria,  
qué valió tu saber, émullo digno  
de Píndaro y de Euclides?  
¿De quién fué la victoria  
en las eternas lides  
del *ser* y del *no ser*? ¿Te dió la suerte,  
dióte la inspiracion, te dió la ciencia,  
el triunfo conseguir sobre la muerte?  
¿Qué ha sido tu existencia?  
¿Qué ha sido sino hojuela deleznable  
que arrebató del tronco  
el ábrego implacable,  
y, en invisibles átomos partida,  
el torbellino bronco  
dejó en la vasta inmensidad perdida?”

El labio sella: y, como dócil suele  
doblar la caña su penacho altivo  
al frémito del austro que la impele,  
así tambien al sentimiento vivo  
doblada la cerviz, en ancha vena  
llanto derrama, sin ballar consuelo  
al último dolor que la enagena.  
Mas súbito aparece  
por el tendido cielo  
cándida luz de inmarcesible aurora  
que el brillo de los astros oscurece,  
y monte, y llano, y rio  
en visos mil expléndida colora.  
Jamás albo rocío,  
á los fuegos del sol mintiendo soles,  
en pluvia aljofarada  
pudo copiar tan bellos arboles.

( 1 ) El Sr. Lista ha sido generalmente conocido bajo los poéticos pseudónimos de *Licio* y *Anfriso*. Hemos preferido aplicarle en esta ocasion el primero, por acercarse mas que el segundo á su verdadero nombre.



En éxtasis divino arrebatada,  
jamás el alma pura  
vió luz tan celestial, tanta hermosura;  
y en la nítida llama  
que tierra y mar y firmamento inflama,  
nuncio de paz y de ventura, brilla  
la Religión sencilla,  
tal como un día se ostentó en la cumbre  
do el cetro de Luzbel rompió en pedazos,  
donde elevó la humanidad sus brazos  
libre de ignominiosa servidumbre!

«¿Por qué, dice amorosa,  
por qué bañados vuestros ojos miro  
en tan acerbas lágrimas, y el pecho  
exhala hondo suspiro?  
¿Qué áspero nudo estrecho  
así os oprime el corazón, que late  
con presura cruel? ¿Por qué del labio  
no cesa el lamentar? ¿Quién pone susto  
á vuestros nobles ímpetus?...—El vate  
no perece jamás: no muere el sábio:  
no hay muerte para el justo!»

¡Cuánto, cuán verdadera  
tu voz es, Religión! Cese la fiera,

congoja que oprimía  
mi atribulado espíritu, y en sombras,  
cual de noche sin astros, me envolvía.  
Licio no ha muerto! El virginal perfume  
que derramó en la tierra  
su casta inspiración no se consume,  
ni en destructora guerra  
podrá extinguir la estéril ignorancia,  
con envidiosa mano,  
del árbol de su ciencia soberano  
la que al suelo esparció dulce fragancia.

Licio no ha muerto! En la región divina,  
donde jamás declina  
de mil soles y mil la lumbre clara;  
donde nace el Amor, donde florecen  
la amante Caridad, la Virtud rara,  
la Esperanza feliz, allí le ofrecen  
cien ángeles y cien puerto abrigado  
de inextinguible dicha circundado.  
Entre falange hermosa  
de espíritus de luz, allí reposa  
por edades sin fin; y enseña al hombre,  
desde su asiento puro,  
cómo se alcanza perenal renombre,  
cómo se llega al inmortal seguro!

MANUEL CAÑETE.

## ROMANCE.

Vuelve otra vez á mis manos,  
pobre lira abandonada,  
de entre el polvo del olvido  
en que dormir te dejaba.

No busques yá, lira mía,  
en tus cuerdas destempladas  
los regalados sonidos  
que en el corazón vibraban:

Ni tiernos recuerdos busco  
de aquellas glorias pasadas,  
que en sordo tropel aun ruedan  
en lo más hondo del alma:

Ni flores vengo á pedirte  
de esas, que frescas, galanas,  
el limpio arroyo guarnecen  
ó el tendido prado esmaltan:

Ya sé, pobre lira mía,  
que las flores que tu guardas  
ni color ni aroma tienen,  
como regadas con lágrimas;

Mas hoy que de los cipreses  
á la sombra solitaria  
á cantar tristes endechas  
entre sepulcros nos llaman,

No importa, no, que tu canto  
ronco y destemplado salga,  
ni dirán mal á una tumba  
flores con llanto regadas.—

¡Héla allí; tumba modesta,  
los restos mortales guarda  
del noble varón que un día  
supo ilustrar á su patria!

¡Clara y brillante lumbrera,  
cuya poderosa llama  
su resplandor difundiendo  
nuestros ojos alumbraba!

¡Tranquilo faro y seguro,  
que á las juveniles barcas  
por entre revueltas olas  
el rumbo cierto marcaba!

¡Todo pasó! ¡Ya no queda  
mas que aquella tumba helada!....

¡Y en su triste y breve espacio  
se esconden glorias tan altas!

¡Y allí la noble cabeza,  
cuyas venerables canas  
de poeta y sacerdote  
las coronas ostentaban!

Venid, venid á esta tumba,  
ó amigos, y al saludarla,  
cada cual su flor le deje,  
tierno recuerdo del alma.

Y una corona pongamos  
sobre aquella losa blanca  
de cándidas siemprevivas  
y verde laurel formada.

Pero ¿llorais?... ¡Si, lloremos,  
y con lágrimas amargas;  
mas no por él, por nosotros,  
por qué nuestra es la desgracia!

¡Llorar por él, que dichoso  
el torpe lazo desata,

que á la materia le unia  
y su vuelo al cielo lanza!

¡Feliz él, que al despedirse  
de una vida buena y santa,  
de la eternidad las puertas  
con fé y sin zozobras pasa!

Era un justo, desterrado  
en este valle de lágrimas,  
y al cielo volve, que el cielo  
es de los justos la patria.

Otro ilustre desterrado  
en el cielo le esperaba,  
del cual fuera en otro tiempo  
guia cariñoso y guarda.

¡Espronceda! ¡Hermano mio!  
¿No es verdad que á la llegada  
del venerable maestro  
se regocijó tu alma?

¡Oh, si! ¡Felices vosotros  
que desde esta pobre estancia  
al trono de Dios subisteis  
de vuestro espíritu en alas!

Y á nosotros ¿qué nos queda?  
¿dos ricas fuentes sin agua!  
¿dos limpios ástros de ménos!  
¿dos antorchas apagadas!

¡Ay! Vosotros, desterrados  
en este valle de lágrimas,  
al cielo volveis, que el cielo  
es de los justos la patria.

JULIAN ROMEA.

## SONETOS.

### I.

Levanta de la tumba ¡oh de la hispana  
ilustre juventud, émulo y guia;  
tú, á cuya voz absorto detenia  
Bétis sagrado el onda soberana:

Tú, á quien Minerva de su oliva, ufana  
la augusta frente coronaba un día,  
y el rubio Apolo del laurel ceñía  
que en la pompa circense el vate gana!

Vives, si, vives: de esplendor vestido  
templo el mundo á tu fama es dilatado,  
y altar divino la marmórea losa.

Alze otra vez tu plectro el gran sonido;  
y en hombros de las Musas levantado,  
sube triunfante á la mansion gloriosa.

II.

¿Por qué, tristes, gemis, y en desconsuelo  
amargo el corazon, brotan los ojos  
ardiente llanto de dolor y enojos,  
vestida el alma en funerario velo?

¿Ímpia querella enderezais al cielo?  
¿La escala de Jacob cubris de abrojos;  
y ante míseros restos y despojos  
por ella á Dios no levantais el vuelo?

¡Oh ciegos, que no veis cómo en profundo  
gozo bañada el ánima del vate  
sube, y radiante á la mansion de gloria!

Su patria es ella; su prision el mundo:  
aquí, en la vida desigual combate:  
allí, en la muerte, sin igual victoria.

RAFAEL MARÍA BARALT.

## EBREGÍA.

Yo tambien te admiré. Sabias lecciones  
de otros labios bebí, cuando mi mano  
con audacia pueril moduló en vano  
de balbuciente cítara los sonos;  
cuando la mente mía,  
antes que el pecho en amorosa llama,  
en varonil afán se consumía,  
y en el hervor de prematura fama.

«No mas temor. Á la inmortal, sonora  
«márgen del Bétis llevaré mi anhelo,  
«donde los lauros de la sacra Delo,  
«hijo de su deidad, Anfriso adora;  
«donde el sublime vate,  
«su voz alzando á la suprema esfera,  
«del misterioso fuego que en él late  
«con centella vivaz mi seno hiera».

Lustros de execracion, ya sois pasados,  
aunque de encono, y de exterminio y luto  
guarden aún el tosigado fruto  
en sus urnas letíferas los hados.  
Mas ¡ay! del dulce Anfriso  
¿quién tornó la existencia al polvo inerte?  
¿Quién en quebranto tal gozarse quiso?  
—La mano del dolor, mas que la muerte.

Vió revueltas al hondo Trasimeno  
las pátrias haces desbocarse un día,  
y, ministro de Dios, con saña impia  
su solio profanar á otro agareno:  
vió en el error perenes  
á degradados Césares, que ajaron  
el antiguo esplendor de augustas sienes,  
y sus pupilas, de llorar, cegaron.

La santa libertad escaruceida,  
yerta el alma á la fé de los mayores,  
frenéticos mitad, mitad traidores.....  
¿Viste otra cosa en tu infelice vida?  
Y ¿aun puedes, vulgo insano,  
su memoria amenguar?... Menguado sea  
quien de ajena conciencia en el arcano  
osa encender escrutadora tea!

Su nombre vivirá sagrado, puro,  
mas que la envidia eterno, que no alcanza  
de terrenales dardos la venganza  
el limite á salvar del mundo oscuro;  
que quien á la árdua cima  
del humano saber encumbra el vuelo,  
goza, en el lampo que su ser anima,  
anticipado el galardón del cielo.

Esa es su tumba. Cabe el mármol frío,  
de mirto y lauro y otoñales vides  
ornan coronas el compas de Eueides  
y la trompa grandisona de Clío.  
Cubre de mistias flores  
el Padre de la luz su plectro de oro,  
y al contrastado Díos de los amores  
las Musas cercan en doliente coro.

Númenes ya sin vida, en la memoria  
de la presente edad! Qué! ¿Tanto pudo  
de fendal trovador el arte rudo  
para dar al olvido vuestra gloria?  
Sus rayos el tonante  
Jove perdió, cual su beldad Citéres,  
la ponderosa mole el fuerte Atlante,  
Pálas su égida, y sus espigas Céres.

Al tierno vate oíd cuando enamora  
las orillas del Bétis con su acento,  
y bajo el techo rústico contento  
saluda el triunfo de la nueva aurora;  
cuando de la alta esfera  
vuela la Luna á la encubierta falda  
del Latmo donde «su Endimion la espera  
«sobre lechos de rosa y esmeralda.»

Sus quejas escuchad cuando la ira  
de punzadores celos le embravece:  
ay! de inmortal amor luego fallece,  
y encendido en pasión, canta á Celmira;  
y al par en eco grave  
el don de celestial beneficencia,  
y la virtud, y la amistad suave,  
y el inexhausto néctar de la ciencia.

O si á celeste inspiración cediendo,  
el arpa de David súbito hiere,  
¿Cuál será el corazón donde no impere?  
¿Cuál, apegado al mundanal estruendo,  
que en el Eden no crea,  
y en el que al hombre su salud envía  
con el astro que nace en Galilea  
del cristalino seno de María?

¡Oh recuerdo tristísimo! Otro canto  
no exhalará su labio, ni un suspiro.  
Cuanto en esta morada escucho y miro,  
gemido es de dolor, signo de espanto.  
Timbres que el mundo aclama  
guarda en angosto espacio oscura losa.  
Vates, la voz de la verdad os llama:  
el que Anfriso vivió, polvo reposa.

Ah! no; no entero gozará la muerte  
esta vez el triunfo; aquí los ojos  
de su efimero ser ven los despojos;  
mas su espíritu allá logra otra suerte.  
Los que por él guiados  
subir ansiábais de la gloria al templo,  
no importuneis quejosos á los hados,  
que si falta su voz, queda su ejemplo.

Y el grato nimeo que vertió en su cuna  
présago rayo de esplendor divino,  
dióle ingenio y virtud, sumo destino  
que al oro vence de la infiel fortuna;  
pacífico trofeo  
que enlazando á su nombre alma corona  
inspira á un pueblo generoso empleo,  
cuando himnos mil en su loor entona.

CAYETANO ROSELL.



## SONETO.

Vosotros, los alumnos que algun día  
Escuchásteis sus férvidos cantares,  
Poetas del sediento Manzanares,  
Vates de la risueña Andalucía:

Juntos volad hácia la tumba fria,  
Donde en el seno de los patrios lares  
Duerme, atrayendo palmas á millares,  
El que otro tiempo os fué tan claro guía:

Volad, y escuchen vuestra pia ofrenda  
Las náyades del Bétis caudaloso,  
Que viven con su ausencia en llanto y luto.

No el canto mio de amistad es prenda;  
Extranjero cantor, ménos dichoso,  
Solo de admiracion es mi tributo.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

## EGLOGIA.

Cúal es tu victoria, oh muerte,  
si aun esa ceniza mística  
en que te cebas, es fuerza  
que el sepulcro restituya.  
(LISTA).

Ese, á quien guarda la callada losa,  
varon justo y sincero,  
gloria del Bétis, su esplendor un día,  
era el astro de llama misteriosa  
cuyo brillo hechicero  
desde niño adoraba el alma mia!

Recuerdo que solia  
los infantiles cándidos enojos  
mi madre, al fin, desvanecer serena,  
poniendo ante mis ojos  
un libro de conceptos delicados,  
en el que en fácil y abundante vena,  
suave como el olor de los collados,  
consuelo el docto vate me ofrecia  
en raudales de amor y de armonia.

Dejó de ser!.... Al inmortal seguro,  
desde este hondo, oscuro  
valle de eternas lágrimas regado,

entre angélicas huestes sustentado  
su espíritu se alzó radiante y puro!

Yo aun sueño que su voz amortiguada  
penetra en mi retiro;  
y en la hojosa floresta engalanada,  
del bosque opaco en el rumor incierto,  
de la brisa de oriente en el suspiro,  
sus alas al plegar sobre el capullo  
de las flores bellisimas del huerto;  
del manso arroyo en el fugaz murmullo,  
en el sonoro bramador torrente  
mi corazon la siente,  
y el eco dulce mi dolor mitiga,  
y aun dobla el sueño mi cansada frente  
al vago aliento de la sombra amiga.

Genio inmortal, á quien del sol la lumbre  
alfombra es de tus plantas:  
Tú que hoy dominas la region del trueno,

libre, feliz, sereno;  
y de laurel ceñido, te levantas  
hasta arrancar para sus hojas bellas  
la tembladora luz á las estrellas;  
de mi honda pesadumbre  
lleguen hasta tu trono mis querellas!

Y si á tu noble espíritu le es dado  
su alteza revestir con forma humana,  
deja á mis ojos vislumbrar tranquila  
la llama soberana  
que el genio lizo radiar en tu pupila,  
y llegaré á pensar que reverbera  
por tu fuego inflamado,  
mas vivo el Sol en su inmortal hoguera.

No, no floreis, alumnos inspirados,  
al preclaro varón á quien sepulta  
en polvo vil la inexorable suerte.  
Ya triunfa del influjo de los Hados:  
libre de olvido vencerá á la muerte;  
la luz no muere aunque la luz se oculta!  
Y así cual de la noche tenebrosa  
nace el alba serena,  
la esperanza tranquila y religiosa  
nazca del foudo de la amarga pena.  
Se horada el bronce, el mármol se deshace,  
pero el que muere en el Señor, renace!

¡Ah! no temáis que la virtud sucumba:  
Venid, sacros cantores,  
y oid, al par que la adornais de flores,  
la enseñadora voz que alza su tumba.

— «*Haced bien, instruid*: la digna empresa,  
árdua y mayor de un corazón sublime,  
*es consolar la humanidad que gime!*  
vuestra misión es esa.»

«No á la torpe codicia  
abrais el noble pecho generoso;  
ni en pró de la malicia,  
negueis á la justicia  
culto leal y obsequio respetuoso.»

«No envidiéis en la tierra  
al avariento Prócer el tesoro  
que en sus senos recónditos encierra,  
mientras que al pobre de sus átrios de oro  
con impiedad y con baldon destierra.»

«Con genio vencedor el hondo arcano  
robado á la natura misteriosa,  
logrando en doctas lides  
unir la yedra de Helicon hermosa  
á las coronas ínclitas de Alcides,

ó á las que dispensó con sacra mano  
Minerva poderosa

Al grave Newton y al severo Euclides.»

«Dejad de sangre y llanto ya saciado  
el suelo estéril que fecundo brote;  
y no ya el duro hierro ensangrentado,  
sino el benigno arado  
las productoras márgenes azote.»

«Respetad la inocencia y la hermosura,  
frágiles azucenas  
cuya ténue blancura  
agostan, del placer aun las serenas  
auras sonoras de mayor frescura.»

«Rendid, en fin, á la virtud oscura  
tributo merecido:  
extendido sus principios eternos,  
y en mútuo amor, feliz, correspondido  
unid á los mortales;  
hasta que el alma sienta,  
del bien comun sedienta,  
los sublimes placeres  
que Dios inspira al que con fé se ostenta  
celoso cumplidor de sus deberes.»

«Hacedlo así, y confío  
que pronto en mil hidalgos corazones  
producirán su fruto estas lecciones;  
hasta que en nuestra pátria lastímasa  
la virtud generosa  
extendiendo su inmenso poderío,  
pueda sola exclamar: «*El hombre es mio!*»

—  
Esto, me finjo yo, que en la callada  
noche de sombras llena,  
dirá la voz profética y sagrada  
que allá, en el centro de su tumba helada  
se dejará sentir vaga y serena.  
Tierno consejo y cariñoso aviso  
que en un eterno adios, el alma envía  
del ya dichoso Aufriso  
á los alumnos ¡ay! á quienes quiso  
con paternal y ciega idolatría.

No le floreis: de Itálica sombría  
esos un tiempo alcázares suntuosos,  
hoy yermo desolado,  
ántes se borrarán de la memoria,  
y sus héroes famosos,  
y tanta insigne y prodigiosa hazaña,  
que del cantor del Golgota inspirado  
se llegue un punto á oscurecer la gloria,  
con cuyos rayos se enaltece España.

Y primero serán páramo umbrío  
del Bétis las lauríferas riberas,  
ó quedará sin movimiento el río,  
á en mar trocado, con furor bravío  
sepultará las vándalas praderas,  
que en cada flor de la enramada hojosa  
no recordéis del vate nn pensamiento:  
Ya á su Celia afanosa  
con voces de dolor poblando el viento,  
de Alexis tras la sombra cariñosa.  
Ya á Emilia apasionada,  
en el caliente nido acariciando  
á la sentida tórtola, abrasada  
de un vivo amor por el que muere amando.  
Y aun la sombra indecisa,  
presumiréis descende á la ladera,  
entre el vapor de la sonante brisa,  
de aquella ingrata Elisa  
por quien brotaba luz la negra esfera,

flores la selva, y hasta el cielo risa.  
Serán recuerdo el valle y la cabaña,  
la fuente, el río, el bosque temeroso,  
el llano y la montaña,  
la tierra y el espacio vaporoso,  
del sagrado cantor. Fuera preciso,  
si esto posible fuera,  
que Sevilla iumortal desapareciera,  
para que de ella desaparezca Anfriso!

Tambien eterno en la memoria mia  
será su ejemplo de virtud! En tanto,  
del eco al valle de su pátria envía  
mi tierna voz su lastimero canto.  
Orle cual mústia flor su tumba fria,  
si llega allí, una gota de mi llanto,  
que á mares brota del doliente seno!  
¡Ay, no es el mundo el porvenir del bueno!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

IN TUMULUM CLARISS. D. ALBERTI LISTA, JOANNES MARIA CAPITAN CECINIT.

Hic iacet exiguus pulvis, pretiosior auro,  
Quem sua deplorans Hispaliis alma tegit.  
Hic extincta cinis, quæ iam fulgentior astris  
Per Bætum atque Tagum, flumina tanta, micat.  
Hic levis umbra silens, quæ non modo tangit Iberum,  
Sed Rhodano et Thamesi pervolat usque Tibrim.  
Hic clarus vates, cui mens divinior olim,  
Osque sonaturum maxima quæque, fuit.  
Hic rerum scriptor, censor, rethorque, sophusque,  
Qui Hesperios inter sustulit inde caput.  
Hic ille Albertus, quo non sapientior alter.  
¿Quando viro compar Artibus ullus erit?  
Hic ille Amphrysus, nobis qui dulcia puber,  
Nominè Apollineo, carmina prima dedit.  
Ea querulam ripam, quæ non vacat ægra dolore,  
Quin vocet ad planctus Arcadas orba suos.  
Ea Arbos antiqua Silenti, nuda comarum;  
Quæque feras mulsit saxaque, fracta lyra.  
Qui legitis flores, tumulo pia dona ferentes,  
Dum vale supremum dicere quisque dolet:  
Spargite cum fletu, Latiis quas munus ab oris  
Melpomene insolitas fert quoque mœsta rosas.

VERSION DEL EPITAFIO ANTERIOR.

Aquí descansa el reducido polvo,  
De mas valía que el de Ofir preciado;  
Y hora la patria de su amor, Sevilla,  
Guarda llorosa.

Aquí apagada la mortal ceniza,  
Que ya en fulgores á los astros vence;  
Y en Tajo y Bétis, candalosos rios,  
Nítida luce.

Aquí la leve, silenciosa sombra,  
Que al Ebro avanza, y hasta el alma Tiber  
Desde el undoso Rodano y el Támesis  
Rápida vuela.

Aquí el ilustre, el hispalense vate,  
Que un tiempo tuvo por natura el nimen  
Muy mas divino, y para egrégios cantos  
Eco sonoro.

Aquí en las ciencias la inmortal lumbrera,  
Censor, maestro, historiador profundo,  
Que en los Iberos levantar erguida  
Pudo su frente.

Aquí el Alberto, sin segundo, solo;  
Á quien el sábio en su saber no alcanza.

¿Cuándo á las Artes nacera de un Lista  
Émulo digno?

Aquí el *Anfriso*; juvenil renombre,  
Que allá le plugo renovar de Apolo  
Al que primicias de su dulce vena  
Supo legarnos.

Hé cual suspira su natal ribera,  
Que, sin dar treguas al dolor, á cnantos  
Árcades snyos las endechas canten,  
Huérfana llama.

Hé, pues, el árbol del Silé, desnudo  
El tronco añoso de la verde pompa;  
Y, la que riscos halagaba y fieras,  
Rota su lira.

Los que á su tumba, recogiendo flores,  
Vais á llevarlas en ofrenda pia,  
Al dar por siempre cada cual el triste,  
Último vale:

Con tierno llanto desparcid las rosas,  
Que desde el Lacio, como don insólito,  
Tambien os lleva la del sacro Pindo  
Musa doliente.

JUAN MARÍA CAPITAN.

Á los cantores de Licio.

SONETO.

Los que al Olimpo en tiernas ilusiones  
Alzáis á Licio con laud sonoro,  
Para él pidiendo á las edades de oro  
Los lauros de sus inclitos varones:

Contempladlo en las célicas mansiones,  
Dó atento á vnestra voz y al patrio lloro,  
Feliz os paga desde el alma coro  
Con sonrisa tan lúgubres canciones.

¿Qué valen en eterna primavera  
Coronas de la tierra fementida  
Al que ciñe topacios en la esfera?

Sirvan solo de ofrenda merecida  
Al émulo que fué del grande Herrera,  
Y á cantos inmortales nos couida.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.



## NOTAS.

### En la ELEGÍA del Sr. D. Juan María Capitan.

(1). Alusión á la sabida quintilla del sapientísimo Caramuel.

(2). Chateaubriand: sus obras y sus viajes.

(3). Las *Memorias de Ultra-Tumba* del mismo, y su sepulcro mandado labrar en vida en la punta occidental del Grand Bey en la villa de Saint-Malo su patria.

(4). Balmes: sus obras religiosas y filosóficas; y su temprana muerte á la edad de 37 años en Vich (*Ausonia*) su patria.

(5). En efecto, á mas de los dos anteriores, ha muerto en este año el célebre traductor de Horacio Don Javier de Búrgos. Suecia cuenta tambien en este número á su Berzelius, y á un historiador y á un poeta muy eminentes.

(6). Por los años de 1789 el maestro en Artes Don Manuel María de Arjona y Cubas tenia en la biblioteca de San Acasio de Sevilla una Academia de Poesía, procurando con Don Justino Matute y otros despertar á la Academia de Buenas Letras del sueño en que por entonces yacía. Doctorado en leyes en su patria Osuna, para vencer la repugnancia de aquel claustro á los estudios amenos, ideó una Academia secreta, que llamó *Silé*, inaugurada en la hacienda del Ciprés á una legua del espresado pueblo, propia del Gobernador Aillon, cuyo sobrino, prebendado de aquella Iglesia, era uno de los alumnos. Grabóse el nombre *Silé* en un grueso árbol inmediato á dicha hacienda (que aun lo conservaba pocos años hace), cantándose á la despedida este gracioso himno:

Prospera, árbol dichoso,  
del cielo tan amado,  
que del *Silé* en tí ha puesto  
el nombre sacrosanto.

Aquel dichoso nombre,  
que durará entre tanto  
que el Sol nazca al Oriente  
y expire en el ocaso.

Del Sena, el Pó y el Bétis,  
del Támesis nublado  
vendrán en gruesas tropas  
los moradores sabios.

Dejará sus arenas  
el árabe tostado  
por quemar en sus hojas  
sus aromas preciados etc.

Siendo ya el Señor Arjona colegial mayor en Maese Rodrigo de Sevilla en 1791, estableció en su mismo aposento una Academia de Humanidades, que despues pasó á las casas de Don Francisco Tolezano y de Don José María Blanco, siendo sus primeros discípulos Don Eduardo Vacquer, Don Alberto Lista, Don José de Mora, el mismo Blanco, Don Félix José Reinoso, y otros varios; cuya reunion fué objeto de invectivas en los primeros años, de lastima y desprecio de muchos llamados sabios, y que incorporados despues en la Real Academia Sevillana, han prestado á su patria los beneficios, que de ellos esperaba su Maestro y Mentor, como colonia del *Silé*. Cuando todavia formaban Academia privada, al fin de la reunion en los dias de San Juan Crisóstomo, su patrono, y en algunos otros, se daba á cada individuo una empanada y una taza de ponche, cantándose este himno de despedida:

De oscura y densa tinielba  
cubre á España infame velo,  
y á su sombra la ignorancia  
estiendo su hórrido cetro:

Mas las luces triunfadoras  
brillan ya del claro Febo,  
y la turba desdichada  
se precipita al Averno.

Barbarie augusta,  
tu trono excelso  
en vil escoria  
vá á ser desecho.

Timido el coro sagrado  
pasó el alto Pirineo,  
y solo la cruda egide  
dió Minerva á nuestro imperio.

Mas volved, amables Musas;  
que ya el Silesiano esfuerzo  
las cadenas quebrantando,  
triunfo os prepara soberbio.

Barbarie augnsta, etc.

Solo sobrevive á cuantos formaron aquella primitiva y venturosa Academia, el Doctor Don Francisco Rodriguez Garcia, gran latino, profundo humanista, y bien conocido por sus oposiciones á cátedras de Filosofia y de Latinidad, especialmente la que hizo á la de Lebrija; y actual Director del Instituto de Jerez de la Frontera.

(7). Los académicos Lista, Reinoso y Blanco, dados á conocer desde sus primeras poesias bajo los respectivos nombres de Anfriso, Fileno y Albino, formaron verdaderamente un triunvirato lirico; pues el jóven Pastoriza falleció en medio de las esperanzas que daba á la Academia con la dulzura de su nimen.

(8). Bilbao, donde obtuvo, de vuelta de Francia en 1817, por oposicion la cátedra de matemáticas erigida por el consulado.—Desde este punto seguimos en las principales circunstancias la sentida y elegante noticia biográfica del Señor Lista por uno de sus mas esclarecidos discípulos el Sr. Don Eugenio de Ochoa.

(9). Su venida á Madrid en 1820: recuerdos de Melendez: colegio de San Mateo, de donde salieron tantos jóvenes ilustres.

(10). El *Censor*, periódico el mas templado, docto y améno de aquella época.

(11). Sabido es que Balbo el amigo de Ciceron, y todos los de aquella ilustre familia eran oriundos de Cadiz.

(12). Sus preciosos artículos sobre nuestra literatura, impresos despues en Sevilla en 1844 con el título de *Ensayos literarios y criticos*.

(13). Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, llamada Sibila de Antequera por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*; y la *Décima Musa* por sus conterráneos. Allí florecieron tambien Catalina Trillo, las dos Narvaez hermanas, Espinosa, Martín de la Plaza, Tejada Paez, Galvez de Montalvo, Aguilár, Vilchez, Meca, Carvajal y Robles, Porras, y otros varones insignes en todo género de letras, como Amaya y los dos Padillas hermanos. La *Fábula del Genil* por Espinosa prueba la sublime altura á que llegó la escuela antequerana, con la desgracia de no haber tenido un Lista que la hubiere hecho florecer en nuestros tiempos. Nosotros al ménos meditamos una coleccion de las composiciones que han podido salvarse, esparcidas ó inéditas, de aquellos ilustres Luguenios.

**En la Oda del Sr. D. Luis Segundo Huidobro.**

(1). El edificio de la Universidad Literaria, que fué anteriormente convento de Jesuitas, y donde gracias á los esfuerzos de algunos amantes de las glorias de su patria, se ha reunido una especie de panteon de hombres celebres, que ahora ha recibido nuevo lustre con la tumba del gran Lista.

(2). Entre los nombres gloriosos que se enlazan al de Lista con la noble filiacion de discipulos, ninguno que abrigue algun entusiasmo por la poesia, desconoce los de Espronceda y Hartzenbusch.

**En la Elegía del Sr. D. Angel Maria Bacarrete.**

(1). *Aquel combate pertinaz etc.*—Por dos veces fueron administrados los SS. Sacramentos al Sr. D. Alberto Lista. Los anteriores versos aluden á la primera despues de la cual experimentó una benéfica reaccion en su enfermedad.

(2). *Su mano entre mis manos etc.*—El autor se encontraba en Cádiz cuando ocurrió la muerte de su ilustre Maestro.

**En la composicion del Sr. D. Juan Belza.**

(1). Oda á la victoria de Bailen del Sr. Lista.

(2). El sueño del desgraciado del mismo Sr.

(3). Alusion á los elementos de historia antigua, obra del mismo Sr.

**En la Oda del Sr. D. Francisco Rodriguez Zapata.**

(1). Sabido es, que el Sr. Lista, amante siempre de los principios de *buen-gusto*, que bebió como uno de sus mas aventajados socios en la célebre *Academia de Letras humanas* de Sevilla, no solo contribuyó eficazmente á perfeccionar la obra de nuestra regeneracion literaria, inaugurada en Salamanca á mediados del siglo XVIII, sino que conjurando á la par que los desalueros de la revolucion los deplorables errores del *Romanticismo*; há sido entre nosotros con sus doctrinas y con sus egemplos, uno de los mas ardientes defensores de la *escuela clásica*. No por esto rechazó nunca sistemáticamente las saludables reformas, que el espíritu del siglo, las profundas investigaciones filosóficas, y las necesidades ó exigencias de los adelantos actuales pudieron haber introducido en las ciencias y en la literatura. De aquí su critica eminent, en que se descubre unida á la mas justa y provechosa severidad la mas sabia y razonable indulgencia.

(2). Alude á una composicion, que el Sr. D. Juan Melendez Valdés, á quien llamaba su querido maestro, le dedicó con este epigrafe: «que ni la voz, ni la lira son ya por mis años apropósito para la poesia». Nos abstenemos de copiarla íntegra; porque habiéndose publicado entre las obras de aquel ingenio, es muy conocida de todos los amantes de las musas castellanas. Bastará reproducir algunas estrofas, para recordar cuanto apreciaba el dulcísimo

vate del Tormes, el feliz *restaurador* de nuestra poesia, á su elogiado Anfriso.

    Mi lira inútil yace:

    Ni entre su horror sombrío

    El génio de la noche

    Desciende ya propicio,

    Cual ántes me inspirara,

    Trepando hasta el empireo

    En alas de la Gloria

    Mi espíritu atrevido.

    La calma y el silencio

    En blanda paz, conmigo

    Me aduermen en los brazos

    Del ocio y el retiro.

    Gimiendo escarmentado,

    Si con pesar tardío,

    Del hado y de los hombres

    Los criminales tiros.

    Tal navegante cuerdo

    Trás riesgos infinitos

    Ganar dichoso alcauza

    Del puerto el fausto asilo.

    Tú en tanto, á quien los años

    Y el claro Dios del Pindo

    Adulaa, y en sus redes

    Prendió el alado Niño,

    Feliz mis huellas sigue;

    Y en don bien merecido

    Recibe, Anfriso amado,

    La lira de Batilo.

    La lira, que á los cisnes

    De nuestros sacros rios

    Fué egemplo á que cantasen

    Con una acorde estilo.

    Yo en tus aplausos loco,

    Mientras que al negro olvido

    Me robas tú en tus versos,

    Del mismo Apolo dignos;

    Diré gozoso á todos:

    Si en tan excelso giro

    Sobre los astros vaga,

    Yo le mostré el camino.

(3). El Sr. Lista fué tan consecuente y tan tierno con sus amigos, que solo por ver y estrechar entre sus brazos al Sr. D. José Maria Blanco, tambien escritor profundo y excelente poeta de la Escuela Sevillana, hizo un viage desde Madrid á Oxford en Octubre de 1851, arrojando con los peligros de la navegacion las trabas, que tal vez le oponia la maledicencia

(4). San Juan de Aznalfarache, sitio muy pintoresco á una legua de Sevilla, siempre admirado y celebrado por el Sr. Lista, y en el que se li songeaba de haber escrito en días de solaz algunas de sus mas notables composiciones, señaladamente sus magnificas Odas «A la Amistad» y «A la Vegetacion».



Se halla de venta en Sevilla al precio de 19 rs. en la imprenta y librería de su editor, calle de Olavide núms. 4 y 5, frente á la de la Muela.

En Madrid al precio de 20 rs. librería de la Publicidad, calle del Correo núm. 2: en la de Monier, Carrera de S. Gerónimo, y en la de Bailly Baillière, calle del Príncipe.

En los demás puntos, en casa de los corresponsales de la empresa ó por medio de una libranza sobre correos á la orden del editor, y se remitirá al momento franco de porte.

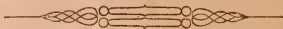
En casa del mismo se hallan de venta las obras siguientes:

ESCRICHE, Diccionario razonado de Jurisprudencia y Legislacion, 2 tomos: suplemento al mismo 1 tomo: Febrero novísimo por Goyena 11 tomos: Pacheco código penal explicado y comentado 5 tomos: código penal, edición oficial 1 tomo: Aranceles ó nueva ley de Aduanas, 1 tomo: Ortiz de Zúñiga, todas sus obras de legislación: Villoslada clave del código penal y todas las obras publicadas por la biblioteca de Jurisprudencia y Legislación. Los 12 tomos de la Biblioteca de Autores Españoles por Aribau, que contienen las publicaciones siguientes:

- 1.º Obras de Miguel de Cervantes Saavedra.
- 2.º Obras de D. Nicolas y D. Leandro Fernandez de Moratin.
- 3.º Novelistas anteriores á Cervantes.
- 4.º Elegias de varones ilustres de Indias, por Juan de Castellanos.
- 5.º Comedias escogidas de Fr. Gabriel Tellez (el Maestro Tirso de Molina).
- 6.º Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada, tomo primero.
- 7.º Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca, tomo primero.
- 8.º Obras del V. P. M. Fr. Luis de Granada, tomo segundo.
- 9.º Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca, tomo segundo.
- 10.º Romanero General, de D. Agustin Duran, tomo primero.
- 11.º Obras de Fr. Luis de Granada, tomo tercero y último.
- 12.º Comedias de D. Pedro Calderon de la Barca, tomo tercero.

GRAMÁTICAS y diccionarios españoles, italianos, ingleses y franceses, y variedad de obras de filosofía, legislación, economía política, de agricultura, del jardinero, viages, novelas, pintorescas y otras muchas de instruccion y recreo.

Una correspondencia activa con las principales casas de Madrid, Lóndres, Paris y Bruselas, permiten á este establecimiento atender en un corto plazo cuantos encargos se le hagan de libros, que no se encuentren en Sevilla.









563989

**Lista y Aragón, Alberto**

Corona poética dedicada por la Academie  
de Buenas Letras... al **Alberto Lista y Aragón.**

LS  
L773  
.Yco

NAME OF BORROWER

DATE

**University of Toronto  
Library**

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

